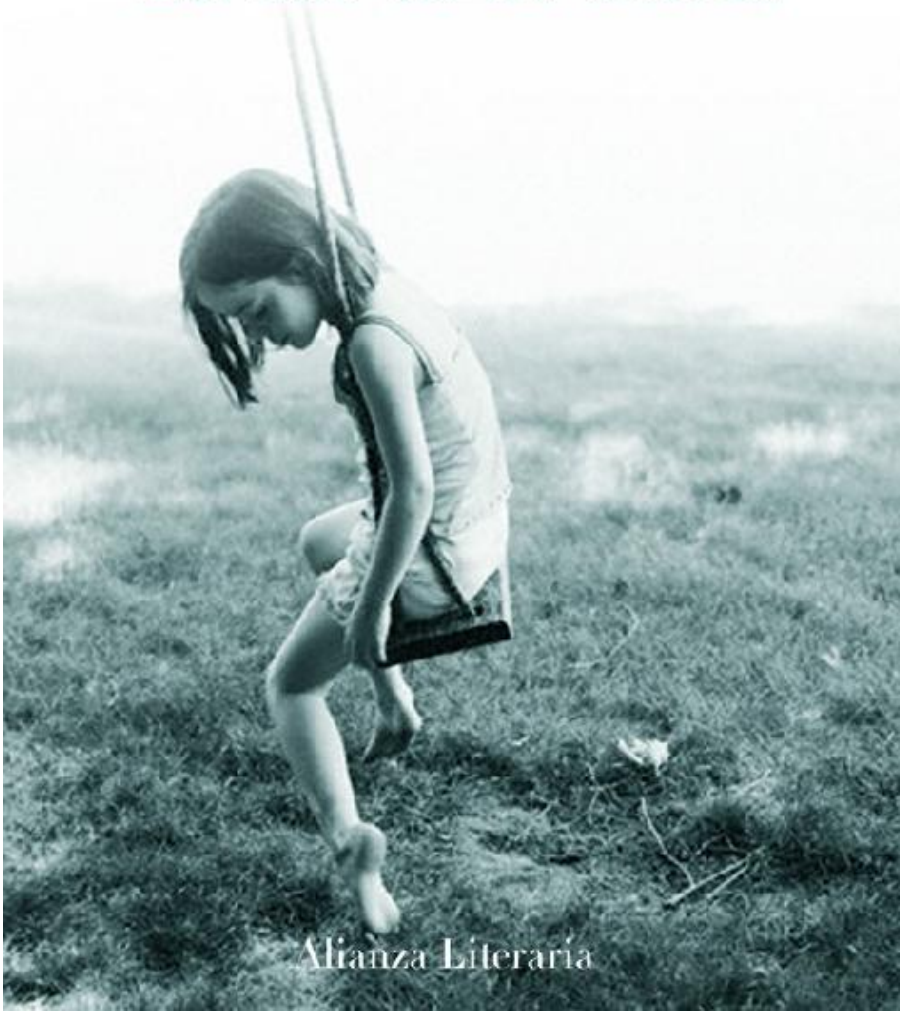
Juana Salabert

La faz de la tierra

Alianza Literaria

Juana Salabert

La faz de la tierra



Alianza Literaria

Juana Salabert

La faz de la tierra

Alianza Editorial

A mi amiga Carmen Monzón,
gracias por tu alegría y tu cariño siempre generosos.

PRIMERA PARTE

«siempre hay una palabra viviendo secretamente bajo la palabra».

EDMOND JABÈS, *Del desierto al libro*

«Os he buscado tanto tiempo, he aprendido vuestros nombres, hermanos míos, ¿dónde estáis? Os buscaba y erais cifras, hermosos nombres, voces que llamaban y no entendía».

ANA MARÍA MATUTE, *Los soldados lloran de noche*

«[…] aunque estabas lejos y en tierra extraña, deseaste volver a aquel jardín […]».

LUIS CERNUDA, «Jardín Antiguo», *Ocnos*

Ela

Miércoles 21 enero, Barranco del Uro

La mañana que debía devolverme a la vida, pero me envió al sueño de la muerte, arrancó helada y ventosa. Horas antes de mi marcha, los informativos avisaron del riesgo de temporales y nevadas, pero no presté mucha atención porque llevaba exactamente once meses, dos semanas y cinco días vapuleada por otras tormentas. Había elegido esa fecha de escapada al azar y me atuve a ella con la misma terca superstición que de pequeña me empujaba a sortear las líneas blancas del pavimento. Nunca supe escoger *bien*, me dije en el silencio vertiginoso del barranco donde de repente se acallaron todos los gritos y ya no giró más, arrancada de su eje, esa última rueda vencida y humeante. No podía moverme, ni siquiera lograba entreabrir los dedos que aún sujetaban la correa del bolso donde guardé la instantánea hurtada en un impulso de su cartera. Ésa, tijereteada con ira, donde de mí quedó sólo la mano aferrándose inútil a un pliegue de mantilla. Pero estaba despierta, *demasiado* despierta.

Despierta como no lo estuve esa madrugada.

Si hubiésemos permanecido despiertos, se desesperaba él una y otra vez al principio… pero aquel lamento y aquel plural enseguida se convirtieron en un continuo *si hubieses estado despierta*, qué joder, *despierta* como era tu obligación a esa maldita hora, como lo hubiera estado cualquier otra en tu lugar, *despierta*, me oyes.

Despierta.

Odiaba esa palabra. La aborrecía incluso en el vívido y hasta entonces apaciguador recuerdo de mi madre murmurándome risueña frente al espejo, mucho antes de que el cáncer la devorase, «eres una niña muy despierta, sabes, la niña más lista y despierta del mundo». Allí, ella sigue peinándome para siempre, tiene horquillas y gomas de colores entre los dedos y yo aún no he cumplido los cuatro.

Tampoco él los cumplirá ya. Ni cuatro ni cinco ni ninguno.

Despierta.

Llevaba meses con esa palabra fulminándome por dentro a todas horas como el eco abrumador de un disparo.

¡*Despierta, porque el niño no se despierta*!

Aquella madrugada no sentí el despertador por vez primera en cinco meses. Dormía profundamente cuando me despertó su alarido de terror, pero creo que lo supe enseguida, antes incluso de que él me zarandeara con los ojos desorbitados y la cara desencajada de miedo.

Y semanas después, ese psicólogo a cuya consulta sólo acudimos durante tres sesiones, su apiadada expresión, el modo en que limpió sus lentes sin montura antes de abandonarlos sobre la mesa, junto al

ordenador y una agenda verde. «Si no dejan de culparse, si no se esfuerzan de verdad en enfrentarse al hecho y superarlo, se hundirán y no saldrán de ésta. De este drama, quiero decir. Porque por mucho que yo les hable de casos similares, de estadísticas de muerte súbita, ustedes… vosotros, si me permitís…»

«No —zanjó él—. No, no se lo permitimos, no se lo voy a permitir. Tres cuartos de hora un par de veces por semana, ¿verdad? Hasta que el tiempo, que por lo visto lo cura todo, y sus consabidas parrafadas de manual nos enseñen ¿el qué? ¿Coraje, resignación? No, nadie puede ayudarnos, y usted y sus sermones menos que nadie».

Lo seguí a la silenciosa sala de espera cuyos muros golpeó sin verdaderas ganas antes de lanzarse escaleras abajo, a la avenida donde echó a correr a empellones con la gente. Entonces debí obligarlo a volver, puede que aún me hubiera hecho caso, pero no lo hice porque lo entendía. Cómo no iba a entender su impotencia, su desorientada rabia y ese dolor inmenso como una zanja entre los dos.

Estaba despierta, sí, bien despierta ahí abajo, entremedias del caos de cuerpos esparcidos y asientos destripados. Olía a combustible derramado, a caucho y llantas, a carne violentada y sangre enfriándose sobre la tierra dura y a mi alrededor no se escuchaba ni una queja, ni un lloro, sólo el airado silbido del viento sobre los árboles próximos al claro de hondonada al que nos precipitamos tras derrapar el autobús en una de las últimas curvas del desfiladero, a pocos kilómetros del acceso a la autopista que ya no me llevaría a la ciudad donde empezar de nuevo. Despierta, sola y aún viva entre los muertos desconocidos que veinte minutos antes bostezaban en sus asientos. En el muelle de la estación apenas si había llegado a fijarme de soslayo en algunos de esos viajeros: una anciana calzada con llamativas deportivas verdes, un chico rubio de aire ensoñecido y ligero estrabismo, varios hombres con mochilas baratas y gestos de agotamiento. Estaba muy nerviosa, repitiéndome una y otra vez que incluso, si él se despertase tan pronto, no sospecharía nada porque yo había salido sin equipaje y todo continuaba en su sitio, la cafetera y sus cubiertos y taza preferidos ya colocados sobre la mesa del desayuno, junto a la nota explicándole que no me quedaban ansiolíticos, iba temprano al consultorio y luego al mercado, traería carne y verdura para preparar algo rápido, ensalada y filetes a la plancha, no hacía falta que me avisara si no pensaba venir a comer. Esa nota tuve que redactarla dos veces, al principio me temblaban tanto las manos que no conseguía sujetar el bolígrafo. La primera cuartilla aún debía de estar hecha una bola al fondo de mi bolso ¿o la habría tirado junto con el móvil a esa papelera del cruce de Las

Victorias con Almirante Enríquez? Esperaba que sí, de repente, qué estupidez, me angustiaba mucho no acordarme de ese detalle. Se suele decir que, si estás muy malherido o a punto de morir, es tu vida entera la que desfila en segundos por tu mente, justo antes del famoso «túnel» con la luz al fondo que describen tantos rescatados del último momento en publicaciones dadas a vagos esoterismos. Puede incluso que alguien me hablase del asunto poco después del entierro de mi madre. ¿Quizás alguna niña asustada, un compañero de clase compasivo y morboso, la *au pair* suiza que durante una época se ocupó de Jonás y de mí por las tardes? Ella creía en las reencarnaciones y una vez, debió de ser muy al principio, nos riñó en el parque por matar una avispa de un pisotón; fui yo quien volvió a explicarle (nunca se enteraba de nada ni escuchaba a nadie) entre tartamudeos que Jonás era alérgico a sus picaduras y le mostró el tubito de antihistamínico que él siempre llevaba consigo, metido en el bolsillo de su pantalón de chico gordo a quien nadie quiere en su equipo de juegos. No parecía muy convencida, fruncía el ceño, meneaba la cabeza y su cola de caballo volaba de un lado a otro como la llama hipnotizante de una vela atrapada por una corriente de aire… Sí, debió de ser ella, Sophie. Llevaba años sin pensar en su cuerpo de atleta, en sus dientes saltones y afilados bajo el aparato de ortodoncia.

Una antigua y poco memorable *au pair* ávida de lecturas orientalizantes e inquietud por no acordarme de si había arrojado a una papelera el borrador de una nota mentirosa, ideada para que Álvaro no se percatase de mi ausencia hasta bien entrada la noche, ése era mi único «desfile» vital de imágenes y recuerdos en ese trance y lo agradecí. No quería ver ni revivir nada.

Había tenido mala suerte. Llevaba demasiado tiempo teniéndola, en realidad.

Deseé que pronto empezase a nevar. Y quedarme allí, dormida al frío como una alpinista a quien se le escapó la cuerda a pocos metros de la cumbre y a la que nadie encontrará ya nunca, secreta figura de hielo en su ladera de sombras.

Sin túneles ni luces. Desde el entierro ya lejano de mi madre, me aterraban los subsuelos, las criptas y cuevas, los pasadizos. Era una mañana calurosa de julio y recuerdo que algunos de mis familiares maternos, con quienes no nos tratábamos porque desdeñaban a mi padre y lo tachaban de advenedizo y «extranjero muerto de hambre», lloraban abiertamente en el cementerio aupado sobre la menor de las cinco colinas. Lloraban y a la vez me observaban a hurtadillas, curiosos y quizá desaprobatorios por mi blusa blanca y mi aire ausente. Porque yo no los veía, la vista se me nublaba por momentos,

me ahogaba el olor denso de las flores descomponiéndose al sol y allí mismo me alcanzó, de la mano de mi padre con el brazal de luto en la manga, la primera de las feroces migrañas de mi vida. A mi alrededor, el mundo se enturbió hasta casi desaparecer y lo último que pensé antes de derrumbarme a la salida, delante del viejo Citroën cuya portezuela trasera abrió mi padre mientras reclamaba a gritos un médico, fue que quizá yo también estuviera empezando a morirme, pasto inminente de aquella tierra oscura y removida por hombres de gruesas manos rojas.

Esa noche, cuando marchó el pediatra de urgencias, *salí* de mi cuerpo por primera vez. Acostada en mi cama, me esforzaba por respirar a un ritmo acompasado y tenue. «Ojalá me convirtiese en piedra», pensé de repente y en la oscuridad de persianas bajadas empecé a recitarme, sin mover ni un músculo y de labios para dentro, una vana y tonta cantinela que me distrajera de los fogonazos del dolor, «soy una piedra, una piedra nada más, una piedra sólo». Podía ver esa piedra, pulida y sin aristas, con un brillo leve de agua. Era una buena piedra, pequeña y redonda, y sentí que podía empujarla, moverla a voluntad y verla rodar y deslizarse ante mis ojos, arrimármela y entrar en ella. Y al cabo de no sé cuánto tiempo, horas o minutos, no sabría precisarlo, sucedió. De pronto mi cuerpo entre las sábanas *era* esa piedra y yo lo observaba desde arriba, afuera y muy lejos, desde otro lugar a salvo del dolor.

Nunca le conté a nadie aquella turbadora experiencia. A mis diez años nada sabía, por supuesto, de esos levísimos y misteriosos desfases neurológicos que los charlatanes de ayer y sus devotos herederos de la *New Age* llaman ridículamente «viaje extrasensorial o astral». Ni siquiera se lo dije a Jonás.

Ni tampoco, por supuesto, a Álvaro, que me pegó la primera paliza cuando me negué histérica a que enterrasen al niño. Que lo incinerasen, por favor, mi hijo bajo la tierra no, bajo la tierra no, no y mil veces no. Lloraba tanto que al principio ni siquiera me dolió su primer bofetón arrojándome al otro lado del dormitorio. Seguía llorando cuando arreciaron los puñetazos, las patadas, y sé que continué haciéndolo hasta mucho rato después, aovillada en una esquina, porque por segunda vez en mi vida pude verme desde *arriba*. Desde fuera.

Pero no lloré en el entierro de mi hijo porque no fui. Estaba en el hospital Nuestra Señora del Mar con el brazo y la clavícula fracturados. «Se cayó, mi mujer resbaló en la ducha por culpa de los sedantes, nuestro bebé acaba de fallecer de muerte súbita y lo enterramos mañana a primera hora», explicó Álvaro, muy nervioso.

Tumbada en la camilla, advertí cómo aquella enfermera se compadecía de él, un padre joven y tan guapo, bueno, guapo no, guapísimo, qué desgracia y ahora, para colmo, su mujer… Era como si pudiese leerle los pensamientos, vacuos y previsibles, y durante un instante me enfurecí, debí hablar entonces, haber aireado la verdad a voces, pero qué me importaba en ese momento ninguna verdad si sólo podía pensar en mi hijo, en Román a quien no volvería a sostener entre mis brazos, atenta al menor de sus gestos de bebé plácido que nunca llora por las noches, «menuda joya de crío que no os da nada de guerra, los míos fueron un incordio, de no ser por las muchachas, no lo habría resistido», decía siempre mi suegra esos domingos en que íbamos de no muy buena gana a comer a su casa. Hubiera dado cualquier cosa por volver a esos domingos de hastío y vajilla inglesa, pero ya me inyectaban algo en el antebrazo, ya una voz de hombre me instaba a dormir y a no pensar en nada. «Trate de descansar porque operaremos mañana, ahora no se puede, aunque no haya tomado sólidos, ha bebido agua y no se puede anestesiar hasta pasadas doce horas».

De todos modos no hubiera ido, ni aunque me arrastrasen a la viva fuerza hubiera ido a ese maldito panteón Urondo de verja rematada por escalofriantes palomas de forja.

Pero sí fui, con el brazo en cabestrillo, collarín al cuello y la cara tumefacta protegida por gafas oscuras de esquiadora al funeral organizado por mi cuñado Adrián, que se pasó media ceremonia observándonos, ora a mí ora a Álvaro, con la reticencia de quien intuye lo ocurrido y enseguida descarta semejante sospecha por inconcebible. Su hermano pequeño no, qué va, si ya de crío rehuía peleas y confrontaciones con prudente mesura de viejo y era de un temperamento tan pacífico que rozaba la abulia, menuda idea absurda, una auténtica locura, un soñador impenitente sin mucho o ningún empuje, eso fue siempre Alvarito; un ser bueno y débil, a veces incluso un poco inútil, a qué negarlo, pero violento no, imposible, rotundamente imposible. Yo lo quería mucho, a Adrián, de mi familia política era al único al que apreciaba de veras, el afecto y una cierta complicidad que nunca se sustentó en inexistentes gustos u opiniones comunes fueron mutuos desde nuestra primera charla, pero ese día no hubiera podido mantenerle la conmiserativa mirada a nadie. Ni siquiera a Jonás, al que no avisé, aún tardaría meses en escribirle, muy por encima (¿acaso *pueden* contarse algunos hechos?) y casi que evadiéndola, la muerte inaudita de Román en pleno sueño. De modo que me escabullí de caricias y palabras, de la piedad sincera de Adrián y de mis compañeros del trabajo al que no regresé por baja facultativa

de «fuerte depresión con sintomatología de estrés postraumático». Me acuerdo del instante en que avancé a solas, de espaldas al rosetón ardiente de azules, hacia la primera fila de bancos. *Pobre niño reclamado tan pronto por Dios*, dijo muy alto la matriarca de los Urondo, aquella anciana descomunal de avaricia legendaria que ya no sería la bisabuela de mi hijo. En su meñique derecho relumbraba una repulsiva piedra verde y yo aparté mi mirada de la suya, acuosa y sagaz. Pensé en mi padre, fulminado a los pocos meses de mi boda por un derrame cerebral, y me dije que ya no me quedaba nadie en la ciudad de la infancia. Álvaro, que la noche anterior lloró durante horas rogándome perdón (pareció calmarse cuando al fin lo hice, por no seguir escuchándolo), era ya sin remedio un extraño, el enemigo insospechado e irreconciliable a la vuelta de la desgracia y del sino amargo de las cosas, la mueca hostil y secreta revelada de golpe. Pero sin duda siempre lo fue y yo (pero tampoco él mismo) no supe preverlo, anticiparlo en esos días primeros de dicha con sus rendidas horas de agotamiento, en todo ese tiempo en que el implacable minutero del amor ya giraba en mi contra. A mitad del funeral, lo oí sollozar, adiviné que iba a arrimárseme y el estómago me dio un vuelco. Retiré su mano temblorosa de la mía y salí de la catedral antes de que el oficio terminara. Estaba segura de que no me seguiría, aguantaría hasta el final, entre su madre y su abuela imponente escoltándolo como a un desertor recién capturado.

Debí marcharme entonces, pero no lo hice. Marcharme y denunciarlo después, antes de la siguiente paliza, de las posteriores palizas *(maldita sea, por qué coño no quieres que tengamos otro hijo, no entiendes que eso lo cambiaría todo, arreglaría lo nuestro y volveríamos a ser los de antes, más felices, incluso, que antes)*, que llegaron cuando yo casi no podía aún ni levantarme de la cama; a lo único que atinaba entonces era a tomarme, apenas él se iba a su despacho, las píldoras anticonceptivas que atesoré y escondí bajo un tablón desencolado del cobertizo de la terraza, a sabiendas de que él no se asomaba por allí porque desde la muerte de Román padecía de vértigo y había empezado a aborrecer las barandillas y las azoteas tanto como yo los túneles y las criptas. Casi todas esas noches en que se arrojó a la fuerza sobre mi cuerpo distante, los labios blancos de furia y una ira distinta y peor abismándole los ojos que buscaban, inútiles, el asentimiento de los míos, yo estuve de nuevo muy lejos, *fuera* de su frenesí. Me refugiaba en la idea rescatadora de esas pastillitas coloreadas. Ellas fueron mis nuevas piedras de toque, boyas a las que agarrarme mientras la línea del horizonte basculaba a mi alrededor. Pastillas, invocaba mi mente, pastillas, y al cabo su aliento dejaba de

acelerárseme en el cuello, ya no le sentía la rabia de las manos inmovilizándome las muñecas.

No me fui a tiempo, no lo denuncié antes de abandonarlo, atenazada por una depresión que de hora en hora mutaba su repulsa en cobardía (pero me temía más a mí que a él mismo, temía al ser sin voluntad en que me convertí), y ése fue, de todos mis errores, el peor. El mayor de tantos cometidos hasta la caída en el barranco.

El barranco donde una chillona e irritante musiquilla rompía de pronto el silencio.

La sintonía de un móvil, reconocí sobresaltada. Me esforcé en apartar de mí esas notas, en *silenciarlas.* Entonces comprendí, cómo no se me ocurrió nada más reabrir los ojos allí abajo, maltrecha y quizás herida de gravedad al fondo de ese desfiladero sembrado de muertos y estremecido por el viento donde ahora graznaba, gutural, un pájaro, que no tardarían en encontrarnos. Alguien circularía por esa misma carretera y al doblar la maldita curva vería el quitamiedos arrancado, se detendría en el arcén y descubriría el autobús volcado, nuestros cuerpos desperdigados alrededor como reguero de piezas frescas por cobrar. En cuestión de muy poco, el involuntario y horrorizado testigo de turno sacaría su móvil (el *otro* sonaba de nuevo, dentro del bolso o abrigo de alguno de los viajeros, una y otra vez sonaba en la mañana helada, por encima del áspero piar de ese grajo o corneja) y avisaría sin dilación a emergencias y a tráfico.

Me pregunté si viviría hasta la llegada de las ambulancias y los equipos de rescate y sólo entonces percibí un sabor metálico en la boca, el gusto acre de la sangre. Debía de tener una herida goteante en algún lado de la cabeza, en la frente o las sienes, pero aunque no notaba las piernas, no sentía ningún dolor; apenas un molesto pálpito en el costado derecho, lo justo para cerciorarme de que aún respiraba.

Escapé de mi propia casa como una ladrona sin más botín que el de su urgencia, pero ya no podría recibir de manos del portero de Jonás, que no regresaba a Madrid hasta el sábado siguiente, las llaves de su piso. Jonás no sabía nada de las palizas (hubiera corrido de inmediato a denunciar a Álvaro, aunque tuviera que venirse de la otra punta del mundo para hacerlo), una insuperable vergüenza me impidió contárselo por teléfono o por e-mail. Le expliqué únicamente que necesitaba un respiro y un cambio de aires, recapacitar a solas sobre mi vida y ciertos proyectos durante una o dos semanas, ahora que gracias a la medicación ya era capaz de levantarme de la cama y enfrentarme a las calles y al mundo que seguía adelante sin Román. Por eso le pedía ayuda y que me acogiese unos días en su casa madrileña sin comentárselo a nadie, absolutamente a nadie. Entendió

enseguida a quién aludía ese eufemístico «nadie», debió de imaginar que barajaba divorciarme y tal vez se alegró porque Álvaro («el guapito de cara, niñato gilipollas», solía llamarlo, aunque dejó de hacerlo cuando se enteró de que nos casábamos) nunca le gustó. Pero se limitó a escribirme que ya hablaríamos de todo cara a cara. «Tranquila, mi casa es tu casa y puedes tirarte en ella el tiempo que quieras, a mí nadie me sacará ni una palabra sobre tu paradero, para qué están los amigos, tú instálate a tu aire y trata de distraerte hasta mi vuelta», añadió.

Cuando nos encontrasen, los servicios de emergencia avisarían a los familiares desde depósitos y hospitales, claro. Lo imaginé descolgando el teléfono horas después, escuchando la noticia con el estupor y la cólera pintados en la tirantez de los labios y una rabia inmensa me recorrió el cuerpo como una llamarada.

Había huido para volver a la vida, a la verdadera vida esperándome en otra parte, y por el contrario y a cambio, esta certidumbre del final antes siquiera de haber conseguido aproximarme al principio…

La fatiga me invadió de golpe, un adormecimiento sofocado de músculos y nervios. Qué dulce parecía de pronto la inminencia del sueño allí abajo, sobre la faz de la tierra ahora quieta y silente donde no volvía a sonar el móvil, se le habría acabado la batería o quien llamaba desistió, el viento que poco a poco amainaba era ya sólo un rumor de agua mansa sobre la arboleda oscura y también ese pájaro, corneja o grajo, enmudeció en su rama o en mitad del aire con su promesa de nieve.

Qué dulce y hermoso el sueño del que los niños despiertan a hora fija, guiñándole la asombrada claridad de los ojos a la luz aún dudosa, frente al trotar tintineante de caballitos de movediza rueda de la fortuna que gira, removida por brisa amable de verano, bajo el cielorraso donde conejos con levitas de un naranja de incendio estudian, serenos, sus posiciones en las cuatro esquinas de un juego inmutable, pintado una tarde feliz de risas y abrazos en lo alto de una escalera… Pero no, mejor desechar el recuerdo insoportable de sus manos, ¡sus *manos*, precisamente!, sobre la ensanchada cintura, «por lo que más quieras, no vayas a caerte, qué capricho más loco te ha dado, ya no estás en esas clases idiotas de modelación y dibujo que a casi nadie le importaban, excepto a los empollones como tú, claro». Mejor olvidar el ilusionado manejo de las planillas de calco, el pincel y la brocha, y ese surgir paulatino de orejas y patas, justo encima de las ingenuas molduras de vides y piñas que me enamoraron al primer vistazo y que él, de gustos tan obedientemente minimalistas de aceros

y domóticas, tildaba de «antiguallas». No, él no estará, no *debe* estar en este sueño orquestado a voluntad en que no se duerme para no despertar, no se pierden el pelo, las uñas, el olfato y hasta las ganas de seguir respirando por culpa de ciclos de quimioterapia que no conseguirán frenar la metástasis, no se echa a perder media vida por error, pánico, debilidades sin cálculo. En los buenos y requeridos sueños de duermevela, los concebidos antes de abandonarse al desconcierto y la indomada oscuridad de los verdaderos, podías elegir, mezclar los tiempos, los rostros y espacios. Ser una y muchos, ordenar los actos y las vidas, variar los rumbos y cambiar la historia, eso era lo bueno de soñar despierta.

Debía luchar contra la tentación de dormirme, hacerlo sería muy peligroso…

Algo húmedo y suave me rozaba los labios, las pestañas, el mentón. «Nieve —pensé—, en esta hondonada cuajará deprisa y eso dificultará las labores de rescate». Me acordé del trineo que mi padre me fabricó de niña, de mis chillidos de alborozo cuando me precipitaba ladera abajo, el aire en la cara. Al revés que a mí, a Jonás no le gustaba el invierno. Prefería los meses sin escuela del verano, esas tardes en que no íbamos a la playa, donde nunca se quitaba la camiseta y los bermudas porque le avergonzaba que lo vieran en bañador, y se nos permitía llevarnos la merienda junto a la casona en ruinas de los Bergara, al final de la vereda del parque. Aquel jardín devorado por la maleza y abandonado a mediados de los cincuenta por una familia enredada desde antes de la guerra en mil y un pleitos de herencias, en cuyo solar se alza hoy un cónico hotel de cuatro estrellas que no se ha molestado en conservar ningún elemento de la antigua estructura de tejado a dos aguas, galería acristalada y marquesinas modernistas, era nuestro lugar favorito de juegos. Sophie accedía algunas veces a regañadientes a llevarnos allí y esperarnos sentada en un banco próximo. «Un sitio siniestro y malsano —protestaba—, guarida de mendigos y desesperados, no entiendo qué manía absurda os ha dado con meteros ahí, mucho ojo con donde ponéis los pies, no vayáis a pisar algo oxidado o, peor aún, una jeringuilla, ya os tengo dicho lo peligrosas que son, tenéis que prometerme que iréis con mucho cuidado, que no tocaréis nada y os limitaréis a jugar fuera, nada de entrar en la casa, id a saber el estado de esas vigas, miedo me da que se os caiga encima una pared». Y nosotros lo prometíamos todo, que sí, que a la primera llamada suya regresaríamos sin falta a su banco, la obedeceríamos sin quejas ni trampas y remoloneos. De verdad, Sophie, de verdad de la buena, pero no la escuchábamos, porque antes ni de habernos acercado a los

muros del destrozado caserón de indianos ya estábamos dentro, ya volábamos, desorientados, pero sin miedo, bajo la sombra de sus torreoncillos de pizarra puntiaguda de cuento, ya nos llenábamos las bocas del sabor ácido de las moras aún rojas, ya respirábamos ávidos el olor dulzón y subyugante a madreselvas y leños podridos, lirios y desperdicios, restos de apagada fogata de vagabundos. Nos entusiasmaba su fama de encantado, el mar de hiedra de sus tapias, el portón de hierro con su candado roto por el que colarse hacia los senderos invadidos de zarzales que se tragaron fuentes y pedestales de estatuas asomando de improviso entre los matojos con un inopinado destello blanco… En medio de ese laberinto de acechantes gatos sin dueño, humedad de enredaderas y árboles sin podar, había un templete de cúpula derruida y columnas sucias de *graffitis* que se nos antojaba el centro del mundo, la puerta abierta al secreto de todas las cosas.

El lugar donde nada malo podría pasarnos, decían entonces nuestros ojos, únicamente nuestros ojos, porque allá dentro no necesitábamos de palabras para entendernos y el silencio era promesa y caudal de sorpresas, y el son de cada paso una incitación a zozobras de aventura.

—De pequeña creía en la magia de las combinaciones, en los números recitados del revés, en las palabras talismanes.

«Típico pensamiento mágico el tuyo —se rió Jonás la noche de muchos años atrás en que le confesé, en ese mismo jardín condenado que las grúas y excavadoras arrasarían al mes siguiente, esa y otras rarezas antiguas luego de que ambos nos marchásemos sin despedirnos de la terraza del discobar Abel, donde nuestro curso celebraba el fin de la selectividad—. Quién se hubiera imaginado de ti semejante rollo tribal. Pero dime, ¿no es un poco tarde para destronarme del puesto de friki?». No había malevolencia en su risa, sólo júbilo tras el mutuo descubrimiento de que, tras los nicks de «Arponero Ned» y «Passepartout» a que tantas horas dedicamos ese último trimestre, volvíamos a estar nosotros, que de pequeños fuimos vecinos de edificio e inseparables compañeros de juegos. Entonces él era gordo, apacible y perspicaz y yo tartamudeaba penosa, había empezado a hacerlo con la primera tanda de sesiones de quimioterapia de mi madre y no recuperé una dicción normal hasta varios meses después de su entierro. Nos convertimos enseguida en blanco fácil de las burlas y atropellos de otros niños del parque, que a empujones y gritos nos impedían acercarnos a los columpios y a la fuente de tritones. «Ahí debió de iniciarse algo de todo esto», pensé la mañana en que le escribí a Jonás mi absoluta *necesidad* de huida desde

el cyber de costumbre, donde me refugiaba en secreto y aturdida aún por los somníferos de la víspera, de vuelta del paseo diario por el espigón recomendado por un especialista en «trastornos nerviosos», antiguo compañero de pádel de mi suegro. Pero no dije nada, ninguno volvió nunca a mencionar, siquiera de pasada y ya de adultos, aquellas retiradas humillantes bajo los rododendros de la abandonada ladera sur del parque, refugio habitual de adictos imprecándole a su mala fortuna entre andamiajes de cartones, en esas tardes en que mi padre se desesperaba en un cuarto de hospital mientras Sophie se entregaba a sus ejercicios de taichi al final de la explanada, entremedias de su grupo de adoradores de las mil y una causas de quietud. Cuando mucho después Jonás regresó de modo provisional a Finis desde Bruselas, donde su padre continuaba destinado, para terminar allí su último año de bachillerato, continuábamos siendo los mismos, cómo no íbamos a serlo, pero no lo sabíamos o nos negábamos a aceptarlo, a arrostrar nuestra carga de recuerdos malos y rencores no resueltos. Así es que durante todos esos meses en que nos cruzamos por los abovedados pasillos del antiguo instituto, él transformado en un flaquísimo desconocido con fantasiosas levitas de otro tiempo conseguidas en subastas de ebay y yo fiel a mi empeño de pasar desapercibida, nos limitamos a saludarnos con someros ademanes de extraños que acaso nunca llegarán a saber que intercambian a hora fija confidencias, gustos y manías por la red.

Por esas fechas yo andaba medio enamorada, como la mitad de mi clase, nada muy original, del guapísimo chico nuevo llegado a mitad de curso a nuestro instituto tras su expulsión del muy caro Colegio Hispano-Alemán, del que su familia era dadivosa benefactora. Había repetido allí dos años seguidos y tenía fama de vago y mal estudiante antes que de díscolo y conflictivo. Al revés que tantas chicas, que soltaban risitas mordaces a su paso y le proponían citas por el Messenger, nunca se lo confesé a nadie. ¿A quién, además, hubiera podido irle con el cuento? Evitaba las salidas en grupo, las excursiones y actividades optativas y aborrecía cualquier intento de intimidad. Mi padre, quien, taciturno, paraba cada vez menos en casa, parecía agradecerme ese permanente sosiego que inquietaba sin embargo a Claribel, la cariñosa guatemalteca que se encargaba de la limpieza, las compras y la cocina hasta que marchó a Tenerife a casarse con un panadero conocido a través de un foro de Internet. «Mi hija, si yo tuviera tu edad y esos ojos, de qué me iba a estar acá metida todo el santo día como en una clausura… Alguna vez vas a tener que decidirte a pegarle un portazo al demonio de la tristeza o éste terminará por roerte hasta las entrañas», insistía, apuntándome con la plancha.

Recuerdo que me gustaba observar su pericia al doblar las prendas, el orden simétrico y perfecto con que las amontonaba sobre la mesa de mármol, en la cocina que mi madre pintó de azul vivo el verano antes de su muerte.

Y también recuerdo que no me creía cuando le aseguraba que yo no me consideraba desdichada, al menos no más que otros; y por supuesto, evitaba referirme a mi padre, al abatimiento de sus ojos las noches en que llegaba pronto de la tienda donde los disfraces agolpados en las perchas multiplicaban pesares y ausencias.

Tampoco yo hubiera creído entonces que siete años después iba a casarme con el chico más guapo de mi clase, del instituto entero y supongo que de toda nuestra maldita ciudad de belleza antigua y remordida.

Con Álvaro Batlló Urondo.

El padre de mi hijo que ya nunca se hará mayor.

El hombre de quien huía cuando el bus se precipitó desfiladero abajo a las siete y veinte de una mañana oscura, a cinco kilómetros escasos de la entrada a la autopista.

Tras muchos años de no vernos, Álvaro y yo habíamos vuelto a encontrarnos por azar en el Helmut de Berlín un atardecer de noviembre del 2000. Yo tomaba una copa con mi amiga Monika, compañera de piso durante y después del Erasmus, y fue él quien me vio primero y me llamó desde la mesa donde bebía a solas un cóctel de menta con cara de aburrimiento. Pasaba allí unos días por asuntos de la inmobiliaria que ahora dirigía su hermano Adrián, tras el retiro entre rezongos del padre vuelto a Ibiza, y sí, también él trabajaba en el negocio familiar, un puesto cómodo, aunque algo aburrido, claro, y no, no viajaba a Berlín con mucha frecuencia, pero disponían de una buena cartera de clientes alemanes, inversores del ramo y también particulares que compraban segundas residencias en la costa norte, menos masificada que la levantina, era la época dorada del ladrillo español, y yo, ¿pensaba instalarme allí definitivamente? Parecía realmente contento de verme (luego descubriría que la soledad en locales y hoteles lo espantaba), y al saber que tenía previsto regresar a España antes del Año Nuevo insistió mucho en reanudar «el contacto», a pesar de que nunca fuimos verdaderos amigos en esos tiempos de la secundaria en que él brillaba sin realmente desearlo y yo me escondía del mundo tras mis buenas notas y mi reserva crónica.

Esa noche cenamos en el Luster, donde nos reímos mucho a costa de la antipatía del viejo jefe de sala, que despotricaba airado y sin disimulos sobre el monto de las propinas. Álvaro lo imitaba a media voz a la perfección, tenía un insospechado talento de cómico, era

ingenioso y ocurrente de un modo que yo jamás hubiera columbrado en los días en que le espiaba de lejos la desganada sonrisa de quien lleva siglos recibiendo tributos de admiración. A su modo, era deliciosa, torpe y sorprendentemente tímido y me acordé de que quienes se congregaban frente a los partidos de balonmano al grito casi unánime de su nombre y se lo disputaban en las fiestas solían encomiar, extrañados, aquel rasgo de su carácter que confundían con «modestia».

La noche siguiente la pasamos juntos en su hotel.

Y para mi sorpresa (al despedirnos, yo estaba segura de haberme limitado a cumplir un intrascendente sueño de adolescencia que enseguida sería olvidado recuerdo inolvidable, no pensaba llamarlo, ni volver a verlo más allá de los encuentros fortuitos en cualquier rincón de nuestra pequeña ciudad), fue él quien se enamoró.

Perdidamente, que hubieran dicho las gritonas heroínas de los culebrones televisivos que hipnotizaban a Claribel.

De regreso a Finis, empezó a telefonearme varias veces al día, su voz sonaba inquieta y esperanzada, como la de un chico muy joven en el que nadie se hubiese fijado antes y a mí me halagaba vagamente esa insistencia, aunque no esperara nerviosa sus llamadas, ni me despertara a medianoche con su nombre en los labios y el anhelo de su cuerpo en el mío. Me envió flores y un pesado y antiguo brazalete de plata por mensajería (no había olvidado que a la salida del Berggruen le hablé de mi querencia por rastros y almonedas) y dos fines de semana después se presentó en mi apartamento berlinés con una gigantesca y bien envuelta caja de macarrons. Tampoco había olvidado que esos dulces franceses eran mis favoritos… Y no, por favor, que no me inquietase el asalto, no se trataba de ninguna invasión, de hecho, se alojaba en el Hotel Angleterre, simplemente no pudo resistir las ganas de verme y ese viernes al mediodía saltó a un avión sin pensárselo, sólo al aterrizar se le ocurrió que a lo peor yo me había marchado a cualquier sitio. Imaginó mi móvil desconectado o sin batería y a mí de excursionista feliz en mitad de un bosque o en una cabaña al borde de un lago, por eso le urgió al taxista a seguir hasta mi casa tras parar unos minutos, los justos para firmar el registro y dejar su maleta en la recepción del hotel que yo comenté que me gustaba, por su fachada intacta y anterior a los nazis, las bombas y el muro… Había tenido que conocerme a mí, la entusiasta de esos cubismos y expresionismos que nada le interesaban hasta que yo se los mostré durante una tarde de deambuleos por museos y galerías, para saber de la nostalgia, dijo sin aliento desde el umbral.

Porque nunca hubiera creído que se pudiera echar tanto y tan

dolorosamente de menos a alguien. Así llevaba él echándome de menos a mí desde el instante mismo de nuestra despedida, precisó, sin énfasis y con leve expresión de asombro. Se despertaba de madrugada y era mi cara en la oscuridad del cuarto donde por un momento buscaba anonadado cigarrillos y mechero, olvidado de que llevaba ya cinco años sin fumar, a ver si conseguía que también yo dejara pronto el jodido tabaco, llegaba al despacho y era mi voz la que creía escuchar, filtrándose a través de las de secretarias y agentes y corredores de fincas, de la de su hermano apremiándolo con mil y un asuntos y documentos y citas que no le importaban nada, porque de repente yo, yo y nada más que yo.

Yo, que estaba lejos y respiraba un aire distinto y tomaba el metro aéreo para llegar muy temprano a los archivos y bibliotecas donde perseguir y anotar, material de inicio para una tesis que no llegaría a escribirse, rastros de vasijas y lienzos rapiñados, perdidos o pulverizados entremedias de la peor de las guerras, pensé fugazmente mientras lo atraía hacia mis labios.

Yo que aún estaba a salvo y no lo sabía, cómo hubiera podido saberlo, tampoco él lo sabía o eso he preferido creer. Tenía el pelo rubio húmedo de aguanieve y las manos le temblaban un poco y al abrazarle pensé, no sé por qué, en jinetes antiguos y extraviados.

Había tanta vulnerabilidad en el aturdimiento y la emoción de sus ojos que no se cerraban en el amor…

Y entonces, en ese fin de semana que pasamos encerrados, primero en la casa y después en su hotel, luego de que el sábado por la mañana volviese Monika de una fiesta, yo me enamoré a mi vez.

—Dios, es probablemente el tío más guapo del mundo, puede que sea incluso hasta *demasiado* guapo —me había susurrado Monika aquella primera tarde en el Helmut. Entonces volvió a repetirme algo similar con una risita chispeante y aún ebria.

—Joder, si el Berger de Visconti —Monika estudiaba realización, adoraba el cine italiano y se pasaba media vida deplorando de un modo deliciosamente *snob* haber nacido tarde, *muy* tarde y en la época «equivocada»— parece medio engendro a su lado, y eso por no hablar de esos actorcillos musculados de ahora, esos niñatos al gusto de burras trufadas de *pop corn* en esas horribles salas de pantalla diminuta de los centros comerciales…

Él estaba en la ducha y mi amiga, tambaleante y con un último pitillo abrasándole la punta febril de los dedos, me miraba guardar a la apresurada cuatro cosas en un maletín. Ella también era muy guapa, con sus piernas largas, su nuca afeitada y su flequillo teñido de violeta, pero no lo sabía o no le importaba, en su impaciente

deambular cámara en mano en pos de lo «auténtico» por la ciudad antes dividida no había lugar para la complacencia, la morosidad de los espejos que alguna vez acogerían el final sin sorpresas de la juventud.

¿Qué habría sido de Monika? Lo último que supe de ella, al mes escaso de mi embarazo, fue que llevaba una temporada en la isla norte de Nueva Zelanda, donde trabajaba junto a su chico, ¿o era su chica?, en un proyecto de documentales para un canal temático de Auckland. «Tendrías que venir a verme, te llevaría a nadar entre delfines en la bahía de las islas», me había escrito en una postal, que estuvo unas semanas sujeta con imanes a la nevera y luego se extravió durante la mudanza al piso de «Caídos de Filipinas»…

Dejé de contestar sus lacónicos correos de saludo tras la muerte de Román. Los suyos y los de todo el mundo, salvo, muy de tiempo en tiempo, los de Jonás.

Demasiado guapo…

He tardado mucho tiempo en comprender que Álvaro detestaba oscuramente su belleza. Muy al fondo de sí, lo asustaban desde niño los comentarios admirativos sobre la delicada y casi excesiva regularidad de sus facciones. Aunque no hablase de ello y tal vez ni siquiera llegase conscientemente a pensarlo, ahora sé que se hubiera cambiado con gusto por cualquier otro que no llamase tanto la atención en la calle, en las aulas, en todos esos lugares en que la gente se volvía a mirarlo con el estupor reverente y un poco inquieto que suscita casi siempre la exagerada belleza masculina. Por cualquier otro, pero sobre todo por Adrián, el hermano mayor idolatrado por una madre a quien impacientaban las «tonterías y la alocada insulsez» de su poco ambicioso benjamín que, más allá de «vaguear y verlas venir», nunca hizo, según ella, nada «a derechas». «Yo soy algo así como el inútil de la familia», me dijo entre risas y a vuelapluma al principio, cuando me contó que sólo a duras penas llegó a terminar esos módulos de empresariales que lo aburrieron «de un modo espantoso, no te lo puedes ni imaginar, menuda condena, pero a ver quién estudiaba otra cosa, ni se me ocurrió plantearlo en mi casa porque odio las broncas y se hubieran puesto como bestias».

«El inútil de la familia»… Entonces no capté el larvado rencor, la demorada e hirviente infelicidad que subyacían bajo la burla amable y distante de esas palabras.

Álvaro fue sin duda un niño inteligente, pero nadie se había molestado nunca en decírselo, eso lo entendí después. Mucho después, incluso, de la época en que su madre torcía, sulfurada, el gesto si nos encontraba juntos por las calles de Finis. ¿Una chica así, tan anodina y

carente de brillo y de… de dinero, claro que sí, para su idiota de benjamín soñado por la inmensa mayoría de las mujeres de la ciudad? Vamos, mira que semejante chica, no eres más tonto, hijo, porque Dios no dispuso que lo fueras. Una chica así, tan corrientita y poca cosa, si por ser no es ni siquiera guapa, que eso sí que lo era y mucho, las cosas como son, la mujer de Pinto Ortega, vaya escándalo cuando te liaste con la mujer de uno de nuestros constructores, si es que contigo no se ha ganado para disgustos. Pero mírala bien, hombre, si no es nadie ni nada, con esas greñas y esa ropa de rebajas, qué digo rebajas, de saldo y puede que hasta de mercadillo, la hija de un medio buhonero portugués muerto de hambre que encandiló vaya usted a saber dónde a una necia de buena familia de las de mucha presunción y pocos activos. Vamos, que de esas de apellido bueno y patrimonio ido a pique y así pasó, que a su madre ya no se la recibió nunca más en su villa de la colina de los Vientos y se tuvo que ir a vivir de alquiler con su Romeo de Oporto o de Coimbra a un ático de los de la lonja. Y ya, ya, no me vengas con que esos pisos ahora se venden solos y a millón alcista, las cosas y las modas cambian, pero lo que no cambia nunca es el despropósito de una mala alianza, menuda lagarta esa mosca muerta de la que te has, y disculpa la vulgaridad, pero es que de puertas para adentro al pan, pan, y al vino, vino, encoñado como un imbécil. Y a qué viene eso de que quieres casarte, ¡casarte con ésa, ni más ni menos! Tú, que no duraste ni el mes con ninguna chica, ni aquí ni en el *college* de Boston. Tirar el dinero es lo que siempre hemos hecho contigo, estúpido, que no has sabido aprovechar nada y eres la decepción en persona, creíste que tu cara bonita te daba derecho a todo, a suspender verano tras verano y a holgazanear de por vida, un inútil y un parásito con tarjeta oro, eso es lo que eres. Ahora, que no pienses que mientras yo viva esa cazafortunas y tú vais a vivir como marajás a mi costa, hasta ahí podíamos llegar.

Álvaro no me refirió nunca algo semejante, pero mucho antes de conocerla, en su gabinete de lienzos pésimos y chesters lustrosos donde nadie parecía haberse sentado nunca (el lugar de las visitas incómodas a las que recibir de pie y despachar rápido, pensé), yo ya sabía exactamente lo que Matilde Urondo opinaba de mí, ya tenía esas u otras palabras parecidas en la mente. Había supuesto que la antipatía sería mutua, pero me sorprendió la virulencia de su mirada y la rabia de esas manos que trizaban un pañuelo mientras se me ofrecía un té que nunca llegó a servirse porque me fui de allí apenas ella me lanzó («esto queda entre nosotras, nadie tiene por qué enterarse») el señuelo de una cifra. A cambio, quería que yo le diese largas (y ahí dudó unos segundos, quizá porque veía cómo yo me abrochaba el

abrigo a toda prisa) «a vuestro asunto» y que fingiese empezar a fijarme en algún otro que no fuese su «inmaduro» de hijo, tan «inconstante, el pobre». Adrián, al que había conocido hacía un par de meses, era en apariencia clavado a la mujer que lo alumbró tres años antes que a Álvaro, pero esa similitud no pasaba de los rasgos finos y sin gracia, del brillo de uva tinta de los ojos que no pestañearon ni rehuyeron los míos bajo las cejas al desuso, tan depiladas que parecían trazadas a plumín, cuando la mandé a la mierda, antes de irme con un portazo. Adrián es un buen tipo, incapaz de tratar así a nadie. Quiere a su hermano pequeño y a mí me tomó afecto enseguida, creo que Álvaro se sintió incluso un poco celoso al principio, no lo decía, pero al cabo de un rato de conversación insistía siempre en que nos fuésemos, «ya hablaréis otro día largo y tendido los dos, eh, que a ti te veo a todas horas en el despacho y en cambio a Ela». Adrián se reía, «quién te ha visto y quién te ve, renacuajo», lo embromaba. Le gustaba verlo enamorado. «Como un adolescente, ya le hacía falta, de chavales el sentimental era yo y ahora míralo, si no parece el mismo».

Esa tarde hubiera querido detallarle a alguien que no fuese, por supuesto Álvaro, pero tampoco Jonás, mi furia y la humillación, sobre todo la humillación… Supongo que a esas alturas mi padre se hubiera reído con ganas de aquello del «Romeo de Oporto o Coimbra», pero llevábamos tantos años limitándonos a los pudorosos «hola, cómo estás, cómo te fue hoy, qué te apetece, necesitas que te prepare alguna cosa», que la mera idea de contarle *algo*, lo que fuese, me resultaba anómala y disparatada. Además, él llevaba algún tiempo, dos o tres meses, viéndose, contento y absurdamente discreto, con Marisa, la nueva cajera divorciada a quien después de su derrame cerebral yo le traspasé la tienda de disfraces. ¿Por qué entresacarlo ni por un momento de ese revivir que lo llevó de nuevo a buscar por Internet vuelos baratos para los fines de semana, a recortarse el bigote y a elegir, cuidadoso, corbatas y americanas? Era mejor verlo ilusionado, era mejor no sentirle los pasos de agobio e insomnio en mitad de las noches, era mejor no seguir inquietándose por su soledad de años.

Y también a él le resultaría más fácil si yo… Despreocuparse al fin de la hija de trato correcto y fácil, «demasiado» fácil, esa chica que no daba problemas, leía y estudiaba mucho y de pequeña soñaba despierta con Hector Servadac y el capitán Nemo, con Schliemann niño imaginándose maravillado y triunfal sobre las ruinas de Troya devueltas a la luz y con una Atlántida cuya ubicación exacta ella descubriría alguna vez, claro que sí, ya lo verás, papá, «¿y si nosotros fuésemos los descendientes de esa estirpe poseidónica y no lo supiéramos, di, papá y si?»

Despreocuparse había parecido tan bueno, entonces, para los dos. A mi padre, Álvaro le pareció simpático, aunque cuando supo que íbamos a casarnos en ese juzgado de concejo al que su madre se negó a asistir, murmuró sin mirarme, como si le avergonzara lo ridículo y precipitado de un pensamiento tonto como ninguno:

—Sabes, guapa, que me parece que quizá no seáis felices… Porque Álvaro es de buena pasta, pero hay algo raro en él, una especie de rabia o de frustración ocultas. No me preguntes cómo lo sé porque no tengo ni idea, me di cuenta hace poco y sin ningún motivo en especial. Sólo puedo decirte que me da miedo su debilidad de fondo… Porque él es débil, muy débil.

Protesté, no tan enfurecida como me hubiese gustado, y al minuto siguiente estábamos en otro asunto, una nadería acerca del cuidado de los gatos durante las vacaciones de Pascua. ¿Cómo hubiera podido prever que al siguiente agosto lo fulminaría un derrame en pleno convite de comunión de un sobrino nieto de Marisa?

Miedo, dije en voz alta y temblorosa. Temblorosa, pero no tartamudeante, como la de la niña que esperaba el regreso de su padre del hospital frente al horno apagado donde aguardaba la cena dejada por Claribel entre mil quinientas recomendaciones. «Ay, criatura, que me da no sé qué dejarte aquí solita, mira que yo me espero lo que haga falta, mejor llamamos otra vez a tu padre a la clínica, no vaya a ser que se demore como anteayer, que el pobre anda durmiéndose por las esquinas y la madre del Jonás me ha dicho que en su casa se le ha dado hoy la noche libre a esa *paira* vuestra del demonio —remoloneaba en la puerta. Al despedirse, me plantaba un sinfín de besos azorados y torpes en las mejillas, una y diez veces regresaba sobre sus pasos, volvía a subir las escaleras, me llamaba desde el rellano—. ¿Seguro que no quieres que me quede contigo un ratito más? Mira mi hija que hoy no me espera nadie, si no me cuesta nada, mi sol». Con el tiempo, dejamos de enviarnos postales, de felicitarnos el Año Nuevo en tarjetas sucintas donde todo estaba bien, la vida era buena y los problemas no tenían cabida. Puede que al mudarme de casa perdiera su dirección en las Canarias, las «afortunadas», como le gustaba llamarlas, ufana y esperanzada, cuando empezó a chatear con su pretendiente virtual, pero tampoco hice por buscarla, por renovar el contacto, no hubiera sido tan difícil, a ella le gustaba Internet. Ni siquiera recuerdo si llegué a escribirle que me casaba. Tampoco le notifiqué la muerte de papá y de repente esa omisión me dolía como un delito, ¿por qué permití que Claribel se esfumara de mi vida? Ella me había querido y por un instante la nostalgia de sus abrazos, de sus ojos rientes y levemente bizcos («la bizquera era un rasgo de belleza

para los antiguos mayas», leí mucho después en alguna parte), fue casi insoportable.

Miedo, repetí, y me dolieron los labios ensangrentados. Ahora sí que nevaba de veras, «al reporpurín», que decían las ancianas gemelas con idénticos bonetes de encaje del desaparecido ultramarinos de barrio donde le divertía comprar a mi madre. Por entonces yo aún mordisqueaba a ratos un deformado chupete que llevaba en un bolsillo y escondía en el puño apenas ellas, flacas y revoloteadoras, me gritaban con falso enfado mientras pesaban el queso y los embutidos: «¡pero bueno, tres años y todavía con *eso*, mira que se te van a deformar los dientes, so bribona!».

Yo no me enamoré de Álvaro ese fin de semana en Berlín porque fuese guapo. O no sólo porque fuese guapo. Sin duda, en mi adolescencia me gustó, como a tanta otra gente de nuestro instituto Colón de Finis, porque *era* guapo. *Tan* insólitamente guapo que al cruzártelo de improviso, al final de un pasillo o en una esquina, sentías una especie de malestar, de nudo doloroso en la garganta y la boca del estómago. Pero después fue diferente. Muy diferente. Nuestros cuerpos se entendieron a la perfección desde el primer encuentro, pero yo no me enamoré hasta aquel viernes en que percibí en sus ojos el desvalimiento que durante unos segundos pareció alejarlo de la habitación en desorden, de mi mano que buscaba el cenicero amarillo de Cinzano olvidado por un inquilino anterior (yo era una verdadera adicta al tabaco, al revés que Monika, fumadora ocasional que no se tragaba otros humos que los de la «maría»). Recuerdo que pasaban de las seis y pico de la tarde y ya no había más luz en la ventana que la de los neones verdirrojos del club de *strippers* del otro lado de la calle. Él giró un segundo el rostro y entonces, y bajo aquel destellar parpadeante, le sorprendí ese gesto…

Una fugaz mueca de miedo.

¿Pero a qué podría tenerle miedo alguien como Álvaro, que lo tenía todo, absolutamente todo?

¿Y yo, me habría yo enamorado entonces de ese miedo, habría creído reconocerme en él como antaño reconocí mi soledad en la de Jonás?

Notaba de nuevo el sabor de la sangre en la boca. «Deberías estar muerta —me había gritado Álvaro días antes—. No mereces vivir, todo es culpa tuya». Cuando chillaba así, se le transformaba la cara entera y yo me decía «está loco, se ha vuelto loco», a sabiendas de que no era verdad. Me cubría la cabeza con las manos mientras trataba de esquivarlo y de volar hacia el baño, quizá me diera tiempo a encerrarme allí con el pestillo echado, él patearía la puerta, claro,

pero no la echaría abajo, sólo lo hizo en una ocasión, puede que aún temiese en su fuero interno que algún vecino sintiera el escándalo y avisara a la policía.

Al menos allí abajo no tendría que escuchar sus llantos de «después», cuando me pedía perdón, una y cien veces rogaba que lo perdonase y le diese otra oportunidad, «estoy muy mal, mi vida, sólo quiero que volvamos a ser los de antes, que lo olvidemos todo y arranquemos de cero, que hagamos como si nada hubiera pasado, podemos tener otro niño y volver a ser felices, tienes que entenderlo, por favor, mi vida».

Mi vida.

«Tienes que pensar en ti, en tu vida», me escribió Jonás.

Mi vida… por un momento me dieron ganas de reír.

Mi vida por recuperar caída al fondo de un barranco.

Entonces sentí las sirenas. Las oí con toda claridad, cada vez más próximas.

Y luego, cuando pararon, la voz, amplificada por el megáfono, de una mujer que prometía auxilio a gritos, recomendaba no movernos, aguantar y no movernos, enseguida llegaría la ayuda. Pero quién iba a moverse, allí abajo.

Abajo, donde quizá todos estábamos muertos y no lo sabíamos, ya nunca lo sabríamos.

Muertos, muertos, me repetí. Muertos sobre la faz de la tierra y no dentro de ella.

Entonces perdí el sentido.

No llegué a enterarme de cómo me subieron ni del instante en que me acomodaron en una camilla de ambulancia con una máscara de oxígeno sobre la cara.

Álvaro

A eso de las once, una llamada del hospital lo urgió a acudir a la UCI, planta 5.ª del edificio B, donde los médicos informarían a los familiares del estado, crítico, puntualizó con prudencia la voz anónima, de la accidentada. Su extensión del despacho contaba con un servicio de desvío de llamadas, y al divisar en la pantalla el número de su casa descolgó el aparato con un gesto de irritación. Llevaba toda la mañana de mal humor porque a primera hora le había tocado notificarle sus despidos al locuaz y simpático Boni Lorente y a esa chica, Marga, que se echó a llorar sin disimulos en mitad del discurso que recitó deprisa y sin atreverse a mirarles a la cara. «Si es que llevamos casi cinco meses sin vender ni un maldito piso, ni de obra nueva ni de segunda mano, estamos con todas las promociones paradas y los bancos azuzando, en fin, como todos en el sector. Ya sabéis lo mal que pintan las cosas en este negocio con la crisis, lo siento en el alma, de verdad, y os aseguro que si en algún momento esto mejora seréis los primeros a quienes avisaremos, se os reintegraría en la plantilla con absoluto reconocimiento de vuestra antigüedad». Al principio le costó entender de qué le estaba hablando aquella suave voz femenina, ¿por qué le preguntaba cuál era su relación con Adela Mendes Punter?

—¿Y usted quién diablos es?

Había alzado demasiado el tono y vio de refilón asomarse a su hermano por la puerta entreabierta del despacho principal que su padre ocupó durante años. «Lo llamo del hospital Nuestra Señora del Mar a propósito de esta paciente», repitió la telefonista y él volvió a interrumpirla, cauteloso y con un deje de miedo.

—Es mi mujer, ése es el nombre de mi mujer, pero tiene que tratarse de un error, ¿cómo que ha sufrido un accidente, qué clase de accidente, por Dios?

—¿Qué pasa, Álvaro?

—Cállate, a ver si logro enterarme.

En la mirada de Adrián volvía a detectar la suspicacia de días atrás, cuando éste le preguntó, al final de un almuerzo («vamos, deja que te invite, hace tanto que tú y yo no hablamos, más allá de los problemas de oficina») en su reservado favorito del Mesa 21: «¿Hay algo que quieras contarme?». Lo escrutaba con singular insistencia y en ese instante casi lo odió. Se atragantó con un sorbo de café que le abrasó los labios y la garganta y soltó la taza sobre el mantel con un gemido ahogado. Miró la mancha de café extendiéndose entre los dos e interrumpió a su hermano levantándose de un salto. «Perdona, Adrián, voy al baño a echarme algo de agua, me he puesto perdida la

camisa, joder, y creo que no me queda ninguna de repuesto en el despacho».

La telefonista resumía, paciente y disciplinada (quizá comunicar tragedias fuera su tarea, su rutina diaria encomendada por algún jefe administrativo a quien subyugó el timbre melodioso, casi radiofónico, de su voz), aquella historia increíble acerca de un barranco y de un autobús de largo recorrido que derrapó en una curva, saliéndose de la carretera, qué carretera y qué autobús y qué pintaba Ela allí, no entendía nada, era para volverse loco.

—Oiga, tiene que tratarse de una confusión, mi mujer no estaba, no podía estar en ese lugar, si esta misma mañana me dejó dicho

—…

—Y yo le aseguro que eso es imposible, rematadamente imposible. ¿Cómo dice? No, ella no tiene más familia que yo, no pueden avisar a nadie más.

—…

—Sí, por supuesto que iré de inmediato, ya verán como se trata de un error, no, no me diga que lo siente porque le repito que esto no es posible, debe de tratarse de otra persona, puede que alguien le robara el bolso esta misma mañana, mi mujer es muy despistada, sí, eso ha debido de pasar, le han quitado el bolso con la documentación dentro y en ese caso… Sí, claro que la escucho, desde luego que sí. El doctor Palacios o la doctora Ruz Mejide, ah, es al revés, de acuerdo, lo apunto, lo apunto, planta 5.ª del edificio B.

Colgó despacio. Le ardían las sienes, notaba húmedas las palmas de las manos y le costaba respirar, como si tuviera fiebre.

—Oye, ¿vas decirme de una vez qué sucede? ¿Le ha ocurrido algo a Ela?

Fue hacia el armario empotrado del vestíbulo y dijo, sin mirar a Adrián:

—Un accidente… Pretenden que ha tenido un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

¿Por qué lo miraba de ese modo? Con recelo, igual que en el restaurante… Entonces insinuó veladamente su inquietud. «Sé mejor que nadie lo mal que lo estáis pasando desde lo del niño, pero es que Ela no parece mejorar, rehúye visitas y llamadas o contesta con evasivas, parece no querer vernos, ver a nadie y no solía comportarse así conmigo, ni tampoco con Sofía —le había dicho, justo antes de aquella maldita pregunta—. Álvaro, dime, ¿hay algo que quieras contarme?»

—¡Y yo qué sé, joder! Escucha, tengo que marcharme. Tomaré un taxi, no hace falta que me acompañes. Te llamo yo después sin falta y

te cuento.

Pero su hermano se enfundaba ya el abrigo mientras ordenaba a la secretaria que contestase sus correos más urgentes y anulase sus citas del mediodía y primera hora de la tarde.

—Por supuesto que te acompaño, déjate de tonterías. Vamos al garaje, no tardo ni cinco minutos en sacar el coche. Y tranquilízate, anda, que te has puesto muy blanco, ya verás cómo no es nada serio. ¿A qué… a qué hospital te han pedido que vayas?

—Al Nuestra Señora del Mar.

Siempre que pasaban por delante de su cuadrangular fachada blanca, ella desviaba, supersticiosa, la vista porque allí había muerto su madre cuando era pequeña, una niña menuda y seria de trenzado pelo oscuro en esos álbumes de fotos que al principio él miraba de continuo, ganado por una exasperante y emocionada congoja. Qué indefensa e inalcanzable se le antojaba Ela en aquellos retratos de familia anteriores a los digitales que su padre se avenía a mostrarle una y otra vez, halagado y a la vez sorprendido por su «rara predisposición a la nostalgia». Qué frágil y misteriosa le resultaba su leve figura capturada en una playa, al pie de un monumento o en medio de un desorden de juguetes. Le conmovían especialmente las instantáneas en que ella estaba sola. La del columpio rojo, por ejemplo, con la verja del convento de carmelitas al fondo o la del cucurucho de helado derritiéndosele para siempre entre los dedos donde brillaba una sortija de plástico de las de puesto de feria o envase promocional de cereales, y todas aquellas en que posó disfrazada en el salón esquinado de su casa del barrio de la Lonja, o ante el escaparate de La reina del mundo. Finis no era una ciudad grande, seguro que de niños se cruzaron muchas veces por calles y alamedas. En la playa no, porque no frecuentaban la misma, su madre aborrecía la de la Ensenada, que tachaba con desdén de abarrotada y «vulgar» y los llevaba a la caleta del Club Náutico pese a sus protestas. Tampoco en la trastienda de La reina del mundo, la sastrería de disfraces a medida del «portugués» que luego sería su suegro, habrían coincidido nunca, de pequeño él detestaba oscuramente carnavales y mascaradas, era Adrián quien iba allí a probarse sus trajes de bucanero y de guerrero galáctico.

Llevaba sin ver esos viejos álbumes de tafilete rojo que tras la muerte de su padre ella guardó en el trastero desde que se mudaron a la casa nueva, mediado el embarazo, recordó. Y por qué, joder, por qué pensaba en esos estúpidos álbumes metido dentro del coche que su hermano conducía con insoportable lentitud y despotricando contra el atasco del centro, bajo ese cielo blanco de nieve. Su mente era un

hervidero bullente y enloquecido, y estaba tan tenso que no conseguía reconocer las calles a su alrededor, a pesar de que se obligó a mantener los ojos bien abiertos durante todo el trayecto.

Y ahora, sentado junto a Adrián en una silla de plástico («esperen ahí», les indicó a su llegada a la quinta planta una enfermera con zuecos extrañamente silenciosos que surgió de improviso frente al mostrador vacío del «Control»), en mitad de aquel rumoroso pasillo blanco con atemorizadoras puertas cerradas al fondo, volvió a asaltarlo la duda de si no estaría dentro de una pesadilla. Pero notaba en sus piernas la pesada humedad del abrigo que Adrián le quitó en el ascensor, la atmósfera olía a medicamentos y desinfectante hospitalario y percibía persistentes y amortiguados zumbidos de máquinas muy reales, inconfundiblemente reales. «Tranquilízate», reiteró Adrián con el mismo ademán apaciguador con que de niños solía defenderlo de las constantes reprimendas maternas o de las peleas de escuela y campamento veraniego. Sólo le llevaba dos años y medio, pero se comportaba como un adulto empecinadamente protector. Hubiera preferido no tenerlo ahí, pensó irritado, hallarse fuera del alcance de su aire de serena eficiencia y autodominio. «Don Perfecto», dictaminó en su interior una voz de burla y resentimiento, la misma que lo espoleaba, venenosa, cada vez que sorprendía en la expresión de Ela miedo y lejanía, desafecto y rencor. Quizás estuviera volviéndose loco porque antes no era así, él nunca fue así, no envidiaba a Adrián y había querido a Ela como a nadie en el mundo y continuaba queriéndola, por Dios, aunque ya no fuese dueño de sus actos ni de sus pensamientos desbocados y malignos. Si sólo anhelaba borrar todo lo sucedido desde aquella primera bofetada, cuando se trató de enterrar a Román, *había* que enterrarlo, pero ella se negó a gritos, chillaba histérica que no y que no y que mil veces no, y de pronto aquella marea roja y alta como un estallido en su cabeza y el sonido de pistoletazo del primer bofetón y luego, luego, había seguido golpeándola, imparable. Siguió y siguió hasta la extenuación, cómo pudo… cómo, cómo. Había cruzado entonces la línea del irás y no volverás y por más que hiciera, por mucho que lo desease y rogase y suplicase, aquello no desaparecería jamás, no habría olvido ni remedio ni vuelta atrás ni segundas oportunidades, lo advertía en su mirada que esquivaba la suya, en su cuerpo que se apartaba sin remisión, lo había advertido desde el principio. Antes, mucho antes incluso de esas otras (¿cinco, siete, once, cuántas fueron?, por Dios, ni siquiera conseguía contabilizarlas) ocasiones en que volvió a golpearla y a insultarla, devorado por el pánico a perderla y la rabia incontenible de saber que ya la había perdido.

Entremedias de la culpa y la vergüenza, esa certidumbre que ya formaba parte ineludible de él continuaba allí. Y siempre lo estaría.

—¿Familiares de Adela Mendes Punter?

Una mujer canosa, de barbilla prominente… «Dra. Palacios», leyó en el cartelito distintivo de su batín. A su lado, un médico mucho más joven aguardaba con una carpeta entre las manos. Ambos los miraban con gravedad.

—Soy su marido. Creo que hay un error porque al llamarme me han dicho que…

—¿No le han hablado del autobús siniestrado? Ella es la única superviviente.

El médico joven (¿Luz Mejide? No, era Ruz, Ruz Mejide o Mejida) doblaba un ángulo de la carpeta y tenía los párpados enrojecidos, parecía cansado y a punto de ahogar un bostezo. La doctora Palacios no esperó respuesta.

—Lamento decirle que su mujer está muy grave. Cuando los sanitarios de emergencia la rescataron del fondo de ese barranco, estaba desvanecida, conmocionada. Recuperó la consciencia durante algunos minutos, pero entró en coma en la ambulancia, a las puertas casi del hospital. Aunque no hay fracturas óseo-craneales derivadas del traumatismo crano-encefálico de impacto y sus otras lesiones carecen de verdadera importancia, acabamos de detectarle por TAC un hematoma subdural. Es relativamente pequeño y recién formado, por fortuna, pero aun así es posible que tengamos que intervenir urgentemente en las próximas horas, según vayamos valorando riesgos inminentes de hemorragia. Y no le oculto que en este tipo de neurocirugías las posibilidades de éxito son del orden de un 50% y eso siendo optimistas. Muy optimistas, para serles franca. De momento, la hemos intubado y sus constantes vitales permanecen estables, el resultado de gasometría y la sistólica son correctos y no ha sufrido episodios de crisis convulsiva.

Las rodillas iban a fallarle, lo presentía, de un momento a otro caería desplomado a los pies de esa mujer que ahora hablaba de nuevo, una retahíla de palabras cuyo sentido se le escapaba, apenas si lograba retener alguna que otra frase suelta. Pero no, no se derrumbaba, Adrián lo sujetaba con firmeza casi agresiva. «… Como primera medida, necesitamos elaborar un informe clínico completo, todos los datos que nos puedan proporcionar acerca de sus hábitos e historial médico, dolencias, posibles alergias y antecedentes familiares de enfermedades, crónicas o no, resultan vitales en estas circunstancias», escuchó y abrió la boca, pero ya Adrián contestaba con rapidez y aplomo en su lugar; detallaba el infarto cerebral de Joao

Henrique Mendes, su afable e imaginativo suegro (y ahí el joven asistente, Ruz Mejide o ¿era Mejida?, llevaba mal colocado el distintivo, que pendía al revés sobre su batín arrugado, abrió veloz la carpeta y apuntó algo en los márgenes de un folio del que sólo percibió listados sobre una especie de diagrama), evocaba la muerte lejana por metástasis de cáncer óseo de Blanca Punter, la madre. «Mi cuñada fuma mucho, un paquete o paquete y medio diario, lo dejó durante el embarazo y luego, cuando ocurrió la desgracia, recayó». Y se refirió y, llegado a ese punto, le apretó un brazo hasta hacerle daño, a la fuerte depresión de Ela tras el inesperado fallecimiento en la cuna por «muerte súbita» del pequeño Román… El médico anotaba de nuevo, ahora en el dorso del folio volteado con rapidez de ilusionista, y alzaba la mirada cargada, atento a la enumeración de fármacos antidepresivos que Adrián nombraba, titubeante. «Pero eso mi hermano podrá explicárselo mejor que yo, Álvaro, escucha, haz un esfuerzo por sobreponerte y recordar esas pautas, es importante».

Román… si pensaba en la dulce piel del niño, en sus redondos ojos claros y en su primera sonrisa bajo la musiquilla del móvil que giraba sobre la cuna, regresaría al pánico del instante en que lo tomó en sus manos y lo sintió inerte, al temblor de sus labios que gritaban, e iban y venían sin resultados hacia el destemple de la pequeña boca fruncida, toma aliento, hijo, respira, me oyes, respira, ¡respira, por Dios!

Debía evitar a toda costa esas imágenes, ese recuerdo.

«Tranquimazín dos mg al acostarse, Besitrán por las mañanas, un par de lexatines al mediodía y en caso de crisis de ansiedad», se oyó recitar, y su voz le resultó átona, ajena. Recetados por su médico de cabecera, en un primer momento descartaron la terapia psicológica, pensaron que sin duda más adelante. «Estrés postraumático —lo interrumpió la Dra. Palacios, y su mirada lo estudió con frío detenimiento—, es una temeridad no haberlo afrontado enseguida, desde el principio».

Meneó la cabeza, encorajinado.

—Mire, seguro que tiene razón, aunque no creo que ahora eso sea lo más relevante. Y de todas formas, ni siquiera tengo todavía la seguridad de que se trate de ella, de mi mujer, ¿verdad?

—Le dejaré pasar unos minutos. Tendrá que cubrirse la cabeza y los zapatos con protectores. Por aquí, por favor.

Era Ela, por supuesto. En cierto modo, lo había sabido desde que aquella telefonista empezó a hablar, detallándole somera los datos de un brutal accidente de tráfico que ahora él trataba de representarse, al pie de esa cama de Cuidados Intensivos donde ella yacía con la frente

y el cráneo vendados y un tubo de respiración en la boca, conectada al débil pitido de máquinas y goteros. Era ella y lo supo desde el primer instante, antes de subirse a toda prisa al Volvo de Adrián, donde siguió marcando incesante e inútilmente el número de su móvil, «deje su mensaje después de la señal», sólo dejó de hacerlo por falta de cobertura dentro del ascensor abarrotado que tardaba una eternidad entre planta y planta del edificio B. La carretera nacional que enlazaba con la autopista y Autobuses Meridiano S.A., línea Finis-Madrid, primer trayecto del día… Detestaba viajar en autobús, aseguraba marearse mucho y, sin embargo, había comprado en secreto ese billete a sus espaldas. Era evidente que planeaba abandonarlo. Ya lo había hecho, en realidad. ¿Lo habría llamado, al menos, a su llegada a Madrid o tendría previsto esfumarse sin más, librándolo durante días a los tormentos de la espera y la búsqueda?

«Ela —llamó en un susurro amedrentado—, Ela». Le pareció que el párpado izquierdo se contraía un poco. Un mero y anodino movimiento reflejo, sin duda, de algún modo ella estaba y a la vez no estaba allí, aprisionada en esa cama de izado cabezal mecánico donde su menudo cuerpo era prueba anticipada de una ausencia acaso fatal y definitiva. No se atrevía a tocarla y se limitaba a mirarla con fijeza de hipnotizado. En coma quién sabe si irreversible, Ela podía morir en cualquier momento, en esa misma sala vigilada de continuo por el tránsito diligente de callados enfermeros o en una mesa de quirófano (si la operaban, las mayores posibilidades de éxito eran de un 50%, recordó), pero él, exhausto, sólo acusaba dentro de sí estupor y un gran vacío. No hacía ni dos semanas, le había gritado que ojalá estuviera muerta… Muerta y bien muerta, porque entretanto, y con sus negativas rencorosas y sus evasivas permanentes y taimadas, lo estaba rematando en vida a él, que se desvivía a todas horas por volver a empezar y sacarlos a ambos y a su relación, muy especialmente a su relación, que le importaba más que ninguna otra cosa en el mundo, del marasmo y el fracaso. «No ves que nos hemos querido tanto, como casi nadie llega a quererse, no se tira por la borda lo que tuvimos, lo que seguiremos teniendo a poco que abramos los ojos y hagamos un esfuerzo». Le había pedido perdón millones de veces, qué joder, y billones más se lo pediría si fuera necesario, si ella quería, estaba más que dispuesto a inmolarse, a cortarse la cabeza y entregársela en bandeja, pero por Dios, es que no podía poner algo de su parte, «de tu jodida parte por una *sola* vez, Ela, sólo eso te pido»? Esa tarde, estaba de pie al otro lado de la habitación y empuñaba la reserva recién impresa de la mejor suite del Hotel Angleterre de Berlín para el siguiente fin de semana, su regalo sorpresa que ella rechazó

con sorprendente energía. «Jamás regresaré a ese hotel, en lo que me quede de vida pienso volver allí», dijo. En ningún momento se le acercó, ni hizo gesto alguno de abalanzársele y empezar a golpearla, pero ella se tapó la cara con las manos y retrocedió, trémula y encogida como un gazapo aterrorizado por ladridos de jauría, hasta el vano de la puerta.

Ese ademán instintivo en que nunca antes se había fijado con tamaña precisión regresaba ahora allí, a los pies de esa cama, con exactitud virulenta y demoledora. Aquella misma noche se marchó de su casa con un portazo y se emborrachó a conciencia, al principio en bares del puerto donde apenas lo conocían, pues, al revés que Adrián, o sus dispersos amigos de adolescencia y juventud, nunca fue demasiado bebedor y le gustaba madrugar los fines de semana. Continuó después en una acristalada coctelería del paseo de tamarindos junto a la playa de la Ensenada, donde le molestaron los avances de un grupo de mujeres ruidosas (¿pero no fue siempre así en su vida, no llevaba, desde que tuvo uso de razón, quitándose a duras penas de encima a un agotador sinfín de chicas persiguiéndolo con ahínco arrebatado y tretas imbéciles?). Una de ellas, rubia de pelo corto con un ridículo tatuaje de diminuta mariposa en un pómulo, se acercó risueña a la barra a convidarlo a una copa. «Nos encantaría tener en nuestra mesa al tío más guapo de la ciudad y puede que del continente, venga, anímate, que esta ronda va por nosotras, por mis amigas y por mí». Estuvo entonces a punto de aceptar… las luces sobre la pleamar se reflejaban, temblorosas, en los grandes batientes de cristal como focos de acuario, el DJ de camiseta a rayas y tirantes cobalto acababa de abandonar la cabina y el local entero exhalaba, bajo su tramoya de cortinajes verdes y anclas y timones colgados como trofeos, ese aire expectante y falsamente prometedor de los cierres o cambios de turno. Le gustaba que aquella treintañera tuviese una gran carrera en las medias porque desde muy niño le desagradaba la perfección, pero le soliviantó que lo besara con intrepidez desmayada y una risita ebria. Su *rouge à lèvres*, como le gustaba decir anacrónicamente a su madre, sabía a chicle de fresa y a *gin-tonic* y, asqueado, la apartó de sí con un fuerte empujón. «Eh, qué te pasa, gilipollas».

«Nada, hoy no es mi noche buena, vete a acosar a otro». El desconcierto sustituyó a la furia en aquellos ojos muy perfilados. «Sólo era una broma», había mascullado mientras se alejaba de vuelta a su mesa, donde sus amigas la observaban, con seriedad repentina y curiosidad algo alarmada. Y por Dios, qué pesadas eran las tías en cuanto se les ponía a tiro lo que llamaban entre sí, y a carcajadas, un

«tío bueno». Y cuán diferentes de Ela, que siempre (pero ahora ella iba a odiarlo para *siempre*, se increpó iracundo) lo miró de otra *manera*. Como si de veras creyese que por detrás de su fachada de chico guapo con ropas de marca, moto y móviles de última generación había algo más… En los dos cursos que compartieron en aquel instituto cuyo mero nombre sulfuraba a su madre, que nunca le perdonó su calamitosa expulsión del Hispano-Alemán donde casi «todo» el mundo parecía empeñado en revivir durante meses la fábula de sus vacaciones veraniegas en Mallorca y las mentiras de su «intimidad» con la familia real «emparentada con los Hohenzollern», ella nunca lo estudió con semejante mirada de tasador. No, ella no lo había mirado así en el instituto que un siglo atrás fue manicomio de pago, casa de reposo de claustro ajardinado y piso superior con ventanas cegadas tras las que camuflar a parientes díscolos y molestos… En realidad, Adela Mendes Punter apenas si le dirigió la palabra (aunque sonreía, amable, al prestarle sus apuntes si él se había fumado alguna clase, y en más de un examen lo dejó copiar sin habérselo pedido de antemano) durante todo ese tiempo en que él anduvo espiándola con precauciones y cobardías de enamorado secreto.

En el Helmut berlinés, ella le comentó: «siempre se me hace raro que me llamen por mi nombre de verdad, Adela, quiero decir. En mi casa y para los amigos, soy Ela. El apelativo idiota con que me refería a mí misma cuando aún no sabía hablar del todo. Supongo que mis padres corearon la gracia… y con Ela me quedé, al menos de puertas para adentro. Claro que eso tú no podías saberlo, en la época del instituto nosotros no fuimos lo que se dice amigos, no pasábamos de simples compañeros de clase, verdad». «Me gusta Ela —había sonreído él—, es menos intimidatorio que Adela».

Durante dos cursos, maldecida eternidad de los adolescentes en su desaliento de preguntas y notas a este lado de las verjas, los videojuegos y las calles, había querido mudamente a una Adela sentada en la fila inmediatamente anterior a la suya. Durante horas, observó a hurtadillas su nuca despejada (antes de cortárselo, llevaba el pelo anudado en una trenza infantil que lo conmovía de modo absurdo y fue constante motivo de burlas entre las chicas), su forma de escribir rascando mucho el papel y con la lengua entre los dientes. Nunca, en todos esos meses, se hubiera atrevido a confesarle a nadie que se había enamorado de una de las chicas menos valoradas y populares de la clase; quizá la *menos* popular, excepción hecha de la gorda Bibiana y de Marta la chivata, ex pastillera que en el despacho del director delató, a la primera amenaza de expulsión, los trapicheos de Benjamín Menda y el bueno de Gómez-Lirón. Una chica, zurda

como él, ni demasiado guapa ni demasiado fea, que no salía con nadie después de clase y a la que, según rumores, la biblioteca del centro se le había quedado pequeña porque alguna vez iba a quedarse ciega de tanto leer. Algunos la llamaban «la hija del Portugués» y tardó bastante en enterarse de que su padre era el dueño de esa sastrería de disfraces a medida que tan de moda estuvo años atrás, y ahora sobrevivía en franco declive.

Escuchaba esos comentarios al vuelo (y otros más procaces), simulando desinterés en los vestuarios o en la heladería y bar de zumos donde el entrenador Bermúdez, que gastaba un *after shave* barato, empezaba a perder el pelo y arrastraba sin saberlo fama de «oso» gay, los invitaba algunas tardes de buen juego.

Tampoco después le había hablado a nadie de aquel enamoramiento callado y lejano… Ni siquiera a ella, cuando muchos años después la tuvo desnuda y despierta a su lado, una tarde berlinesa de noviembre en su dormitorio de piso compartido de alquiler con cocina americana, muebles de Ikea y reproducciones de arte y carteles de cine claveteados por las paredes. ¿Con qué palabras contar su desazón de entonces, cómo revelar que llevaba media vida entrampado en ser lo que no era, lo que no debiera *haber sido*, atento a la caricatura de inconstancia y nulidad que otros (no, otros no, *su madre*, únicamente su maldita madre, que lo miraba como a un enemigo y lo comparaba de continuo con su querido Adrián izado al pedestal de todas las loas y todos los premios, se corrigió) esbozaban y vislumbraban de él?

No, no hubiera *podido* confesarle la rabia y la confusión, la extrañeza y aquella desoladora soledad en que se resumían más de dos décadas de su vida. No hubiera querido, tampoco. ¿Y si se burlaba de él o, peor aún, se alejaba, conmiserativa y defraudada? ¿Qué habría sentido ella, Ela, la antigua *Adela* a quien una vez escamoteó el carnet de la biblioteca para hacerse con su foto, de saber que también a él le gustaba leer, aunque fingiese lo contrario, y que suspendía ex profeso varias de las asignaturas que secretamente más le interesaban para no llamar la atención de quienes, de *quien* no esperaba ninguna otra cosa por su parte?

Cómo podría haberle hablado a ella de los sueños maléficos y recurrentes que llevaban persiguiéndolo desde antes, incluso, de que lo escolarizaran, a los cuatro años recién cumplidos y con un baby con escudo bordado en la pechera, en el *kindergarten* del Hispano-Alemán… Aquellas pesadillas («ridículas» se repetía, ya adulto, al despertar con la boca reseca y taquicárdico), donde un monstruo bicéfalo hincaba en los suyos cuatro grandes y devoradores ojos de

chispeante fuego rojo, le habían envenenado la niñez. «Maldito crío al que ni el demonio forzaría a dormir la siesta», rabiaba su madre durante el mes de vacaciones de las muchachas de servicio…

¿Seguirían teniéndose sueños en estado de coma?

De ser así, quizá su mente volase libre en ese mismo instante por una calle madrileña… Una calle perdida y secreta de torcidos edificios y violentas luces acres, como las de los cuadros expresionistas que tanto le gustaban, que él nunca acertaría a pisar. «Dos líneas paralelas prolongándose al infinito que jamás llegan a encontrarse, en eso nos convertimos por mi culpa antes de todo esto, de tu escapada y del accidente, y ya no hay remedio, a qué engañarse si nunca lo hubo en realidad», se dijo con desapasionada lucidez.

De nuevo le temblaba un párpado, observó.

La miraba y sentía que no llegó a conocerla. Aquella figura extraviada e inerte era la de una extraña, alguien que aun si despertase, fuera de peligro, pero olvidada hasta de su nombre, lo miraría con desconfianza e intuición venidas de muy lejos.

Y él no sentía nada, ni siquiera el feroz y enloquecedor remordimiento de las últimas temporadas, ese que muchas veces mutaba en una ira sorda y entonces de nuevo los gritos, los insultos, las amenazas, las carreras y persecuciones por la casa. Y los golpes.

Estaba tan exhausto que agradeció la mano del enfermero sobre su hombro, su voz queda musitándole al oído: «salga, por favor. Tiene que marcharse».

En el pasillo, Adrián hablaba por el móvil, que colgó nada más verlo salir de la UCI. Tenía desencajada la cara y mirada enrojecida de haber llorado. Pero él no podía llorar, sus ojos estaban secos mientras respondía, parco, a sus preguntas.

—Y cómo quieres que esté. Pues inconsciente, muy pálida, con la cabeza vendada y un respirador en la boca, yo que sé cómo está, si nunca vi a nadie en coma. Le temblaba un párpado o eso me ha parecido, pero dicen que esa clase de movimientos no significa actividad mental. No parecía ella y eso ha sido…

—Bueno, no nos precipitemos, hay que conservar la calma y no perder la esperanza. Ela está en buenas manos, en una media hora van a repetirle el TAC. He quedado con la médico en que en cuanto salieras nos pasaríamos, bueno, tú te pasarías, desde luego, por su despacho, necesita ampliar datos para su informe. Entretanto, he llamado a Sofía y luego a papá y no he dado con ninguno de los dos. Sé que ella tiene una amiga o prima lejana en este hospital, una oncóloga, creo, pero no estoy seguro. Estará metida en alguna reunión y papá odia tanto el móvil que desde que se retiró a su isla lo apaga o

lo lleva en silencio. Les he enviado un mensaje para que contacten conmigo urgentemente.

Qué le importaban a él en esas circunstancias los paraderos de la mujer de Adrián y de su padre, que prácticamente ya no venía nunca a Finis y vivía, apartado de todo, cual anacoreta en aquel absurdo chamizo ibicenco…

—He avisado también a mamá —añadió su hermano.

Lo miró con dureza.

—Pues no debiste. Preferiría no tenerla rondando por aquí.

—Venga, Álvaro, uno no puede callarse algo así. Y además, y aunque te cueste creerlo, porque al principio fue muy desagradable, incluso odiosa, con Ela, la verdad es que ha terminado por cogerle cariño. Bastante cariño, en realidad. La aprecia más de lo que tú te figuras y si no estuvierais siempre a la gresca los dos, te darías cuenta de lo mucho que ha cambiado mamá. Desde que papá se fue, parece otra persona. De todos modos, no es momento para este tipo de rencillas, la situación es muy grave y lo único que importa ahora es Ela. Hay que confiar en su… en su recuperación.

«Cariño… por supuesto que nuestra *querida madre* le tomó cariño a mi mujer en cuanto percibió que mi matrimonio se iba a pique después de lo del niño, maldita zorra», se dijo. Seguro que entrevió la grieta entre los dos, captaría el desplome y la ruina más allá del duelo y la depresión de la nuera a la que de repente empezó a telefonear con frecuencia sospechosa. Para interesarse por «su ánimo», decía, y recomendarle tratamientos, actividades fortalecedoras y estancias en balnearios. Hasta que él le exigió que no llamase más y los dejase en paz y a solas con su pena, qué sabía ella, precisamente ella, de la aflicción y la pérdida, cómo se atrevía a inmiscuirse y a ejercer a esas alturas protagonismos de samaritana; sí, claro que su maldita madre habría adivinado el desmorone, ella lo veía y descubría siempre todo, nada escapaba a su sagacidad amarga de huroneadora insatisfecha. Debió de dar entonces su relación por ya *enterrada*, y en su fuero interno le solazaba, sin duda, a pesar de sus intolerables lágrimas de cocodrilo por la muerte de su «primer nieto», anticiparse al previsible, anunciado *nuevo* fracaso del «inútil» hijo pequeño…

Apretó los puños y los reabrió al segundo, qué podían importar ahora, en efecto, aquellas cuitas viejas y el dolor antiguo… Tenía razón Adrián, Adrián que ya se habría figurado (pero no se lo preguntaba) que Ela se disponía a abandonarlo, a tomarse por su cuenta, en el mejor de los casos, y sin comunicarle ni una sola palabra al respecto, un eufemístico y poco creíble «tiempo de reflexión». Cómo le dolía imaginarla subida a ese autobús despeñado barranco abajo…

¿Se habría marchado de súbito y en un rapto o llevaría, por el contrario, días y noches enteros tramando la fuga? Recordó la nota dejada sobre la mesa de la cocina y una ácida bocanada de bilis le abrasó el paladar. La había leído mientras descartaba de un sorbo un café requemado que le dio náuseas, indiferente y a la apresurada porque se despertó tarde y la mera idea de tener que comunicarles sus despidos a esos dos lo abrumaba. La tarde anterior, Adrián y él se rifaron la desagradable tarea y naturalmente tuvo que tocarle a él, no era de extrañar con su jodida suerte perra. Si hubiera advertido algo, un indicio cualquiera… De haber sospechado lo más mínimo, no habría salido de su casa ni bajo amenaza de bomba, que la puta inmobiliaria y el mundo entero se fuesen al diablo. Pero no había recelado nada en absoluto. Iluso de él, llevaba meses tratando de autoengañarse (sin conseguirlo, muy al fondo de sí sabía del carácter sin retorno de la línea demarcatoria entre ambos) con vanas quimeras y malos cuentos acerca del mañana inminente, de ese tiempo cero en que nada habría sucedido y todo estaría por venir porque allí ellos iban a ser otros y distintos; dos desconocidos limpios de pasado, libres de los reveses de la memoria, de la culpa y el pánico, del reproche y el odio, maravillosamente listos para el descubrimiento del amor. «Menudo edén imbécil de novela rosa», pensó, con un nudo en el estómago. Y enseguida, «actos, actos cometidos y entonces el vuelco irreparable y la vida rota. Un *primer golpe* y después *todos los golpes*». Y pensó, uno más, otro que añadir a la lista, a la cuenta fatal, alguien cualquiera de entre todos los que salen en los noticieros, esposados y con las caras tapadas por improvisados pasamontañas de cazadoras, enfocados por cámaras en el instante de meterse en un coche zeta, a su salida de las casas o en las aceras donde apuñalaron, quemaron, tirotearon o remataron a patadas y puñetazos a la reclamada mujer, a las mujeres que quisieron *suyas* para siempre. Y éstas sólo un bulto cubierto de sábanas, un despojo subido a una camilla, una mancha húmeda de sangre sobre lustroso parquet, brillantes losetas, adoquinado desigual o asfalto sucio observados, tras el cordón policial, por hatajos de fisgones reiterándole al haz de micrófonos que «un vecino normalísimo, amable, de los de dar los buenos días y abrirte la puerta del ascensor, ni un tropiezo en juntas comunitarias, correcto y educado, sí, señora, ¿o es señorita?, quién lo iba decir, una pareja a primera vista tan bien avenida, ella era más callada, prudente y discreta, eso sí, una auténtica tragedia y todo muy sorprendente, la verdad».

¿De *verdad* tendría él, sí, qué joder, él y ningún otro, algo en común, algún rasgo desconocido y pavoroso hermanándolo con la

sórdida espiral de esos tipos de hosca cabeza gacha y feraz mansedumbre luego de haber *matado*?

A juzgar por su huida, precipitada o no, ideada o no, Ela bien pudo temer que…

Lo había temido como al peor de los enemigos, se dijo. El menos imaginable, porque próximo e insospechado, y entremedias tantos recuerdos, brillantes y dolorosos como chispazos; la noche en que le reveló que estaba embarazada y él giró el rostro para que no lo viese llorar de emoción, amor y miedo, y antes la dicha de despertar a su lado y el placer ingobernable y el encanto de ir descubriéndole gustos, aficiones y manías. Y mucho antes, al principio, el sabor tímido de ese primer beso y las envalentonadas caricias en el piso desordenado de Kreuzberg, donde la caldera de la calefacción pitaba y gemía a intervalos regulares como un animal agónico y ¿no debería tu casero avisar a un técnico? Y la risa de Ela, que susurrante y ávida sobre su cuerpo ya había dejado de ser *Adela*. «Si tú, por muy del negocio de las casas a millón que seas, conocieses al anciano y forradísimo señor Wagener, no dirías eso, porque aunque se ha ganado con creces la fama de alquilar barato, es tan avaro que le dan síncopes si se le pide que arregle incluso un enchufe, creo que antes preferiría arder a lo bonzo que gastar una suma ridícula en renovar una hornilla, un radiador, una cañería». Wagener, se sobresaltó… La veía fumar a su lado (por vez primera en varios años no lo asqueaba el olor del tabaco), inhalaba un pitillo tras otro, arrodillada y desnuda sobre el edredón, y le dijo: «qué curioso… Y vaya casualidad, porque el segundo apellido de mi padre es justamente ése, Wagener. Su madre era bávara y llegó a las Baleares de niña, creo que a primeros de los cincuenta o puede que en los cuarenta, no sabría decirlo con exactitud porque murió siendo yo pequeño y de todas formas la vi muy poco. Casi nunca aceptaba alejarse de la casucha a la ruina que compró por cuatro duros y donde, ya viuda, se recluyó con sus ridículos manuales de teosofía, sus animales recogidos y alguna que otra visita ocasional, tíos vegetarianos, nudistas y tan zumbados como ella». Se habían divertido juntos imaginándole avatares y filiaciones a aquella abuela misántropa («pero Wagener es un apellido frecuente, después de todo», puntualizó ella), que escandalizó a una Matilde Urondo aún sobrecogida por el lastimoso recuerdo de la «impresentable» suegra con alpargatas y rudo peinado a lo centurión, que presumía de asolearse y bañarse en «pelotas y de haberse librado de por vida de la rémora del sostén», en lo que ahora se le antojaba una desesperante eternidad anterior.

Sí, Ela lo había temido mucho más de lo que pudo haberse

imaginado. Y escapó de él como de un asesino predecible…

Había querido poner tierra de por medio, *abandonarlo*, y le salió el tiro por la culata porque ahora yacía, comatosa y en peligro de muerte, al borde de una hemorragia cerebral y conectada a un respirador.

Y pensar que cuando de adolescente se enamoró, secreta y vergonzantemente, de ella, de *Adela* en realidad, la chica de frágil apariencia anodina e inteligencia luminosa, dejaba volar horas enteras en la duermevela de las noches imaginándose que la protegía de peligros múltiples, de agravios y soledades crecientes… Valiente cambio de papeles, *¿verdad*? Debería de ser él quien durmiese el sueño más injusto en esa cama aterradora de hospital.

Su afable y alabadísimo hermano tenía razón, claro que sí.

Todo había terminado y el final era ahora.

Qué importaba de pronto nada ni nadie. Que se presentara su madre, si quería, con aire cariacontecido y estudiada inquietud y la acostumbrada mirada de reproches sin fin, que asaltara con sus preguntas, hipócritas o sinceras, tanto daba, al personal médico al completo, le era indiferente.

«Yo sí que debería estar en coma, no hay excusas que valgan. Yo, y no tú, pobre Ela», se dijo, y según lo pensaba, supo que también el lastre último y corrosivo de ese amor que se le volvió odio, angustia y vindicta abrasadores empezaba a morir dentro de él. Una marejada sucia retirándose, oleosa y ahíta de vertida podredumbre, que lo contaminó y destruyó todo a su paso, eso había terminado por ser él.

«El guapo mensajero de la muerte», se le ocurrió, sin embargo, con ironía helada y Dios, qué cansancio y qué espantosas ganas de acabar con todo, de echar a correr de allí y desaparecer sin saber qué sucedería a continuación, qué pasaría ya nunca.

Qué ganas de esconderse.

—Voy donde la doctora Palacios —se sobrepuso.

Adrián lo siguió dócilmente hasta el despacho al que no entró, permaneció junto a la puerta entreabierta, de espaldas a un cartel chincheteado sobre una planta mustia que alertaba de los riesgos de la cocaína.

La médico no estaba en la consulta (encima de su mesa vio la foto de una niña desdentada sonriéndole a una tarta de aniversario, su nieta, supuso, al observar el levísimo, idéntico prognatismo del mentón) y en su lugar lo atendió Ruz Mejide o Mejida, que le formuló escuetas preguntas y le hizo cumplimentar y firmar un consentimiento operatorio tipo. «Ya sabe, por si nos vemos obligados a intervenir, estos casos son imprevisibles y pueden complicarse de un minuto a

otro durante al menos las primeras setenta y dos horas».

—¿Quiere usted decir que pasado ese tiempo estará fuera de peligro?

El asistente alargó la mano hacia una bolsa de caramelos de mentol y la retiró de inmediato, como si dentro hubiera avispas coléricas y hambrientas.

—No, claro que no. Lamentablemente, eso nadie podría asegurárselo, ni siquiera en el caso de una posible y mínima reabsorción sanguínea. Es un lapso de tiempo crucial, sí, pero hay que ver cómo evoluciona la paciente. No le oculto que en este sentido, y por lo que me han comentado acerca de sus antecedentes familiares y su historial de jaquecas crónicas, puede existir un riesgo añadido de predisposición genética a los ictus o infartos cerebrovasculares. De todos modos, hay que esperar. Le iremos informando puntualmente, quédese tranquilo en este aspecto. Y si me permite el consejo, debería aprovechar para ir a comer algo o tomarse un café, las próximas horas van a resultarle muy largas. El resultado del siguiente escáner tardará todavía un poco, le da tiempo de sobra.

—Sí, gracias, doctor, pero no creo que pudiera comer nada ahora. Esperaré fuera sus noticias.

—Un café al menos, y preferiblemente un tazón de sopa caliente, hágame caso.

Le estrechó la mano y se disponía a levantarse del asiento cuando el médico lo interpeló:

—Una última cosa, señor…

—Batlló, me llamo Álvaro Batlló.

—Bien, pues dígame, señor Batlló, ¿es su esposa por un casual aficionada a los deportes y actividades de riesgo?

Era Ruz Mejide, no Mejida, comprobó al fin en el distintivo que ahora sí colgaba del derecho, sujeto con un imperdible al bolsillo del arrugado batín.

—No, en absoluto. Mi mujer no es nada deportista, lo único que le gusta es la natación, pero la practica muy poco, ya sabe, en verano y en el mar, el cloro de las piscinas le irrita los ojos.

—Se lo pregunto, y ya se me pasaba por alto —frunciendo el ceño, se inclinó sobre las planillas y gráficos donde Ela era ingresado número clínico, recuento de leucocitos y transaminasas, cifra de hematocrito y funciones neuronales en suspenso, las manoseó con pericia y prosiguió sin alzar la vista—, porque durante la segunda exploración se le han detectado varios hematomas corporales.

«Ahora yo debería decir la verdad —se increpó mentalmente—, soltarla sin medias tintas y antes preguntarle: “¿Insinúa algo, doctor

Ruz, Ruz Mejide? ¿Que maltrato a mi mujer, por ejemplo? ¿Eso pretende, doctor muerto de sueño, eso me está queriendo decir con sus chorradas sobre *rafting*, *puenting*, escalada o su puta madre?"»

«Pues mire, tiene razón. Acertó, doctor. Soy un jodido cabrón. Un maltratador. Otro más que añadir a las estadísticas».

En la sien derecha, una vena le palpitaba, acuciosa… Casi podía *escuchar* su latido, enervante como el tictac del reloj de pared que tan profundamente lo descorazonaba de niño, apenas se quitaba el abrigo y lanzaba la mochila escolar al suelo del vestíbulo que brillaba como un agua roja… «Vaya modales de chabolista», lo reconvenía su madre, surgida de improviso del gabinete donde acababa de revisar el correo o de ninguna y de todas partes a la vez, y él replicaba o no, según los días, y muchas veces el bofetón, la palma abierta e iracunda sobre su cara desafiante, y a la tarde siguiente vuelta a empezar. Y ese extraño nudo en el estómago si ella no estaba, si había salido, de compras o de cóctel, porque entonces era peor, de manera extraña e incomprensible era cien veces peor, peor y más triste. Muy distinto de cuando se veía obligada a fingir paciencia porque estaba de merendola en su «estudio» (¿pero qué carajo estudiaba ella?) con sus insoportables amigas, y él aparecía aposta a saludar, sabedor de la rabia que le inspiraban sus ojos entornados y su sonrisa de ensayada candidez. «Ay, por favor, pero si tienes el hijo más guapo del mundo, bandida, claro que tiene a quien parecerse, porque tu marido es de lo que no hay, guapo, pero que guapo guapo, si yo fuese tú, lo vigilaba como un halcón, y a ver, un beso de este niño, de este ángel rubio que antes de que te des cuenta va a robarle el corazón y el seso y otras cosas a todas las mujeres, pero es que a todas, toditas sin excepción, Mati, hija, ¿es que no te das cuenta, oye, por qué pones esa cara?» Así parloteaba siempre alguna, atrapándolo entre sus brazos fibrosos y mareándolo con su perfume…

—Por desgracia, se ha caído a primera hora de esta mañana por un maldito barranco, ¿recuerda?

Y pensó: «un cobarde de mierda, eso es lo que soy».

Si dijese la verdad…

Quizá Ruz Mejide, que ahora miraba la papelera a rebosar de vasitos de plástico, llamase al 016, a la policía, y entonces él esposado, y con la Burberry desde el cogote hasta la barbilla bajo las cámaras, el centelleo de los flashes a las puertas del Nuestra Señora del Mar, edificio B. Y su madre, saliendo, del brazo de Adrián, por la puerta trasera con el gesto púdico y el «sin comentarios» preparado en los labios que sólo se abrirían, quejosos, pero triunfales, en la intimidad del Volvo conducido por Sofía desencajada y lívida. «Desde siempre

supe que había algo malo en Álvaro y que Dios me perdone, porque se trata de mi hijo, mi hijo *segundo*. Algo muy malo y torcido en él».

Tenía que decir la verdad, esa verdad que debía aflorar y después…

—Sí, señor… Bayo, me dijo, ¿verdad?

—Es Batlló.

—Sí, bueno, pues señor Batlló, ya le comentamos hace un rato que el resto de las lesiones de su mujer, de Adela, carecen de importancia, fisura de cadera y rótula derechas, rotura de muñeca izquierda, en fin, nada serio comparado con su situación de coma severo en la escala de… bueno, dejemos ahora ese dato. Pero el asunto, consignado en el primer informe del box y que me ha llamado la atención, es que esos hematomas no son recientes, no han sido causados por el accidente de esta mañana. Son cardenales, hablando a la llana, de hace por lo menos siete u ocho días…

Marcas de dedos, recordó, en cierta ocasión le había agarrado con tanta fuerza el antebrazo que… Si dijese la verdad, la verdad de las blusas de manga larga y las medias tupidas y los pantalones a todas horas desde la muerte de Román (pero eso no era excusa, *nada* en el mundo excusaría nunca su… su comportamiento), ¿cómo reaccionaría ese hombre que apilaba las hojas del informe en una esquina de la fea mesa metálica? Ese hombre bajo el cartel donde un chico encorbatado con la masa encefálica al descubierto miraba al frente con mirada de estupor y desvarío.

«Que no te coman el coco porque la coca mata», leyó.

Le temblaban las manos, que ocultó en los bolsillos del pantalón.

—Como ya le he dicho, mi mujer abusa de los calmantes desde… desde el fallecimiento por muerte súbita de nuestro hijo. El mismo día en que íbamos a enterrarlo… a enterrar al bebé, sufrió una caída en la ducha y se fracturó la clavícula y hubo que hospitalizarla, pero eso, en fin, eso ya lo sabe, ya se lo he dicho, haré que mi hermano les traiga las radiografías caso de que las necesiten, están por casa. Después se ha caído más veces, incontables veces. De hecho, suele pasarse ida la mayor parte del tiempo. Si no estoy en el trabajo, si estoy con ella, puedo controlar y dosificar más o menos lo que toma, pero cuando se queda sola en casa… Oiga, lamento no haber sido más previsor, no haber podido ejercer de enfermero y de guardián en todo momento y a cada minuto, pero ¿no le parece que ahora hay motivos mucho más graves de preocupación?

—Claro, señor Batlló, no se preocupe y perdone la molestia, son simples formalidades, pero entiendo que le duela tener que remover asuntos muy dolorosos en estas circunstancias tan penosas. Créame, me hago cargo de su situación, de su angustia, de lo mal que han

tenido que pasarlo los dos, y ahora y para colmo, este mazazo. Por eso le digo que debe reservar fuerzas. Acérquese a la cafetería y tome un bocado, aunque sea un pincho de tortilla o un bocadillo. A su mujer no le ayudará que usted se desmorone. En el mejor de los casos, puede que tengan que enfrentarse a un proceso muy largo.

Ayudarla. A su mujer. Precisamente a ella, la muerta viviente que huyó porque le daba miedo seguir siendo *su* mujer. «Eres un hipócrita de mala muerte, un cobarde hijo de puta», se encolerizó.

Con esa mujer, la doctora Palacios, la cosa no hubiera sido tan fácil, pensó al recordar la mandíbula habsbúrgica y sus inquisitivos ojos grises, ella no se habría contentado con cuentos de vieja acerca de diazepanes y lexatines tragados como gominolas en medio de fulminantes ataques de ansiedad. No, la doctora Palacios era un hueso duro de roer y tendría que tener cuidado… Y qué joder, ¿no seguía siendo un maldito miserable, un mierda cuidándose sólo de sí, mientras Ela se moría, quizás, entre tubos y goteo de fármacos?

Otro débil estrechar de manos al ojeroso Ruz Mejide de vista clavada en la bolsa de caramelos farmacéuticos bajo el melancólico cocainómano descuerado, y hala, fuera, al pasillo blanco donde Adrián lo observaba con desarmada y anómala fijeza. Y qué joder, ¿habría escuchado algo sobre esos cardenales, esos *hematomas viejos*?

Claro que lo habría oído, qué estúpido, no se había pasado acaso su hermano media vida vigilándolo como una sombra para *protegerlo*… de qué, del recreo del HispanoAlemán, de los pasotes de veraneos de intercambio en Bremen o Heidelberg, de las notas mediocres del *college* de Boston, de las llamadas y persecuciones continuas de las tías, de la acritud materna… «Mamá te quiere, no digas que no, lo que pasa es que contigo es más exigente —argüía su hermano mayor al principio, y al cabo de los años, y rehuyéndole la mirada—: esfuérzate por entenderla, ella y papá ni siquiera se llevan mal, directamente no se llevan, duermen separados y ni se miran a la cara desde hace siglos, así es que puede que como tú te pareces tanto a papá, pues le recuerdes que fracasaron y…» Y, justamente. «Déjame en paz», lo exhortó muchas veces y era inútil, ahí estaba siempre él, con su fidelidad perruna y su perenne «comprensión».

También se había tirado la vida entera huyendo de la bonhomía y el cariño pegajosos de Adrián. De Adrián, que no era «guapo» ni falta que le hacía, él era el inteligente de la familia, ¿no? El reverenciado, el aplaudido, el primero de la clase desde el *kindergarten* hasta sus putos *masters*, el chico agudo y recto que nunca se metía en líos e iba a llegar muy lejos…

Bueno, pues tengo noticias frescas sobre eso, ha llegado tan lejos

con sus dos licenciaturas, sus *masters* en economía y en administración de empresas que se la pasa enterrándose al frente de una inmobiliaria a la baja, como todas en esta puta crisis, y eso por tu *culpa, mamá*, que no soportabas la idea de tenerlo lejos y cuando estudiaba fuera vivías colgada del teléfono, llamándolo a todas horas y organizándole hasta las vacaciones. Y qué dirías si supieras que Sofía y él llevan un año apuntados al programa de adopción internacional porque luego de un tiempo de espera y de muchos polvos en vano, cómo me los imagino, pobres, calculando días propicios y curvas de fertilidad, tu querido *hijo,* tu Adrián, sí, tu primogénito fabuloso, descubrió en una prueba, análisis o lo que sea, que tiene espermatozoides *vagos*… «Lo único vago que habrás tenido en tu vida —le dije entre carcajadas cuando me lo contó, y él no se rió, qué se iba a reír—. Ya ves —dijo—, cosas que pasan. Le he hablado a Sofía de inseminación artificial, pero ella prefiere adoptar».

Su hermano era un tipo afable y nada ambicioso y con entradas prematuras en las sienes, descubrió de repente.

Un tipo que se guardaba el móvil en un bolsillo y lo miraba de un modo que…

Un tipo *cualquiera*, con qué derecho lo miraba así, se tomaba acaso por un maldito juez, y por qué llevaba años enteros bajo su impronta, admirándolo ciega y bobamente…

—Calculo que aún tardarán una hora, si no más, en darme los resultados del nuevo TAC.

Adrián abrió la boca, pero él le indicó con un gesto el final del pasillo y su hermano se giró hacia el repiqueteo de los tacones de Sofía, que volaba en su búsqueda con un cartapacio en la mano y una mancha oscura y muy visible en la falda blanca y estrecha.

Y enseguida los abrazos y un tintineo de pulseras muy cerca del oído, y sus vibrantes «qué pasó, Álvaro, pero qué ha ocurrido, no comprendo», y Adrián que farfullaba un vago «luego te explico», y lo miraba a hurtadillas, ceñudo.

Y entonces y al fin el llanto, aferrado al cuello de su cuñada meciéndolo como a una criatura perdida, sollozos irreprimibles y ningún alivio.

SEGUNDA PARTE

«… todo el día sería un sueño gris».

SUSO DE TORO, *No vuelvas*

«Nuit des nuits sans amour étrangleuse de rêve» («Noche de las noches sin amor estranguladora de sueño»).

ROBERT DESNOS, «The night of loveless nights» (1930)

La reina del mundo

1

Salvaguarda y del otro lado pasos, retumbe de pasos sobre el zumbido sin pausa de las máquinas y el ir y venir de las ahogadas voces que enuncian y pautan dosis, lo percibe todo próximo y claro y a la vez distante y confuso y no importa, nada de eso importa porque la piedra rescatadora es ya reverberado fulgor de agua y encantamiento de vidrio protector. Y allí detrás o delante, al principio o al final de los seres, está la niña con las muñecas tendidas y en alto, la niña de ojos abiertos al hechizo y son de las cosas en animado baile susurrante de máscaras… La niña que asiente a su tibia envoltura y gira en el centro exacto de la cifrada música y los jugosos ardides de escondite, entremedias del rumor cómplice de telas y el fragor alegre de perchas, bajo el fuego azul acogedor, crepitante y dulcemente fatuo. A este lado, hay también otras voces distintas, roncas o cantarinas, voces jaleadoras de atrevida rueda de fortuna e impulsoras del pedaleo de fantasiosa máquina de coser con que pespuntear anchura de anhelos y zurcir boquetes de rabia, la niña no las teme porque las conoce de antiguo. Siempre estuvieron ahí, leales y secretas, en los días y las noches en que las palabras fueron misterio en boca y poder de los *demás*, no llegaron a irse del todo ni siquiera en los peores momentos, sólo ahora se daba cuenta. Tuvo que cruzar del otro lado del sueño para reencontrarlas dentro de sí, para reconstituir su risa de alivio al *sentirlas* latentes y vivas. Imaginería de voces y escuchas haciéndose y deshaciéndose en la memoria que alguna vez sería y ya no era, porque la suya era una verdad nueva crecida al calor endeble e indómito de las hermosas y restituidas mentiras.

La niña llevaba mucho tiempo muerta, pero ahora remontaba y danzaba despacio al arrullo de Widor, *Oublieras-tu que d'heures douces*. Tanto tiempo muerta y de repente el brillo de *sus* ojos en la pleamar de todas las cosas y el taller de las puntadas enmendadoras de vidas e ilusiones disfrazados a la hora, el día, la semana de carnavales olvidados. La niña había muerto, silenciosa y escondidamente, como se muere al crecer, pero ahora revivía en el poderoso cuarto de maravillas donde una vez un hombre, su padre, tejió fugas y destinos al hilo feliz de encargos mientras una mujer, su madre, le pintaba a ratos y por diversión ojos y pestañas de largo alcance a los títeres de teatrillo que ya pocos compraban en tiempos de videojuegos. A la niña le gustaba trastear allí, entre retales y murmullos de antifaces y convertirse en otros bajo la mesa larga de castaño pegada al muro viejo de carga, le gustaba desde mucho antes de haber aprendido a hablar y caminar y sólo ahora lo recordaba, podía recordarlo y *saberlo*.

Hubo un olor a hondos terciopelos, maderas desbastadas y sueño itinerante en aquella sala angular, la *trastienda*, al fondo del mar de luces delantero del escaparate con reclamos de blondas, miriñaques, capotes y maniquíes de ojo tapado y pintado rictus bajo la enseña de hierro, antes del otro olor de la desdicha, la pérdida. Y ella, la niña, era hija de ese olor endémico y nunca apaciguado de inquietud y hambre de cómicos, ese olor a humo de leña olfateado desde recodo de caminos y pocas candilejas de los trashumantes que tragan sables, loan tenacillas, quitamanchas, crecepelos, escupen llamas, arman tingladillos de pierrots sin luna, capitanes mostachudos y mujeronas hábiles, y montan armazones de cubiletes y buenaventuras. La niña venía de la estirpe de faranduleros y buhoneros azuzados por la miseria y la imaginación a un lado y a otro de las fronteras, y ésta se cobraba ahora el relevo sin gloria de esas otras estirpes de armadores y clérigos y prestamistas y jugadores que también fueron las suyas y a las que no llegó a conocer. Y eso le gustaba, le gustaba volver a saberlo allí *dentro*, al otro lado del cristal (el *escaparate*, recordó con fruición) que protegía de los peligros y era mejor, mucho mejor que las casas encantadas de los cuentos.

La niña había regresado y tiraba del hilo pendiente de la mujer dormida y las dos lo oían y escuchaban todo, y nada de aquello alcanzaba a tocarlas, porque ellas eran las verdaderas reinas del mundo sobre la faz de la tierra.

Reinas coronadas en un tiempo que duraría para siempre, así lo dijo la voz de la madre con el cartón dorado entre los dedos, *tú eres la reina del mundo* y las reinas del mundo no le temen a nada luego de su ceremonial de coronación, ni a las luces apagadas ni a las arañas ni a los ogros roncadores de los sótanos y respiraderos, y ¿cómo, cómo pudo olvidarlo?

Soñaba y a la vez estaba despierta, bien despierta y ya no tenía miedo.

No lo tuvo cuando sintió su venida.

Ni miedo, ni tampoco la vieja y esquiva piedad incomprensible que arrebataba fuerzas y voluntad.

Era un extraño al otro lado del escaparate.

Un extraño que llegó y se fue.

«Se fue, se fue, se fue y no volverá, ni por Pascua ni por la Navidad volverá», cantaba la niña y a su estribillo se unían otras voces, tantas voces de muchos acentos, y entonces la mujer dormida sonrió.

Supo que todo estaba bien.

Y siguió sabiéndolo cuando empezaron a correr afanosos a su alrededor, movían y desplazaban su cuerpo y se intercambiaban

órdenes e instrumentos, a este lado del cristal eran como peces en un acuario, peces blancos en ordenada fuga hacia delante, por el corredor estrecho de luces rectas y frías en el techo, el techo donde ella flotaba ingrávida y los veía apresurarse y urgirse entre sí sin que ellos lo advirtieran, y hubiera querido decírselo, asegurarles que todo estaba bien, pedirles que no corrieran tanto, a fin de cuentas ningún quirófano iba a moverse de su sitio, menuda desbandada, y pedirles también que no pisaran tan fuerte porque ese trepidar de zuecos mareaba un poco, sólo un poco, de acuerdo, pero la molestia y de pronto ahí, justo al fondo, el ascensor, con su boca abierta y engullidora que ya se los tragaba, sí, voraz y deprisa se los tragaba a todos.

Jonás

Llevaba inquieto y malhumorado desde antes de desayunar en el comedor vacío donde ningún miembro del equipo se abalanzaba aún sobre la hilera de platos y bandejas del *buffet*. Efectos nada especiales de la noche anterior en que todos, excepto él, que se retiró temprano, a la segunda o tercera copa, con el pretexto de una repentina acidez de estómago, se fueron de juerga (*de bar en peor*, decía el de iluminación, como si estuviera en la parte vieja de una ruidosa ciudad española, y no de rodaje fuera de «temporada» en un complejo hotelero del Índico donde hasta los bares de cañizo y las hamacas playeras parecían de *atrezzo*), de despedida al término del *spot* de otro nuevo bronceador antiarrugas y antirradicales libres, con péptidos y ácido hialurónico, y esto y aquello y lo de más allá, encargado por la firma francesa de turbio pasado *vichysta* y eterna cuenta vertiginosa de resultados. *Jouvence Dorée*, valiente estupidez. «Teniendo en cuenta los orígenes de esa empresa y la participación de algunos de sus directivos en los años treinta, vía su hermandad de la *Cagoule*, en el asesinato de varios dirigentes de la izquierda italiana exiliados en Francia, debieron llamarlo *Giovinnezza»*, resopló, iracunda, su madre al saber que acababa de aceptar la realización de un anuncio cuyo pago podría asegurarle un trimestre de libertad. Tiempo, al fin y en suma, para «contar las historias que quiero» (¿pero de veras las *tuvo* alguna vez?), adujo entonces y era inútil, por supuesto, su madre no atendía nunca a esa clase de «razones». Encantadora, su madre de las mil y una causas y los comités de apoyo y el ojo avizor y la autocrítica *permanente* le soltó toda una diatriba acerca de colaboracionistas criminales de guerra evadidos de la justicia de aliados y resistentes y recolocados al frente de las filiales americana y española de ese «mismo Leviatán del vientre podrido». «De eso hace mucho tiempo», repuso fastidiado, pero ella negó con la cabeza mientras le cortaba en trocitos el pastel casero de cumpleaños en su nueva casa coruñesa, comprada con su parte de la venta de la heredad familiar de Finis. Como si fuera el niño de antaño. El niño gordo y temeroso que creció despacio (el tiempo pasa muy lento para quienes sufren mordacidades y acosos ajenos) y se espigó deprisa al inicio de la adolescencia vivida en Bruselas, y ahora era un hombre esbelto que guardaba, a buen recaudo e intactos dentro de sí, las antiguas reservas, los viejos miedos, la desconfianza perenne de los días en que otros lo llamaron «Porky» y «Bola de sebo». «Qué sabrás tú del tiempo, si eso fue ayer, ayer sólo —protestó su madre, pero ya se reía de nuevo, apuntándole con la hoja del cuchillo manchada de crema en la sala acristalada frente al mar donde aún se apilaban en un rincón varias cajas de mudanza por abrir—. Si yo fuese

tú, no lo haría, forastero». Se reía y llevaba el cabello muy corto, aseguraba que las pasadas sesiones de quimioterapia le habían congraciado de por vida con la desnudez de su rostro, la marcada e imperfecta agudeza de sus facciones. Cuatro años antes había superado un cáncer de fase 2 y disfrutaba cada momento como si se tratara de un regalo.

«Ilusa e incombustible, nuestra *rojísima gauche caviar*», la llamaba su padre, no sin nostalgia, sabedor de que, década y pico después del divorcio, ella aún interrogaba al hijo común, recién llegado de sus visitas a Bélgica, con afecto y curiosidad verdaderos. «Y dime, cómo le va últimamente al pragmático innombrable, se cuida el colesterol, espero».

La guapa y tímida actriz protagonista, que se alojaba en una exclusiva mansión de alquiler al otro lado de la isla, estaría a punto de marcharse en avioneta privada y el resto del equipo lo haría en conexión de vuelo regular después de comer, pero él no volaría hasta el viernes. Semanas atrás lo sedujo la posibilidad, ofrecida por la productora, de quedarse allí dos o tres días más al fin del rodaje. Fue el único que aceptó ampliar la estancia, quizá porque era el más joven, el neófito, y al resto ya lo hastiaban los desfases horarios, los «todo incluido» donde langostas y ensaladas de frutas sabían, inevitable y extrañamente, a envase de poliestireno y hasta el azul del cielo, el oleaje mínimo y la quietud del horizonte parecían pasados por el photoshop. Por la noche, metido en la cama tamaño buque con un mando a distancia en una mano y un vaso helado de vodka Imperial Gold en la otra, se había congratulado de su suerte frente a la pantalla donde Arletty-Garance afirmaba sin titubeos *je ne suis pas belle, je suis vivante*. Blanco y negro de Carné y de Prévert, *Les enfants du paradis*, y él a punto de llorar de júbilo y añoranza absurda (de qué y de quiénes, si nació en la «buena época»), como siempre que volvía a ver esa secuencia, su favorita, enseguida la apagó, quería la mente en blanco, sin emociones. Dos días, casi tres, para disfrutar a solas del sol y el aire y perseguir y anotar ideas o no apuntar nada, tan sólo dejarse llevar por el artificio de ese edén trazado sobre plano en algún estudio lejano de arquitectos y peritos robándole horas al sueño eterno de la ambición.

Pasó la mañana nadando y leyendo en la playa, y tras despedirse a mediodía del equipo con fuertes abrazos y promesas de reencuentros en cenas futuras que nunca tendrían lugar (una lástima, pensó, porque se habían reído mucho juntos, trabaron esa clase de improvisada e irrepetible camaradería propiciada por el trabajo fugaz en un lugar ajeno vuelto *escenario*), comió arroz de coco y guisado de cangrejos

gigantes en el bungalow más alejado, calificado por el manual del hotel de especialista en «sabores autóctonos de tradición». El picante, comprobó al primer bocado, mataba el fresco y delicado Pouilly Fuissé enfriándose en la cubitera. Desistió de los demasiado cocidos «cangrejos al gusto local» y se dedicó al arroz y al vino, ¿no era magnífico encontrar exquisitos blancos del Loira en ese puñado de islas y arrecifes de calma sólo interrumpida en temporada baja por huracanes y tempestades, o el arribo ocasional en fin de semana de algún que otro crucero de jubilados? El camarero de sonrisa constante acudió tres veces a preguntar en un inglés ceremonioso si la comida no era de su gusto, podían prepararle pargo a la brasa o langosta a las dos pimientas o guisado de pez roca, no, no, todo está bien, muy bien. Sopor del vino e inmovilidad del agua y el aire, en Bruselas escuchaba siempre a sus padres alabar los blancos del Loira y por encima de todos ellos el Pouilly Fuissé que descorchaban en las buenas ocasiones, antes de las broncas y del tú por tu lado y yo por el mío y el niño por tandas hasta que crezca y elija, ni una pelea por su causa, menudos miserables seríamos si jugásemos a disputárnoslo. Y después, mucho después en París, cuando se topó con Ela, que estaba de Erasmus en Berlín y había bajado a París justo para esa exposición, delante de los Egon Schiele y Kirchner, «Dos sensibilidades», en Châtelet y decidieron pasar juntos unos pocos días recorriendo en bici los *châteaux de la Loire*… A partir de Chenonceaux les había llovido implacablemente encima, pero en aquel bungalow del camping al que llegaron a pie, arrastrando las bicicletas enfangadas, había una pequeña nevera y compraron Quincy, paté *campagne*, pepinillos dulces, *Tomme de Savoie* y pan en el modesto súper que el encargado abrió para ellos entre rezongos. Comieron y bebieron a gusto con el repiqueteo de la lluvia sobre sus cabezas y esa noche hicieron el amor como si llevaran haciéndolo desde siempre, sólo que nunca lo hicieron antes y nunca volvieron a hacerlo después. Y al día siguiente, la subida de la fiebre y las molestias de garganta, y Ela calentando leche con miel y aspirinas y dándosela a beber a sorbitos, «como una madre», se burló y se reía, pero había un deje de tristeza en su voz, y él recordó entre brumas la cara de la mujer del «Portugués», del sastre de los disfraces. Y la tarde en que les sirvió para merendar una tarta de *petits choux* aprendida, explicó alegre, en un manual culinario francés encontrado en los libreros de lance bajo los soportales de la Plaza Reconquista, y él se echó a llorar porque le aterrorizaban los pasteles prohibidos por su padre (en más de una ocasión lo sorprendió observándolo de reojo con estupor y disgusto, como si no entendiese en virtud de qué «castigo» le había salido a «él» un hijo *así*). Los

pasteles que «engordaban tanto», aunque no se atrevía a decirlo… Y entonces la madre de Ela lo abrazó, retiró la Saint Honoré de la mesa de su cocina pintada de azul con aire de confusión y les preparó sándwiches vegetales. Enflaquecida y ojerosa, acababa de salir de su primera hospitalización y parecía demacrada bajo la pañoleta de flores rojas que le cubría la cabeza donde ya no se ondulaban los espesos mechones cobrizos. Y el estómago le dio un vuelco al tragar el primer trozo de emparedado de tomate, atún y lechuga, se arrepentía con todas sus fuerzas de su llanto ante el dulce que ella debió de preparar ilusionada, decidida a dominar las náuseas frente a la harina, los huevos, la leche y la mantequilla.

Sin duda, era absurdo, pero tantos años después seguía sin perdonarse no haber comido dos buenas porciones de esa tarta.

Consultó su blackberry y nada, ningún mensaje de Ela, que a esas alturas ya llevaría horas instalada en su piso de Madrid, le extrañaba un poco ese silencio. Claro que ella era muy reservada, de hecho tardó en contarle lo del bebé, lo hizo cuando ya todo había pasado y prácticamente le exigió que no fuese a verla, que no subiese de momento a Finis, «necesito tiempo, soledad y tiempo, ya te avisaré más adelante», dijo (pero no lo hizo), y él respetó su voluntad, aunque ahora ya no estaba tan seguro de haber obrado bien. Pobre Ela, seguro que ese idiota de Álvaro no supuso ningún apoyo en semejante trance, un guaperas egoísta e insustancial sin demasiadas luces, eso era Álvaro. Le alegraba que Ela hubiese decidido dejarlo, había algo posesivo y desagradable en su actitud, en su manera de asirla por los hombros o de seguir con la mirada parpadeante y esquiva hasta el más mínimo de sus movimientos, algo oculto, sofocante y domeñado que él detectaba con malestar impreciso y ella no percibía, hablaba y hablaba, contenta, y estaba más guapa y su cara esgrimía el arrobo de asombro de los enamorados felices. Las escasas ocasiones en que los vio juntos tuvo la sensación de que a él le incomodaba su presencia y se esforzaba en disimularlo, en cualquier caso, la antipatía era evidente. Tal vez Álvaro fuese secretamente homófobo, pensó al comprobar que lo tenía por gay (no se molestó en aclarar su bisexualidad), quizá se tratase de simple animadversión mutua, de meras conjeturas de su imaginación, que tendía a desbordarse y a presuponerle resabios y escondidas intenciones al resto. O de su propia y fugaz punzada de celos retrospectivos al observar cómo lo miraba ella.

Porque Ela nunca lo había mirado así a *él*. Con esa brillante y húmeda intensidad. Ni siquiera durante aquel fin de semana en el Loira, comprendió entonces, al recordar las esperanzas, pronto

desvanecidas, que albergó a su regreso…

Ela era su mejor amiga desde la infancia, pero de niño él la había amado. Callada y vehementemente, como suelen hacerlo los niños feos, los niños gordos, los niños tímidos. Los desfavorecidos de su pavoroso destino diario de aulas y recreos y vestuarios de gimnasia sin escondrijos donde eludir la inminente arremetida de golpes y la arreciada tormenta de insultos.

Ese niño gordo de antaño (¿acaso no era él quien le inspiraba e inoculaba ciertos resquemores y manías, la aversión a los espejos, por ejemplo, su fiel aborrecimiento del sabor de dulces y helados, su malestar al meterse en una tienda de ropa cualquiera, pese a su fama de «estiloso original»?) aún respiraba agazapado en su interior. Ni siquiera el reputado endocrino bruselense a cuya consulta lo llevó su padre, el que en menos de un año lo transformó en un desconocido adolescente flaco y larguirucho a quien su novedosa y agraciada imagen sorprendiéndolo desde reflejos de escaparate se le figuró durante mucho tiempo la de un impostor, lo había silenciado y eliminado del todo. Por más que conocidos y extraños, amigos, ligues ocasionales y amantes de temporada alabasen su cuerpo y sus rasgos, y dijesen de él que «estaba muy bueno», seguía despertándose algunos días con la intuida sensación de peligro a la vista, de metamorfosis al acecho, que pronto lo dejaría inerme y a ciegas frente a las feroces carcajadas de los demás.

Y en cierto modo, ese miedo resultaba consolador, porque en su fuero interno sospechaba cuánta lealtad y cuánto agradecimiento les debía a aquel niño gordo y enamorado.

Aquel niño que aprendió a mirar el mundo a hurtadillas, anticipándose a las calibradas reacciones ajenas.

Aquel niño que amaba a la vecinita de trenzas del edificio contiguo cuya madre se estaba muriendo (se lo había oído decir a su padre y sólo de pensarlo le daban escalofríos, ¿qué haría él si le faltase su madre de cuentos y ocurrencias infinitos, su audaz madre de risa continua y enojos tremendos, pero volátiles?), la amiga que hablaba a trompicones, «Tartaja», la llamaban a gritos los del parque cuando se acercaban, remedando entre burlas y risas sus balbuceos. Y entonces él le descubría el rictus de furia en los labios de repente muy pálidos y hubiera querido rozar con los suyos esa boca tirante, un beso rápido en las comisuras fruncidas mirando para otro lado, y no se atrevía, claro que no. En alguna medida que no acertaba a explicarse, ese niño sin atractivos fue lo mejor que llegaría nunca a tener, pensaba a veces. A su modo, llevaba toda la vida instándole a comprender. Toda la vida obligándole a abrir los ojos, enseñándole a ver y no sólo a mirar,

impidiéndole convertirse en un gilipollas.

«Estarías gordo, pero eras un crío maravilloso, de una generosidad extraordinaria y no deberías poner esa cara de fugitivo y de asqueado de ti mismo frente a tus propias fotos», le insistía su madre en las primeras fases del mal afortunadamente detectado a tiempo, cuando iba a visitarla los fines de semana y la encontraba buscándose, obsesiva, en un mar de recuerdos al través de viejas instantáneas, del coleccionado cúmulo de objetos inútiles, bellos o disparatados, que atesoraba y fueron siguiéndola, mudanza tras mudanza, con fidelidad de fetiches. «Bueno, creo que a papá no debí de parecerle tan maravilloso por esa época, le avergonzaba mi gordura y se le notaba», repuso sin rencor y su madre manoteó el aire con impaciencia divertida, como si aún sujetase un emboquillado cigarrillo entre los dedos. «Ay pobre, no te metas con él, se lo toma todo tan en serio… Siempre lo fue, serio, quiero decir. Y ahora, ya te lo habrá comentado, se ha vuelto *liberal*. *Centrista liberal*, figúrate. Cuando me enteré de tamaña "conversión", pensé que no iba a matarme el puto cáncer, sino la risa. Dios mío, la escuela de Chicago a estas alturas y a sus años».

Ese niño agobiado de complejos había estado enamorado de la pequeña Ela y también él la quería, aunque ya no la amase. ¿O sí? Quizá tuviesen algo de razón las estúpidas canciones, los centenares de películas de guiones adocenados, tan previsibles, todas esas novelas malas insistiendo hasta la saciedad y el hartazgo en el tedioso argumento de que ningún amor o frustración primeros mueren nunca del todo en la memoria y el deseo. Las quería mucho a las dos, a la niña trémula y asustada del recuerdo y a la mujer joven que a la vuelta de Francia le escribió en una carta: «cometeríamos un error, no saldría bien, Jonás, lo sabes tan bien como yo». Al menos, no se lo largó por mail, pensó sonriente. Y por qué no se le ocurriría ponerle un simple mensajito diciéndole que ya estaba instalada en su casa… Que estaba bien y animosa y lo esperaba. Fue inútil tratar de convencerla de retrasar su llegada. «No te preocupes por mí y disfruta de tu viaje, seguro que incluso me vendrá bien disponer de dos días para pensar a solas y además, temo cambiar de opinión si adelanto o pospongo mi marcha», adujo la mañana en que lo llamó desde la vieja cabina del Paseo Colón, «por nostalgia», aseguró, y él no la creyó, quién la hubiera creído, aunque tampoco se imaginaba al guapo de Álvaro controlándole el móvil a escondidas, como un marido celoso de serial. Un mensaje tranquilizador, que lo aguardaba con ganas de contarle tantas cosas o de no revelarle nada, únicamente de verlo, que le gustaba su piso, pequeño, pero tan céntrico y lleno de luz. («Con encanto», decía Manu, «bonito y simpático», decía Teresa, «un poco

cutre, ¿no? —lo despreció de una ojeada Marina, tirándole de los botones de la bragueta—, debimos subir a un hotel»). Un mensaje diciéndole que le encantaba el Verne…

«Arponero Ned y Passepartout», recordó. Arponero Ned y Passepartout, Passepartout y Arponero Ned para siempre, y sus dedos que volaron hábiles sobre el teclado del portátil mientras en el cuarto sonaba de continuo un viejo vinilo de los Clash, de los de la prodigiosa colección de su madre que alguien del instituto le pasó a CD en su grabador. Los benditos Clash y su *London Calling* y también Patti Smith, *Horses* y *Because the night* y *Angie* de los Rolling y *The End* de los Doors y más tarde Nirvana y su deslumbrante *Frances Farmer will have her revenge*. «Y éstos son los discos de tu vieja, tío, menuda potra, a la mía le va el rollo chungo del Bertín Osborne y ya en plan subidón, la *Macarena Macarena*». «A veces es todo una mierda y me gustaría ser de otra época y otro mundo, un marino, un aventurero, un revolucionario, un geógrafo y puede que hasta haber luchado en una guerra, el desembarco o la de España, haber tenido cosas *de verdad* para creer en ellas y contarlas luego, esas cosas que las novelas las películas la música».

Cuánta ingenuidad y de qué forma tan imbécil la echaba de menos… Quizá careciese de empuje, de voz propia y verdadero talento y nunca llegase a ser capaz de contar nada en absoluto, más allá de un encargado *spot* entre palmeras. Tres cortos bien valorados en festivales de poca importancia, un volumen de cuentos con demasiadas influencias de Salinger y Auster, que llevaba meses de editorial en editorial, cosechando corteses negativas y algunas letras para grupos amigos que tocaban en simpáticos bares del centro. Y entremedias y con suerte, aburridos rodajes publicitarios. Rodajes con niños resabiados e insoportables, con buenos secundarios sin mejores proyectos a la vista «de momento», y modelos de cuarta elegidos por extenuados ayudantes de *casting*, en ese aspecto, lo del bronceador era indudablemente un cambio «a mejor», con actriz internacional al frente y esas lujosas mini vacaciones pagadas.

Muy lejos de Marcel Carné y de Visconti y de Max Ophüls y de Billy Wilder y de Fritz Lang y de toda la pesca, pero no todo estaba perdido, aún no se terminaba y desperdiciaba la juventud…

Ojalá Ela no estuviera deprimida en ese mismo instante, pensando en Álvaro de rodillas en una esquina de su cama. A oscuras y pensando en el inútil de Álvaro y, peor, mucho peor aún, en el bebé que nunca nombraba.

Tendría que haber estado allí para recibirla y no a miles de kilómetros de distancia. Haber ido a buscarla a la estación. Y ahora

que lo pensaba, ¿no detestaba ella los trayectos largos en autobús?

«Te gustará el barrio —le había dicho. Y también—: En cuanto regrese, haremos muchas cosas, ya verás, museos y exposiciones, como a ti te gusta, y paseos y viajecitos a la sierra, a las ciudades cercanas, Segovia, Toledo… Si te apetece, alquilamos un coche y nos perdemos por ahí varios días».

Sobre el escritorio le había dejado preparada una lista con recomendaciones de restaurantes y comercios próximos, junto a su regalo cuidadosamente envuelto, una edición Hetzel de Verne de cubierta roja con dorados *cartouches* que encontró al fin y tras mucha rebúsqueda en una librería de viejo de Ópera. *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Y la nevera llena, por supuesto, y flores en el jarrón de la entrada y notas de bienvenida por todas partes.

No, no deseaba postre ni tampoco beber nada más, rechazó con un gesto la carta que le acercaba el camarero.

Quizá lo reconfortase dormir una breve siesta en su habitación, aunque allí anochecía tan temprano…

No, mejor sería aprovechar la última luz diurna y sacudirse el embotamiento con un largo paseo por la orilla.

A la mañana siguiente alquilaría en recepción un equipo de buceo.

Y llamaría a su casa, quizás hubiera suerte y la encontrase, porque el móvil lo tenía apagado o sin batería, había probado varias veces y no hubo respuesta.

Ese mar liso como la superficie descorazonadora de un espejo…

La mayoría de la gente soñaba con vacaciones en lugares así, cocoteros y manglares e interminables arenas blancas y cócteles coloridos, barra libre junto a las piscinas destellantes y caras sonrientes de los morenos monitores de vela y esquí acuático y zambullida entre corales y peces atigrados, entonces, por qué no llegaba a sentirse del todo tranquilo y a gusto bajo ese cielo de folleto de agencias…

Aborrecía las multitudes y los viajes en grupo y evitaba ir a ningún lado en agosto y Pascua, pero en esas fechas no se alojaba casi nadie allí, el complejo hotelero y sus instalaciones tenían una fantasmagoría de flotilla varada entre el océano y los flamboyanes que lo sedujo a su llegada (¿y si ambientase allí una historieta de terror?) y ahora, sin embargo, lo desazonaba de modo absurdo e intrigante.

Regresó despacio y caviloso por la playa solitaria y cuando alcanzó el vestíbulo, flanqueado por dos horrendos ídolos de falsa piedra volcánica ideados por algún decorador demente, ya era de noche a sus espaldas. Las luminarias prendiéndose, lentas, alrededor de las piscinas y su cercano croar de ranas temblaban en la burbujeante

oscuridad como flores de estanque bajo el zumbido goloso de los insectos. «Gente, necesito bullicio de gente», pensó.

Aguardó a que la anciana pareja de australianos a la que solía ver desayunar pantagruélicamente entre sonrisas y monosílabos (a primerísima hora de la mañana, ella leía en la playa, balanceándose en una hamaca, el *Doctor Faustus* de Mann y él tricotaba concienzudo en su tumbona una especie de bufanda, bizqueando leve tras sus gafas de patillas sujetas con celo azul, comprobó divertido el segundo día) se informase acerca de piraguas y kayaks antes de abordar al recepcionista.

—¿Gente, señor?

Parecía confuso, un muchachito disfrazado de adulto, con su cómico bigotillo de puntas mínimas y su pelo claro y menguante de occidental transplantado, mediante contrato de dos o tres años, al «todo incluido» de los deseos a la semana o a la quincena de millones. «Sólo falta que crea que le estoy pidiendo una puta».

—Gente, sí, gente corriente en un bar de fuera del hotel… Un local donde los… (dudó y rechazó *lugareños* y enseguida se recriminó, a ese paso terminaría por volverse un idiota consumada y políticamente *correcto*), en fin, ya sabe, un sitio donde los de por aquí salgan a distraerse y tomar una copa.

El recepcionista negó con profesionalidad contrita mientras le alargaba un volante horario.

—Para eso tendría que tomar el barco que va a la isla grande. Mañana, por supuesto. Fuera de estación y si el clima acompaña, hay uno a las diez con regreso previsto a las dos, si quiere lo acompañarán a nuestro embarcadero privado, está a menos de diez minutos. Aquí no vive nadie, más allá de algunos pescadores y sus familias, que no tenga algo que ver con los hoteles.

—Gracias, ya veré al levantarme.

Cenaría temprano en el comedor acristalado y después un *gin-fizz* rápido en el consabido y pequeño bar panelado de teca, donde a las noches tocaba el piano sin talento ni entusiasmo, entre altos ficus en maceteros de porcelana y profusión de espejos, una muy maquillada china guapísima, de manos volátiles y eficientes de *hacker*.

Pero ya lo hastiaba el marisco insulso y recocido, no tenía hambre ni ganas de sentarse solo a la mesa de mantel falsamente alegrado por un carnoso centro de flores, tres velillas granas y el par de cursis bailarinas o pastorzuelas de *biscuit*, tampoco de escuchar las ensambladas melodías de la china con cadera y pierna izquierda insinuantes y al aire bajo el rajado vestido de seda con bordaduras de aves. En vez de ello, pidió que le subiesen a su habitación ensalada

niçoise y foie, al menos lo traerían etiquetado al vacío, por avioneta desde la afamada y conectadísima «isla grande».

En el cuarto hacía fresco y rebajó el aire acondicionado, qué exagerados eran los empleados de mantenimiento en todos esos sitios apenas la temperatura sobrepasaba los dieciocho grados.

Un grueso albornoz sobre los hombros algo escocidos por el sol (a fin de cuentas, *Jouvence* no era todopoderosa al cien por cien, pese a su prometedor eslogan y al carísimo presupuesto de campaña), y primero, con la remedada, pero insípida ensalada *niçoise* servida en ceremonioso carrito, el feliz reencuentro con *Jour de fête* y luego, y ya a solas, entre bocado y bocado de las tostadas de excelente *foie gras*, *Rocco y sus hermanos*, la espléndida Annie Girardot muriente con los brazos en cruz, bendito menú por cable, y esa tristeza desesperada del *noi siamo di paese di plata* en boca de un jovencísimo Alain Delon, cómo había *podido* ese hombre unirse a la calaña de los Le Pen…

Se quedó dormido en el sofá a la mitad de *Hannah y sus hermanas*, la favorita, junto con *Broadway Danny Rose*, de su madre, que reverenciaba a Woody Allen. «Después de Paul Newmann, es el tío más guapo del cine», aseveraba rotunda y Manu, que al principio de la quimio lo acompañó varios fines de semana al norte, inquiría a veces, burlón: «tu madre es genial, vale, pero oye, ¿no estarás un poco enamorado de ella?, ya sabes, como en tu querida *La luna* de Bertolucci». No contestaba o se echaba a reír de buena gana, daba igual, valiente bobada. Manu había empezado por entonces a ponerse muy exigente, se pretendía enamorado y con ganas de relación fija y dejó de ser divertido. A su madre le gustó Manu, en realidad solían caerle bien casi todos sus amigos y amantes, al menos los que elegía presentarle, cuidadoso (a Marina no, desde luego, ni molestarse en imaginar la mutua y seguro que inmediata animadversión de esas dos fieras duchas en sonrisas, fintas y réplicas ácidas), no le inquietaba que fuese promiscuo y «atolondrado», como afirmaba su padre, que temía para su único hijo tenebrosos horizontes de constante *amateurismo* y fracaso social. Le gustaba discutir con ella, tan dostoievskiana frente a su tolstoianismo, de literatura y cine, pero si hablaban de Woody Allen, él prefería con mucho *Aphrodita* y *Zelig*, y el embrollo a su pesar del personaje que interpretaba en la brillante *The front* dirigida por Martin Ritt. Y por encima de todas sus cintas, le gustaba *Annie Hall*. Diane Keaton era uno de sus muchos y versátiles amores de pantalla arropándolo en salas de filmoteca o solitarias sesiones caseras en noches de insomnio.

Despertó sobresaltado, con dolor en la nuca y frío en el vientre… y no, en la pantalla no estaba *su* Ingrid Bergman angustiándose plano

tras plano en *Notorius*, es que nunca iba a poder vivir más allá de las palabras, las imágenes de otros…

En la habitación no había nadie. Y sin embargo, aquel olor a musgo, a hojas muertas y vidrios rotos y emplomado arrancado de cuajo y tirado ahí, al principio del sendero mayor con la blanca escultura, Diana de un solo brazo armado de carcaj sin flechas, alzándose al fondo, entre la apuntada oscuridad y el perfume denso de las recalcitrantes madreselvas, las lilas locas, las trepadoras damas de noche…

Una techumbre azul de tejas yéndose al suelo bajo embate de pleitos y lluvias y zureo de palomas ávidas y tontas… y susurrantes bojes antaño recortados creciendo a la desmesurada, de espaldas a la línea bravía del mar.

Dos niños, uno gordo y otra muy callada porque si habla tartamudea, que echan a correr hacia oteada cúpula de templete que sobresale apenas de entre un océano cenagoso de ortigas, juncos y altas flores pringosas, prímulas y jaras…

Casona de los Bergara, dijo en voz alta mientras se incorporaba, vacilante y maltrecho.

El mando de televisión cayó sobre sus pies descalzos, estremeciéndolo.

La habían demolido. Apisonaron su vasto terreno y en su lugar edificaron un hotel de fachada anodina al gusto de los paquetes más baratos de los *tour operators*, hubo gente que protestó, asociaciones vecinales y artistas defensores de su marquesina modernista y su indiana estructura fantasiosa y no sirvió de nada.

Nunca estuvieron en su jardín pasadas las siete de la tarde, las ocho como mucho y eso sólo en verano, pero acababa de divisarla a la perfección, de «verla» íntegra dentro de sí, con sus dos torretas picudas, sus ojos de buey en hilera y su interior de suelos ajedrezados y techos de colores, a la luz débil de una menguada luna rojiza. Igual que si la tuviera delante.

De niño había creído, sin confesárselo a nadie, ni siquiera a Ela, que esa casa ruinosa y su abandonado jardín eran el escudo frente a… qué. A los males llegados de otros y del sofocante olor a encierro de nueve a cuatro, a abrigos y plumíferos colgados de percheros (cada tres o cuatro días le arrancaban los botones del chaquetón de piel vuelta de cordero que sus padres llamaban «zamarra») a lo largo de un pasillo de tarima sin lustrar con los baños al fondo donde era mejor no ir; aguantarse y no ir, porque allí insultos y empujones, y algunas mañanas los «chúpamela, gordo de mierda» de los tres o cuatro mayores de expulsiones continuas que suspendían curso tras curso, y a

veces se colaban en el edificio de la primaria para fumarse un «chino», y planear *asuntos* que «ni le iban ni le venían a los pringados» como él.

Pero no había escudos ni salvaguardas, y llevaba más de una década empecinado en olvidar Finis, el odioso primer colegio y la vendida villa de los abuelos frente a la bahía, donde las nueras que a media voz tildaban a su madre de «loca de la familia» atizaron solapadas rencillas de interés, ya antes de la muerte del callado notario con sempiterna rosa prendida a la solapa, en memoria de la esfumada memoria de la mujer enferma de Alzheinmer que lo sobreviviría más de veinte años en lujosa y triste residencia. Aquellas tensas cenas navideñas cuyo recuerdo lo atemorizó durante mucho tiempo… Porque, claro, aquellos primos tan perfectos… tan *delgados*. Y sus tíos de palmaditas en el cogote, «deportes, muchacho, deportes, ahí está la clave, ahí tienes la solución», y sus tías, sus mujeres, susurrándole, con fuentes y bandejas entre las manos, en un rincón y al asalto, conspirativas y falsamente benévolas: «dicen que la dieta de la alcachofa, la de piña, la de kiwi, la de jugo de granada». Al anciano de esponjoso pelo gris no parecía importarle que fuese o estuviese gordo, era el «chico» de su única hija, la benjamina y su favorita, la *izquierdista* recalcitrante casada con otro «rojo» que, menos mal, empezaba a sentar cabeza y a apartarse un poco de esas ideas «peregrinas», que por lo visto iban a durarle toda la vida a su Claudia. El abuelo no le hablaba de regímenes hipocalóricos, ni vigilaba el tamaño de sus raciones en la mesa o la consistencia de las meriendas preparadas por la vieja Encarna las veces en que su madre lo llevaba de visita familiar a la intrincada casa que él llamaba de «los mil pasillos». De todos modos, el menudo anciano apenas comía, se alimentaba de caldos de fideos, fruta y tostadas y bebía mucho té y vino blanco, según las horas que iba consultando en su reloj de leontina; prefería hablarle del Yáñez de Salgari, del magnífico capitán Nemo («Verne es tan bueno que vivirá una eterna juventud»), de los padecimientos en el polo del valiente Scott, de Thor Heyerdhal y su expedición Kontiki.

Su monárquico abuelo coleccionista de mapas antiguos y ediciones príncipe de la casa Hetzel era bondadoso («adoro a mi precioso papá, que no es tan de *orden* como él se cree, es un imaginativo y un sentimental secreto», decía su madre riéndose), y nunca se burló de él, de su gordura. Lo llamaba su «futuro explorador» y lo quiso mucho, pero se había muerto tan pronto… Cuando ya estaban en Bruselas y ellos se peleaban a todas horas, de hecho, su padre ya había empezado a dormir noches enteras en casa de Solange. Una semana después de morir el abuelo, hizo amagos de regresar y ella no lo consintió, se

tragó las furiosas ganas de ceder, él era aún pequeño, pero conocía muy bien su orgullo inclaudicable. Todas esas noches en que durmió a su lado, en la cama ya no de dos, la escuchó levantarse y llorar durante horas en la cocina. Sabía lo muchísimo que ella había amado al padre recién enterrado en esa «Finis sin corazón», que le gritó a una de sus cuñadas, quien le instaba a acudir al funeral, «por decencia y por evitar habladurías». «Ahora vas a enseñarme tú, precisamente tú, a querer a mi padre… A mi padre, que se pasó la vida entera entre carroñas como vosotros, que lo tasáis todo de antemano, hasta los sentimientos que quizá nunca llegasteis a tener».

Su abuelo, y antes su bisabuelo, recordó, fueron los notarios de aquellos Bergara de renovados pleitos de herencia mítica en la ciudad donde Ela y él, que entonces no iban al mismo colegio, pero eran vecinos de calle, se conocieron tantos años atrás, junto a la fuente de los monstruos del parque Héroes de Cuba y Filipinas.

Ela iba aquella tarde de la mano de un hombre con divertida pajarita amarilla al cuello, era una niña menuda de ojos claros y trenzas sobre la blusa de cuadros escoceses, y él remoloneaba, gordo y torpe, detrás de Encarna, que fue a recogerlo porque esa noche dormiría donde el abuelo, sus padres cenaban fuera y no volverían hasta las mil quinientas. A Encarna, que llevaba su labor de crochet en el bolso junto a las gafas de vista cansada y una de sus horribles revistas de cotilleo, le empezaba, según repetía con cierta fruición, «a pesar la edad», no daba tres pasos seguidos sin quejarse del reúma y de «esta humedad traicionera, tan mala para mis pobres huesos». «No le importará, señor, si compartimos este banco». Y el hombre de acento un poco extraño (luego sabría, de labios de la propia Encarna, que se trataba del «Portugués de los disfraces», pero en ese momento no lo asoció con la fascinadora vistosidad del escaparate de La reina del mundo), americana de coderas y pajarita solar, sonrió y les hizo un sitio a su lado: «faltaría más, señora. Y así los niños pueden jugar juntos».

Iba a abrir la boca para farfullar que no quería jugar, jugar con *nadie*, y no le dio tiempo, porque de repente aquella mano pequeña entre las suyas, regordetas y pegajosas…

Y no, no parecía que fuera a pegarle.

No le pegó ni siquiera cuando se alejaron un poco y se sentaron detrás de los arbustos más altos, ella trazaba sobre la tierra un perfecto círculo a su alrededor y dijo:

—Va… va… le que yo… e… ra una bai… baila… rina en… can… ta… da. So… sobre sus za… zaza… zapa… tos ro… rojos.

Y él dijo (y el timbre envalentonado de su voz lo asombró tanto

que en un primer momento no advirtió el tartamudeo de la niña que alzaba hacia la suya una mirada de claridad sorprendente):

—Vale. Pero mejor que una bailarina podrías ser la hija del Capitán Grant…

—Pu… es va… le.

Años atrás, ambos aprendieron a leer a solas y de corrido en sus casas, fuera de las guarderías y escuelas donde otros niños aún tardarían bastante en vocear al unísono las vocales y consonantes. Ambos se guardaron entonces para sí aquel secreto diferenciador, disimularon y siguieron jugando con sus videojuegos favoritos y viendo dibujos animados y no le contaron a nadie, ni a sus padres siempre apresurados, que eran capaces de leer sus propios cuentos de páginas coloridas, de asomarse a los enigmáticos titulares de los periódicos y de descifrar los resueltos mensajes de las vallas publicitarias.

Podían leer y lo hacían, pero desde luego no habían leído a Verne. Aún no sabían por sí mismos de la rebelde soledad de Nemo, de vertiginosas vueltas al globo y de cráteres por los que descender a los misterios y al centro del mundo.

No sabían, pero a él, Jonás, su abuelo solía hablarle de Nemo en su *Nautilus* y del arponero Ned, del profesor Liddenbrock y del superado vértigo de Hans y de las cómicas argucias de Passepartout. Las noches que durmió en su casa le encantó acompañarlo, con «recena» tardía de leche y bizcochos, a la biblioteca, aunque su padre le hubiese prohibido picar entre horas y comer nada que llevase azúcar. Su abuelo, que de joven anheló ser marino y por imposición paterna hubo de conformarse con la notaría familiar, le mostraba láminas de bellos volúmenes franceses y le hablaba de sus héroes favoritos, él lo escuchaba con fervor mientras desmigaba, culpable, las soletillas, arrojándolas a escondidas bajo la mesa. «Venga, come, que Encarna me los trae de María Cristina, en ninguna otra confitería de Finis saben hacerlos tan buenos, si parecen de espuma». Por fortuna, el abuelo era míope y se distraía a la primera pregunta sobre sus libros y autores preferidos, se olvidaba de platillos, tazas y bandeja, se levantaba, enérgico y a la vez muy frágil, «ven, acércate». Y con el índice amarillento de fumador le enseñaba feliz continentes e islas, rutas transoceánicas de novela en el gran mapamundi de anticuario holandés que fue su orgullo y a su muerte terminó vendido, pese a las protestas de su madre, a una casa de subastas londinense.

«Casona de los Bergara», repitió, levantándose de golpe.

También aquel lugar desaparecido tuvo algo de centro del mundo…

Pero antes, mucho antes de sus andanzas y «exploraciones» por el caserón en ruinas, él le había dicho aquella primera tarde en el parque, con expresión todavía recelosa y adusta (¿y si ella aprovechaba que los mayores no estaban a la vista para *pegarle*? Si eso ocurría, si esa tal Ela le tiraba del pelo o le pellizcaba los asquerosos «michelines», tendría que aguantarse, como siempre, porque chivarse estaba mal, era propio de traidores y de cobardes):

—La hija del Capitán Grant era muy valiente, que lo sepas. No le daba miedo el barco fantasma.

Ni siquiera sabía por entonces si el misterioso Capitán Grant tenía una o tres hijas… o ninguna. Tal vez tampoco hubiese abordado nunca el barco fantasma que su imaginación dibujaba algunas noches en la oscuridad de su cuarto navegando a toda vela hacia su cama. Tal vez ese capitán sólo tuviese hijos. Hijos delgados, seguro que delgadísimos y muy distintos a él, a quien *sí* le atemorizaba la mera idea del barco fantasma con su invisible tripulación de muertos…

Esa noche le preguntaría sin falta al abuelo Jacobo sobre ese Capitán Grant y todos sus hijos, y hasta se comería los bizcochos, aunque luego tuviese que ir a vomitarlos al baño, metiéndose los dedos hasta lo más hondo de la garganta para sacarse del cuerpo hasta el último rastro de azúcar.

Pero eso no importaba, porque la niña que ya no era una desconocida levantaba la puntiaguda barbilla y le sonreía y de nuevo le arrimaba la mano, su mano izquierda, tan delicada y *flaca*, y esos dedos leves le palpaban la cara y eran suaves, increíblemente suaves sobre sus párpados, sus mejillas tersas y asquerosas de *gordo*.

—Soy la hi… ja del Capi… Capitán Grant.

No le abofeteaba, no le *pegaba*.

Le tocaba la cara.

Y entonces se fijó en que al final de la frase ella había pronunciado ese nombre sucinto y prometedor de marino extranjero con decidida soltura, sin tartamudear. Le hubiera gustado felicitarla, pero no se atrevió.

Se dio cuenta de eso y de algo más.

Por ejemplo, de que vista desde tan cerca era bastante guapa.

Seguro que la *verdadera* hija del *verdadero* Capitán Grant no tenía nada que hacer a su lado.

En su habitación de «primera superior» no había nadie, sólo él, de pie, con cara insomne y estupefacta delante de un espejo de cuerpo entero.

Él, que ahora iba hacia el teléfono y marcaba el número de su piso y al otro lado nadie, al otro lado nada.

Ninguna llamada, tampoco, registrada en su blackberry mientras estuvo dormido frente a la pantalla ahora silenciosa y vacía.

¿Dónde estaba metida Ela y por qué carajo no lo llamaba, le ponía un puto mensaje avisándole de que había llegado bien, ningún problema con el portero y la copia de las llaves?

Algo somero y hasta un poco bobo, no se trataba de improvisar haikus sobre la amistad eterna…

Algo del tipo idiota de «a gusto en tu casa, Verne precioso, besos».

O que no dijese nada del libro ni del piso si no quería, qué importaba eso, bastaba con un mínimo saludo.

Que mandase algo, cualquier cosa, carajo, un simple «Hola» sería suficiente.

Abrió el cajón del escritorio en busca de los paquetes de cigarrillos. En el aeropuerto había comprado un cartón de negro francés por si surgían problemas y lo atacaba la angustia, aunque llevaba ya dieciséis días sin fumar. Si había detectores de humo, le daba igual, que subiese en su busca una cuadrilla entera de detectives de hotel. Pero dónde escondió, aposta, el estúpido mechero… Entre los calcetines, claro, qué poco original.

La primera bocanada lo mareó, pero a la tercera calada… de nuevo esa asquerosa y adicta lucidez.

Algo iba mal, muy mal en alguna parte.

«No hay que minusvalorar los presentimientos, la intuición», solían decir su madre y casi todas las otras mujeres de su vida.

Algo iba muy mal y hasta el viernes no habría vuelos.

Ni un solo vuelo que pudiera llevarlo con conexiones de por medio hasta Madrid.

Estaba seguro, lo hubiera jurado, de que ella no se arrepintió de su decisión en el último momento.

Seguro de que había salido de Finis a la hora prevista. Por descontado que sí, si no consiguió convencerla, tozuda y supersticiosa que era, de variar su fecha de partida, ¿por qué iba a cambiar de planes a última hora, eh?

Ela, ¿dónde estás?

Ela, por favor, llámame.

El filtro apurado hasta el final le quemó los dedos y apagó la colilla echándola a los hielos derretidos del vaso, al menos, no había sonado ninguna alarma.

Cuánto lamentaba de pronto, urgido por una ansiedad irracional, pero muy *física*, y buena prueba de ello eran sus palpitaciones y el desagradable sudor frío en la nuca, no haber marchado con el resto del equipo…

Ay, Ela, llámame, llámame, hazlo, dime algo, Ela, guapa.

No me dejes así, por favor.

Tan solo, y de repente lleno de miedo en esta habitación grande y silenciosa como la cubierta del barco fantasma con sus tripulantes muertos y a proa el horizonte inmenso y en la popa sólo la noche, la noche sola.

La noche a la deriva bajo el lamento y el aullido del viento, la noche sola.

La reina del mundo

2

Una voz de hombre (¿el anestesista quizá, pero acaso se anestesiaba a los ausentes, a los comatosos?) empezó a contar muy despacio del uno al diez. Ya no estaba tras la luna de escaparate de La reina del mundo (y también la niña había desaparecido), sino en un quirófano de luces cegadoras donde el frío era intenso, cómo aguantaría esa temperatura extrema toda esa gente de batines y gorros verdes capitaneada por una mujer que se flexionaba, cavilosa, las muñecas, daba órdenes y enseguida reclamaba instrumental. Flotaba en lo alto, justo debajo del techo y desde ahí los veía afanarse sobre su cuerpo inmóvil y tendido en una camilla de acero. Le habían inmovilizado las piernas y los brazos y llevaba una especie de aureola o de corola rígida y amarilla en la cabeza afeitada en un único punto, era como el tocado insólito de un disfraz floral, de margarita o aquel de reina Mab que usó una vez, para una fiesta o función escolar, «poneos en filas para la foto de grupo, los más altos detrás y en pie y los pequeños sentados delante, así, vamos, apresuraos, que no tenemos todo el día».

TRES… enumeró el hombre de las agujas. Y de nuevo ese aire gélido y cortante, igual que si estuvieran a la intemperie, en lo más hondo de un bosque calcinado muchos veranos atrás.

CINCO. El frío se recrudeció, pedazos de hielo por las venas. Qué raro que nadie temblase allí abajo. Ni ella, tumbada inerte en la camilla, ni tampoco la mujer que ahora alzaba una especie de horrible bisturí, similar a los berbiquíes del banco de carpintero donde se gestaban los títeres…

«No te hará daño», sopló otra voz en su interior. Y hubiera querido asentir agradecida, pero de repente la lentitud, allí abajo todo empezaba a suceder muy, muy despacio, cada movimiento parecía volverse interminable y eterno.

«Nadie volverá a hacerte daño», ratificó la voz. Las palabras le llegaban de muy lejos, amortiguadas, pero consoladoras.

Toda esa gente disfrazada adónde iría tan lentamente. A ese ritmo, iba a llegar tarde, sabía que tenía que ir a alguna parte, aunque no recordaba a cuál, en realidad empezaba a no entender qué hacía su cuerpo allá abajo, con todas esas máscaras verdes y temblorosas a su alrededor.

Si yo muriera antes de despertar.

«Claro que no —susurró la voz, que ahora era la voz aguda y desfalleciente de un niño—, es sólo un título, el título de un cuento de terror de William Irish, lo leímos juntos un verano, tuvimos mucho

miedo, pero nos encantó». Y sí, ahora veía las tapas de colores chillones y el gastado lomo y las rumorosas páginas que una mano ancha y pequeña pasaba hasta llegar exactamente a aquellas, pavorosas, en que los niños podían morir antes de despertar, atrapados por el monstruo de cara afable y tan «normal». El monstruo cuya guarida es una casa al final de todas las casas, una casa prisión, cerrada y sola en el lindero del bosque.

Un título sólo… Pero algunos niños…

Y de entre todos aquellos niños disfrazados («los más altos que se coloquen de pie y al fondo, los pequeños os situaréis en primera fila») que jugaban en corro allá abajo, apiñándose alrededor de la dormida muñeca, ¿cuál sería el suyo?

¿Cuál era el suyo perdido?

El que sí *murió antes de despertar*.

La voz infantil (la conocía, por supuesto, estuvo años escuchándola y de algún modo extraño nunca dejó de *oírla*, por qué entonces no lograba adjudicarle un rostro y un nombre) sonaba ahora únicamente dentro de su cabeza con un eco hondo y gutural de bóveda, de gruta submarina, de reconstituida osamenta gigantesca en sala de museo recorrida en otra vida, otro tiempo anteriores.

—Olvida al niño ahora, no lo llames, no lo invoques y sobre todo *no lo mires*. Concéntrate sólo en la niña y en la mujer, dentro de ella está la niña, la niña de antaño, agárrate a ellas.

SIETE. El frío empezaba a aminorarse, y entonces y de repente la niebla. Bocanadas y chorros de niebla espesa y azul que lo invadía y difuminaba todo a su paso.

—*No mires al niño* —ordenó por última vez la voz menuda y hechizante.

El niño que ya nunca despertó.

Allá abajo, los rostros y cuerpos, las máquinas e instrumentos desaparecían engullidos por la marea azul que brotaba por doquier y ascendía rauda al techo, hacia el lugar donde ella flotaba y miraba, pero ya casi no lograba seguir haciéndolo porque ahora el denso oleaje colándose en su cabeza, infiltrándose en sus oídos, en su nariz, en sus labios mudos de aliento quedo y mínimo, bajo sus párpados obstinada y obedientemente cerrados, y ella misma al cabo y por entero de niebla azul, también.

Luz blanca y vértigo, se caía…

Caía y caía y entonces el ardiente fogonazo y después nada.

TERCERA PARTE

«Une aube encore une aube et peut-être la vie» («Un alba aún un alba y quizás la vida»).

LOUIS ARAGON, *Plus belle que les larmes*

Sala de espera

Adrián

Sofía regresó de la máquina expendedora del pasillo cargada de bebidas y envases de sándwiches. Repartía los refrescos (nadie aceptó la comida), observó, como si en lugar de hallarse en una sala de espera próxima al quirófano donde la doctora Palacios y su equipo intentaban drenar el hematoma y contenerle la peligrosísima hemorragia cerebral a Ela, estuvieran en una terminal de aeropuerto aguardando simples noticias de un vuelo largamente demorado. Pese a la angustia, la idea casi le hizo sonreír. La buena de Sofía… Nadie como ella, capaz de enfrascarse en diecisiete asuntos a la vez, para infundir ánimos y otorgarle un aire de apaciguadora «normalidad» a cualquier situación, por mala que fuera y ésta lo era, desde luego que lo era. Una cualidad muy extendida entre la mayor parte de las mujeres, según solía afirmarse. Y en absoluto tópica por lo que atañía a su mujer, aunque en ese aspecto, como en otros, su madre era la excepción a la regla, se dijo, mirándola a hurtadillas.

Sentada muy erguida al fondo de la pequeña sala donde sólo esperaban ellos cuatro, con las rodillas juntas y el bolso en el regazo, Matilde Urondo miraba la desnuda pared con el anonadado estupor de quien descubre groseras pintadas aún frescas o suciedad de *graffiti* en los muros recién pintados de su salón. Estaba así, sumida en ofendido silencio, desde que a la media hora de su llegada él la hubiera mandado callar con desacostumbrada rudeza apenas empezó a dar la lata con traslados, «en cuanto sea posible», a una clínica «más… más cómoda, por supuesto y bueno, ya me entendéis, privada». «Cierra el pico y deja de dar la vara por una vez en tu vida, si tuvieras dos dedos de frente sabrías que la Seguridad Social es imbatible en casos de tanto riesgo y enfermedades graves, Ela tiene suerte de que la ambulancia la trajera aquí, es el mejor hospital de la región», le había interrumpido, furioso. Suerte… según lo decía, recordó estremecido que su cuñada le comentó en una ocasión al socaire en la cocina de su casa (lo ayudaba a preparar copas y bandejas durante una fiesta navideña y él acababa de presentarle a una amiga de Sofía que trabajaba en el Nuestra Señora del Mar), que ese hospital le daba «mal rollo» porque su madre había muerto allí cuando contaba nueve años recién cumplidos.

Pero experiencias traumáticas y funestos «malos rollos» aparte, se trataba del mejor y más equipado hospital público de la zona. Eso era innegable y sumamente tranquilizador en esos momentos.

No se arrepentía de su arrebato, aunque le resultaba raro perder de esa forma los estribos. Él solía ser bastante conciliador. En realidad, hubiera preferido que su madre permaneciera en casa a la espera de

sus llamadas, sólo faltaba que estallasen tensiones, alguna de las habituales disputas idiotas y desagradables entre ella y Álvaro, quien ahora se encogía en una silla junto a la puerta, la cara hundida entre las manos y tan absorto que parecía ido. «Deberías beber aunque sea un poco de agua», insistió Sofía, acariciándole el pelo, pero él no se movió y se limitó a cabecear una fugaz negativa.

Por fortuna, su madre no inquirió en ningún momento (ni siquiera se lo preguntó a él, en un murmullo aparte) qué estaba haciendo Ela, subida tan temprano a bordo de un autobús camino de Madrid. Para ninguno era un secreto que Ela detestaba los autobuses, se quejaba de mareos incluso si había tomado una pastilla.

Dio un trago de Coca-cola y agradeció el frío de la lata en los dedos. Hacía mucho calor en ese cuarto, debían de haber graduado la calefacción al máximo. Pleno invierno, un día de perros, con viento y rachas de aguanieve y a bajo cero… Tanta gente enferma, alguna incluso *muy enferma*, repartida por esos dos edificios de pasillos encendidos día y noche y ascensores enormes y montacargas chirriantes, y entremedias de todo ese cuadro, Ela… Ela que había empeorado de súbito y sufrido un al menos ya dominado episodio de crisis convulsiva que precipitó los acontecimientos, ya no era posible esperar reabsorciones espontáneas o inducidas por medicación y sueros intravenosos. Podía morir en cualquier instante sobre la mesa de quirófano o al salir de éste, el riesgo de una subsiguiente hemorragia fatal era enorme incluso si tenían éxito con el drenaje, se repitió, impresionado. Consultó su reloj y comprobó que llevaban muy poco tiempo ahí dentro. El enfermero que les informó de que la operación era inminente, tras el revuelo organizado en los pasillos, cuando vieron cómo la sacaban de la UCI a toda prisa («dejen paso, no pueden quedarse aquí», Álvaro comenzó a chillar histérico y tuvo prácticamente que reducirlo, aferrándolo con todas sus fuerzas), se había mostrado muy evasivo cuando le preguntó sobre la tardanza de la «intervención». «No podemos asegurar nada a priori», dijo. Tampoco quiso pronunciarse acerca de posibles daños cerebrales en parecidas circunstancias. «Esas explicaciones les competen a la doctora Palacios y a los miembros de su equipo, se las darán oportunamente, estén tranquilos por ese lado y ahora, por favor, acompáñenme a la sala de espera».

Ya antes de ese horror, Ela, que había perdido casi diez kilos después de la inesperada muerte del bebé, de su Román, parecía *ausente*. Tras su baja laboral, salía muy poco de casa y evitaba ver a nadie, se había ido convirtiendo en una especie de reclusa, y aunque se tomaba los antidepresivos, se negaba a acudir a un psiquiatra.

Había discutido a ese respecto varias veces con su hermano, quien tampoco se dejaba ayudar y se mostraba inflexible, cerril. «Ningún psiquiatra va a devolvernos a nuestro hijo, a curarnos la herida, no sigas insistiendo, deja de entrometerte», se ofuscaba con dureza insólita en él, que acostumbraba escuchar sus opiniones y argumentos con paciente interés.

En los últimos meses, Álvaro se le había vuelto un extraño de gesto hosco y amarga agresividad latente. Le costaba reconocer a su dúctil hermano menor en el hombre ceñudo y tenso («ese nerviosismo enloquecido a punto de estallar», pensó en más de una ocasión) que en el trabajo contestaba con malhumorados monosílabos y nada más terminar salía disparado hacia su casa sin una palabra de despedida. Al principio achacó esas prisas, esa urgencia, a la lógica preocupación por el desmorone de su mujer y a su necesidad de estar el mayor tiempo posible con ella, pero últimamente había presentido que se trataba de algo muy distinto. Algo peor y casi enfermizo, había más obsesión que solicitud en su comportamiento. En esas continuas llamadas telefónicas, en ese frenético correr a su lado, en ese desvelo ansioso por que nadie se inmiscuyera, se *acercara* demasiado a ellos dos con su drama reciente a cuestas. «Se portaba como un guardián… como si fuera una especie de *celador*», comprendió de pronto. Al pensarlo, sintió un ramalazo de frío por todo el cuerpo. Frío y miedo, el miedo de la sospecha que, ahora lo entendía, duraba ya mucho, amordazada en su interior.

Él debió de temer que Ela… La propia Sofía comentó, tras la última y forzada visita a su casa, que «nadie en su sano juicio daría ahora mismo nada por esta pareja». Aquella tarde se fueron enseguida del luminoso piso antiguo que su cuñada, entusiasta de rastros y almonedas, dispuso con tanta ilusión tras la compra feliz e impulsiva (si apenas negociaron, «hay que joderse, parece mentira que seas del ramo», le amonestó a Álvaro) al principio del embarazo. La atmósfera era opresiva y hablaban entre sí con murmullos incómodos. Las plantas del mirador acristalado que enamoró a Ela agonizaban, descuidadas y sedientas en sus jardineras, y el excelente malta servido por su hermano, con adustez y expresión de «bebéoslo deprisa», le supo ácido. Sofía trataba de enderezar la tarde, tan penosa, contándoles de la villa en la Toscana que proyectaban alquilar en agosto entre varios amigos; «tenéis que venir, allí empezaréis a recuperaros y os vendrá muy bien», insistía. Álvaro no la escuchaba, devoraba a Ela con quietos ojos de alucinado y él la miraba también, febril y con dolorosas punzadas en las sienes. Su cuñada se había maquillado en exceso y le resultaba extraño porque ella, al revés que

Sofía, casi nunca se pintaba. Recostada en la butaca roja, de espaldas a la luz, tenía una flojedad de muñeca triste y olvidada en un cajón. No les ofrecieron quedarse a cenar y se alegró de marcharse, de abandonar aquel silencio malsano y creciente de entredichos. Ya en la calle se preguntó, lleno de inquietud, si no estarían esos dos perdiendo poco a poco el juicio allí dentro, encerrados medio a oscuras con su pena. Pero al minuto desechó la idea por melodramática y cuando Sofía empezó a barruntar «claros indicios de crisis», se limitó a replicarle: «prefieren estar solos, no le demos más vueltas».

Sin embargo, y de modo más o menos consciente, él sí había seguido «dándole vueltas» a su instintiva, y a duras penas acallada, sensación de malestar.

Álvaro temía que Ela lo abandonase, volvió a decirse.

Y lo había hecho, estaba totalmente seguro. Tomó aquel desgraciado autobús hacia Madrid porque ya no aguantaba más la situación, ya no soportaba la vida junto a su hermano.

Una explicación plausible. De no ser porque se le antojaba inverosímil que Ela *huyese* de su casa y de la relación con su marido de esa manera tan… folletinesca; con peleas o no de por medio, la gente no se separaba así en el siglo veintiuno. En circunstancias normales, primero se planteaban las cosas y luego se acudía a un despacho de abogados. Gracias a la nueva ley de los socialistas, en sólo tres meses y con muy pocos trámites se obtenía el divorcio con suma rapidez y….

En *circunstancias normales*.

Ésa era la cuestión, ahí radicaba la diferencia. La completa y abismal diferencia.

Pero no, no era posible, se negaba, con todas sus fuerzas quería seguir negándose a creer que Álvaro… Su hermano pequeño que ahora lloraba ruidosamente, con la cara oculta entre los dedos. Y Sofía que lo abrazaba, en vano trataba de consolarlo mientras su madre se agitaba, nerviosa, en el asiento de enfrente y decía, con poca o ninguna convicción: «ya, ya, valor y ánimo, hay que tener fe, hijo, piensa que en el fondo Ela es una chica fuerte».

Una chica fuerte. Fuerte y «valiente», añadía ahora su madre, sin levantarse de su asiento, al hablar le temblaban la barbilla y la boca rodeada de finas arrugas. Se le había descorrido la discreta pintura labial y de pronto, y bajo aquella luz cruda de fluorescentes, pareció mucho más vieja. La grotesca caricatura de una intimidada niña con disfraz de serio foulard al cuello y zapatos y bolso perfectamente conjuntados, a quien la edad le hubiera caído encima de súbito, con celeridad de maleficio.

Los labios y el rostro de Ela de esa última tarde le volvieron a la mente a la vez que lo acometía una arcada. Exagerada y profusamente pintados… *Anómalamente* maquillados.

Hematomas, había dicho ese médico, hematomas en brazos y piernas, caderas y espalda, que nada tienen que ver con el accidente, son más antiguos, se ve por su coloración. Había oído sus palabras con toda claridad, la puerta estaba entreabierta y él aguardaba la salida de Álvaro junto al dintel. Cargaba con sus dos abrigos como antaño cargó con tantas otras cosas… con objetos y actos propios y ajenos, con castigos, decisiones y culpas que se echaba de motu proprio sobre sí, sin dilación ni preguntas, sin esperar nada a cambio, agradecimientos o recompensas, porque era el mayor y *tenía* que proteger al pequeño del desafecto y la inquina incomprensibles, del, «basta de mentiras», *desamor* de la madre que hablaba atropellada de tilas y tranquilizantes y rebuscaba en su bolso. «Nada, que me he dejado los lexatines en mi mesilla, si es que cuando me avisasteis estaba por acercarme a la peluquería a pedir cita y claro, ya me vine corriendo aquí sin pasar por casa». Meneaba la cabeza y lo llamaba, «Adrián, hijo», y también Sofía lo urgía, Sofía mirándolo con ojos de reproche.

—Pero no ves lo deshecho que está tu hermano, hombre, busca a alguna enfermera para que le den algo, que se va a poner malo.

Cuando habló, el timbre de su voz le sonó distinto, a ejercicio de ventrílocuo novato.

—Vamos, Álvaro, cálmate, nos estás asustando.

Qué ganas de gritar… De empezar a gritar y no parar.

Y enseguida:

—Llamad vosotras a una enfermera, yo tampoco me encuentro bien. Bajo a airearme y a fumar un pitillo en la puerta, necesito estar… estar un momento a solas. Si ocurre algo entretanto, me avisáis al móvil. Os prometo que no tardaré, subo en diez minutos.

Escuchó detrás de sí el bufido encolerizado de su madre, «hombres, pedazo de inútiles», el asombrado y ligeramente resentido «pero Adrián, oye» de su mujer, y no hizo caso. Allá ellas con sus diatribas, que pensaran lo que quisieran de su reacción, le daba igual, necesitaba salir de allí de inmediato o vomitaría. Mientras se alejaba a grandes zancadas por el pasillo le pareció que su hermano había dejado de sollozar y tampoco eso le importó. No se sentía capaz en ese instante de mirar a Álvaro a la cara.

Maltratador.

La palabra golpeó su mente como una pedrada. Delante del ascensor, estuvo a punto de tambalearse. Se ahogaba, le costaba respirar y las manos le temblaban. Álvaro se había convertido

exactamente en eso, en un maltratador. Era evidente y él no se percató o prefirió no percatarse de las señales, cómo pudo estar tan ciego. Tan ciego y mirando para otra parte, timorato y… acobardado.

—¿Se encuentra bien? Oiga, está usted muy pálido, debería verlo un médico.

Una mujer robusta, a su vera… Lo asía del brazo y lo observaba con inquietud por detrás de sus lentes bifocales.

Hizo un esfuerzo por reponerse, por esbozar una desvaída sonrisa.

—Gracias, no se preocupe, son sólo nervios. Operan a un familiar, comprende. Tomar un poco el aire me vendrá bien.

Se metió las manos en los bolsillos bajo la mirada dubitativa de la mujer.

—Ya se me pasa, de verdad, muchas gracias.

Lo alivió que el ascensor subiera lleno y que en la planta inferior entrara asimismo mucha gente, todos esos rostros agolpados a su alrededor mitigaban un poco la abrumadora ansiedad y lo ayudaban a recomponerse.

Tenía que obligarse a pensar con claridad, se dijo al salir y cruzar el vestíbulo atestado. En cualquier caso, lo primordial era Ela, que en ese instante se debatía entre la vida y la muerte.

Pero y si existiese la posibilidad de que estuviera equivocado, a fin de cuentas se trataba de una… una sospecha terrible acerca de su propio hermano. De una acusación monstruosa, grave como ninguna. Si resultaba infundada, lamentaría incluso haberla colegido.

Fuera nevaba con mayor crudeza y agradeció los acariciadores copos sobre el rostro mientras buscaba mechero y cajetilla en los bolsillos de la americana. Se había dejado arriba el abrigo, pero aunque tiritaba un poco, le reconfortaba respirar a pleno pulmón las rachas de aire helado y húmedo soplando hacia el mar.

No, no se equivocaba, por desgracia, se reiteró al inhalar la primera bocanada del cigarrillo.

Ese neurocirujano se había referido a hematomas antiguos y él recordaba ahora el collarín al cuello, el brazo en cabestrillo y el rostro tumefacto de Ela bajo las gafas oscuras durante el funeral del niño. Una lamentable «caída en la ducha por culpa del atontamiento producido por los calmantes», explicó entonces Álvaro, que en el despacho de ese mismo médico volvió a mencionar el abuso de tranquilizantes y las frecuentes «caídas», si él no estaba «cerca» y vigilante… Caídas. ¿Acaso no era ése el término más empleado por las atemorizadas y avergonzadas víctimas de maltrato para disfrazar, esconder su situación de oprobio y pánico?

¿Y cuánto tiempo llevaría durando esa situación? ¿Sería posible

que, incluso *antes* del funeral del pequeño Román, Álvaro le hubiese…?

Le hubiese *pegado* a Ela. A una Ela debilitada por la muerte de su hijo. A una mujer sumida, *caída*, en la más violenta depresión.

Era imposible. Impensable de todo punto que ya entonces, en esos atroces momentos, su hermano cruzase semejante línea y que después. Después.

«Cobarde hijo de puta», insultó en voz alta. Lo embargaba una ira sorda, hirviente.

Arrojó la colilla al suelo y la pisoteó tres, cuatro, cinco veces, como si estuviera propinándole patadas y puntapiés a *él*, a su hermano a quien las mujeres, y antes las niñas, se giraban a mirar de continuo por la calle, por todas partes, con admiración casi asustada porque era tan guapo, tan increíblemente guapo. Tan «perfecto». Hubiera podido envanecerse, «creérselo», desde luego, cualquier otro en su lugar lo hubiera hecho aun sin desearlo ni darse cuenta, pero el engreimiento casaba mal con la simpatía y el encanto algo superficiales y en absoluto competitivos de Álvaro. Su hermano carecía de verdaderas ambiciones, de ideas u opiniones claras a las que aferrarse, de vocaciones y objetivos concretos por los que luchar porque muy al fondo de sí detestaba llamar la atención y verse obligado a elegir y a decantarse. Su temperamento era en cierta manera el de un espectador que mira pasar la vida y se contenta con disfrutarla de lejos, sin arriesgadas implicaciones ni profundos costes.

«Ela es estupenda, no te la mereces, bandido —le había dicho con afecto al poco de conocerla—; ah, y olvídate de las tonterías de mamá, tú preocúpate de conservarla, que hasta ahora ninguna te ha durado más de un trimestre». No recordaba haberse cruzado con ella en La reina del mundo, la tienda y sastrería de disfraces de su familia que tanto le gustaba y cuyo hondo y amplio local del antiguo barrio de pescadores del puerto sobrevivía ahora malamente, reconvertido en anodina *boutique* de ropa y artículos infantiles. Se apenó mucho al enterarse de su desaparición tras la muerte del «Portugués» porque a él, a diferencia de Álvaro, le encantaban los carnavales, las mascaradas, el ilusionado disfrute de empezar a ser otro mediante la simple prueba de un traje de fantasía cortado a medida. De niño y de no tan niño, el «Portugués», con su eterna cinta métrica amarilla entre los dedos y las redondas gafas de concha resbalándole sobre el puente afilado de la nariz, se le antojaba una suerte de mago, el ser más misterioso, cautivador e incitante del mundo. Su hija, que por lo visto fue condiscípula de Álvaro en el instituto público al que lo mandaron tras su expulsión del Hispano-Alemán (si ambos fueron amigos por esa

época, tampoco a ella la recordaba de entonces, no la identificaba, ni lograba individualizarla de entre el tropel de chicas que rodeaban a su hermano como elenco agitado y entusiasta), heredó de él sus ojos de claridad asombrosa, la elegancia y delicadeza profundas de su cortesía algo trasnochada. De hecho, al fijar por primera vez su mirada en la suya, lo había conmovido la imprecisa, pero poderosa sensación de regresar a olvidadas emociones antiguas, exclusivas de los días en que nada se perfilaba aún por la sofocante mira estrecha del porvenir, inimaginable y tan remoto. Aquellos expectantes días en que fue posible imaginarse otro y muchos… Y así, al trasluz de esa mirada, la de la novia de su hermano, era otra la que lo calibraba de nuevo con divertida paciencia. Al verla, recordó el influjo magnético de las palabras de acento dulcemente extranjero: «y bien, muchacho, qué tienes pensado, *quién* te apetece ser en esta ocasión». Al imaginativo sastre de las ilusiones le había gustado escucharlo, comprendió muy pronto, porque al revés que tantos clientes de pedidos predecibles y apresurados, según la moda de temporadas cinematográficas o de videojuegos (los Darth Vader, las princesas Leia, los Indiana Jones, las Lara Croft), él se tomaba «realmente» su tiempo para decidir. Se dejaba aconsejar mientras se explayaba sobre lecturas recientes, sus motivos para escoger tal o cual personaje, famoso o no. No le importaba si los demás desistían al minuto de reconocer («pero tú de qué vas, de qué te disfrazaste»), año tras año en los bailes infantiles y juveniles del Casino, quién revivía a través de sus atuendos sucesivos; el duro Cromwell, el irónico Yáñez, el Golem praguense, Lord Byron, el volátil Fanfan la Tulipe, Saint-Exupéry, el valiente general Leclerc, el caprichoso príncipe Yusupov de los pasteles y el vino envenados, la pistolita oculta y la daga con empuñadura de piedras más rojas que la sangre del taimado Rasputín.

Álvaro y la hija única del «Portugués»… Adela, Ela, cuyos ojos eran casi idénticos a los del hombre que en su primera visita de tanteo y encargo le mostraba, yuxtaponiéndolos y palpándolos sin prisa, los diversos cortes de tejidos. «Estas telas conjuntarían bien para la idea que tienes en mente, pero se me ocurre que podríamos añadir en cuello, puños y hombros, unas tiras de pieles de conejo, mero detalle, pero bien teñidas pasarán por armiño, y en esos detalles radica el éxito de una prenda», aseguraba. Tomaba un lápiz de mina gruesa y corregía, atento y veloz, el boceto que estuvo dibujando mientras lo escuchaba divagar. Era bonito ese azar reuniéndolos al cabo de los años… le gustaba sobremanera que Álvaro se hubiera encandilado tantísimo con la hija de su admirado «Portugués».

De todos modos, le había sorprendido un poco su enamoramiento

de esa chica tímida de apariencia tan «corriente». La propia Sofía era mucho más llamativa y se ajustaba mejor al estilo de las innumerables mujeres que habían desfilado en monótona sucesión por la vida de su hermano hasta su vuelta de aquel viaje de trabajo a Berlín, de donde regresó «transformado» por la tardía, reveladora experiencia del amor. Si había alguien que podía «elegir» mujeres, ése era Álvaro, pensó entonces, recordando cómo al principio de su relación con Sofía tardó en presentársela, temeroso de que ella ya sólo tuviera ojos para su guapísimo hermanito porque ¿acaso no sucedía siempre lo mismo desde que tuvo uso de razón? Siempre lo mismo, era invariable. En los cumpleaños y meriendas infantiles y en los botellones y fiestas de la adolescencia y la juventud, llegaban los dos juntos a cualquier sitio y la presencia de Álvaro eclipsaba de inmediato, y sin remedio, la suya. Sí, Álvaro el hipnotizador podía escoger a quien le viniese en gana, se había dicho entonces, tras saludar a la bonita y callada Ela, y enseguida reprimió, horrorizado, semejante pensamiento que lo avergonzó por sórdido y mezquino. Entre ellos dos, «el *listo* y *el guapo*, qué poco originales fueron nuestros padres en su atenerse al pie de la letra al previsible reparto de papeles», nunca planeó la envidia. A su hermano y a esa chica se les veía realmente enamorados y él se alegró, cómo no iba a alegrarse si desde que lo alcanzaba la memoria intuía la infelicidad subyacente tras la airosa fachada, la frívola máscara de Álvaro el inconstante. Álvaro el vago, Álvaro el débil y coleccionista de suspensos y conquistas, al que siempre se empeñó absurdamente en proteger de sí mismo, del agobio admirativo de los demás, de las demoledoras, rapaces críticas de la madre, exigente y nunca satisfecha. También de adultos había continuado haciéndolo, llevaba meses esmerándose en ocultarle a Álvaro la verdadera y catrastrófica situación tras la crisis de la vieja inmobiliaria familiar. De la empresa que él detestaba en secreto (a veces se permitía soñar con su cierre definitivo, con empezar de nuevo en cualquier otro trabajo menos frustrante). Su padre, quien en su isla natal había adquirido mucha experiencia en el sector, la revitalizó tras su boda con Matilde Urondo, la arruinada propietaria que nada entendía del negocio…

«Ya no conozco a mi hermano, quizá nunca lo conocí», se estremeció.

Si sus sospechas eran ciertas, y estaba por completo seguro de que lo eran, ¿cómo *pudo* llegar el bueno de Álvaro a convertirse en eso? En un ignominioso maltratador, él, tan dúctil, amable y lleno de encanto.

Tan enamorado de Ela. Tan desbordada e inequívocamente feliz cuando se casó con ella.

Y cuando supo que iban a tener un hijo.

Le había telefoneado, un poco borracho, desde el restaurante donde los dos celebraban la noticia, y él los felicitó contento, como luego lo hizo Sofía, aunque después la sintiera llorar a solas, encerrada en su vestidor. Una semana antes acababa de fracasar su segundo intento de concepción in vitro y todavía no se lo habían contado a nadie, era muy puntillosa al respecto y él no dejaba de culpabilizarse a su pesar, por mucho que ella le insistiera en que hacerlo era machista, propio de idiotas e ignorantes consumados. Aun así, antes de dormirse, no había podido evitar decirle, quejosa y con los ojos enrojecidos: «qué suerte tienen algunos, Adri, no llevan ni dos años juntos, y Ela ya está embarazada».

Nada, ni la muerte de Román ni ninguna otra desgracia, ningún trauma, justificarían jamás ese comportamiento, esa horrenda *metamorfosis*, se soliviantó.

Paulatinamente empapado bajo la nieve que ahora aminoraba y se transformaba en aguanieve, miraba sin ver el tráfico de las calles con transeúntes escasos por las aceras resbaladizas. Y los coches aparcados en doble fila y a la derecha del hospital, el jardincillo de rosales y bojes, con su área infantil de juegos y sus recortados setos de formas caprichosas —conejos, corazones, gatos de perfil y un único gallo de altiva y desproporcionada cresta— cuajados de blanco.

No había excusas. Y mientras se lo repetía, recordó que algunas veces le había parecido columbrar en Álvaro, mucho antes del embarazo de Ela, ciertas actitudes, vaga pero extrañamente posesivas. Algunos gestos y expresiones de recelo que… ¿sería paranoia suya acordarse ahora de que entonces creyó percibir cierta renuencia a compartir momentos, a «quedar» los cuatro, por ejemplo, algún que otro fin de semana?

«Es como si la hubiese querido sólo para sí, *suya y sólo suya*», se dijo, desconcertado. Y rememoró aquella única vez, eran todavía muy niños, Álvaro debía de estar aún en el *kindergarten*, en que su hermano pequeño se arrojó sobre él, histérico y lívido de cólera, y le pegó. A causa de un juguete. Un juguete (¿quizás un avioncito a escala?, no, seguro que no, había empezado a coleccionarlos tras cumplir los siete) que su memoria no conseguía rescatar.

Porque había que pedírselos *prestados*, sus juguetes, recordó. Era un niño generoso, de excelente carácter y cedía sus cosas de muy buena voluntad, pero únicamente si se le pedía permiso. Disperso y desordenado, llevaba, sin embargo, en su interior la cuenta exacta de todo aquello que le *pertenecía*. Como si dudara de haber llegado realmente a tenerlo y temiera que se lo arrebataran.

Estaba exagerando, por supuesto, perdiéndose en tonterías y en

vacuos análisis de aprendiz de psicólogo, todos los niños defendían sus juguetes y peleaban a esas edades por lo que su aún indómito sentido de la propiedad consideraba suyo. Era absurdo retrotraerse tan lejos en busca de incipientes suspicacias, de indicios de posesividad futura y anómala. Absurdo e incluso dañino, porque nada podría explicar, ni mucho menos justificar, semejante aberración, volvió a decirse.

Aun así, era tan difícil creer y *aceptar* que Álvaro…

La blackberry vibró en su bolsillo, sobresaltándolo. La sacó con dedos rígidos y helados y soltó un suspiro de alivio al comprobar que se trataba de un mensaje de su padre. Pedía que se le tuviera al corriente de la «situación» hasta su llegada en un vuelo del viernes por la mañana. Decidió llamarle después, no le apetecía en ese momento, y en su calamitoso estado de ánimo, enredarse en profusas explicaciones.

Desistió de fumarse un segundo cigarrillo y se encaminó al vestíbulo, ya era hora de volver a subir, si continuaba ahí, parado y a cuerpo bajo el viento y el aguanieve, corría el riesgo de atrapar una pulmonía. Y no, no era el momento de ponerse enfermo y dejar que Sofía cargase con todo.

«Si Ela sale adelante, si sobrevive a la operación de drenaje y despierta del coma, le pediré que venga una temporada a recuperarse a nuestra casa», se dijo mientras empujaba la puerta del hospital. Lo consultaría antes con Sofía, pero estaba convencido de que ella no iba a oponerse. Era bondadosa y hospitalaria y le tenía mucho cariño a su cuñada.

Claro que en algún momento tendría que decirle la verdad acerca de sus sospechas. De su certeza devastadora, insoportable.

Y antes, tendría por fuerza que hablar con Álvaro.

Al pensarlo, sintió cómo se le encendía el rostro, y no por culpa de la fuerte calefacción del vestíbulo.

Hablar con Álvaro y dejar las cosas muy claras.

Y pedir al juzgado una orden de alejamiento.

La sangre le latía dolorosamente en las sienes y notó una molesta vibración en el párpado izquierdo.

Y al dirigirse a la hilera de ascensores, ante los que se apiñaban corros de gentes con paraguas que se quejaban entre sí de los atascos causados por la nevada, se preguntó cómo iba a ser capaz de denunciar a su propio hermano.

De llamar al 016.

De entrar en una comisaría y denunciar a Álvaro.

La mera idea le provocaba escalofríos y le desacompasaba el pulso.

—… Pero si llevan más de tres cuartos de hora ahí dentro, ¿no puede decirme por lo menos si va todo bien?

—Se lo explicarán en cuanto les sea posible, de verdad, yo no puedo contarles más, no sé nada. Tranquilícense, por favor, y aguarden a que les informen los cirujanos. Entretanto, ya verá que a su hermano le va a ir haciendo efecto enseguida el calmante. Tienen que esperar.

—Mi cuñado —corrigió, de pronto muy cansada.

El ATS asintió e hizo un gesto vago de despedida al alejarse pasillo adelante.

«Se veía venir otra desgracia, las desdichas nunca vienen solas —pensó, y al segundo se recriminó—; qué absurdo, menuda idiotez, quién hubiera podido imaginarse, adivinar algo así». Lo único cierto era que ninguno de los dos conseguía superar la pérdida del pequeño, nada extraño, en su caso, ella se hubiera hundido sin remedio. Y recordó con una punzada de culpa y remordimiento el conato de envidia sentido al enterarse del embarazo de Ela. Le había costado dominar su impresión de injusticia vital durante aquellos meses en que miraba crecer el vientre de su cuñada y salía de compras para el bebé, conjuntos de primera y segunda puestas, de colores vivos y marcas caras, y juguetes, muchos juguetes diversos. Gastaba compulsiva y frenéticamente hasta que Álvaro le dijo con dulzura: «ya basta, Sofi, guapa, a este paso, no nos quedará sitio en los armarios, no ves que no le va a dar tiempo a ponerse toda esa montaña de ropa, si se le van a quedar chicos la mitad de los peleles antes de estrenarlos».

Era espantoso rememorarlo allí, apoyada en la pared de ese pasillo de hospital. Y acordarse también de su intensa emoción al tomar en brazos al bebé en el cuarto de aquella otra clínica. Era tan suave y tan bonito, con sus pestañas doradas y largas y la diminuta boca levemente fruncida… Y ella ya no notaba ni rastro de aquella envidia extraña y malsana que la atosigó durante meses, sorprendiéndola, porque nunca antes había experimentado tales virulencias, sus tres hermanos y sus cinco primos de Ponferrada tenían hijos de varias edades, mayores y pequeños, y cada una de esas gestaciones la había llenado de alegría. Fue un alivio descubrir que el rastrero sentimiento había desaparecido, sustituido por la cálida y desarmada felicidad que sintió al coger al niño y arrullarlo.

«Se parece a ti, es clavadito. Cuando crezca, Román será tu viva imagen», le había dicho a Álvaro.

Era imposible, de todo punto imposible, que unos padres pudiesen

«superar» semejante pérdida. Sin duda, ella lo comprendía mejor que nadie, pero aun así le irritó que se negasen a buscar ayuda de tipo profesional, que se empecinasen en recluirse con su dolor y su desesperación en el piso de dormitorio infantil cerrado con llave. No se había atrevido a aconsejarles que se desprendiesen de los muebles, de la cuna balancín, del cambiador y los juguetes, ordenados pulcra y obstinadamente en su sitio ya sin dueño.

Cuánto tardaba Adrián… Vaya ocurrencia la suya, eso de salir escopetado y sin abrigo con ese frío, seguro que pillaba un catarro monumental. Era propenso a la gripe y en las últimas semanas lo había visto muy cansado, con permanente cara de preocupación y ojeras de no dormir. El negocio inmobiliario iba mal, muy mal, en realidad, y ahora, para colmo, ese horrible accidente de Ela. ¿Qué tendría pensado hacer ella en Madrid? Tal vez pasar unos días fuera de la dolorosa rutina y a solas consigo misma en una ciudad que no era la suya le hubiese venido bien, de no intervenir la peor de las suertes, podría haber «remontado» un poco, haber recobrado algunas fuerzas. Esas fuerzas que en ese momento y en semejante trance necesitaba con urgencia.

Debe de ser horrible no tener familia, se dijo estremecida. Ni padre ni madre, ni hermanos, ni tíos ni primos, porque nunca, ni de niña, llegó a tratarse con sus parientes maternos, esos soberbios Punter de «mírame y no me toques». Ela sólo les tenía a ellos. Al marido destrozado, a la pareja de cuñados y a la suegra insoportable que, sin embargo, había terminado por cobrarle verdadero afecto. Más que a ella, en cualquier caso. No le fue difícil advertir desde el principio la feroz antipatía, la inquina celosa, subyacentes bajo su trato mesurado y cortés. Esa mujer tozuda e incomprensible era un auténtico disparate, la típica y tópica arpía dominadora. «Si Adri fuera hijo único, su madre se parecería a la de Norman Bates en *Psicosis*», así solía describirla entre risas a sus amigas. Desde que el marido se retiró al fin a su casa de Baleares («anda y que no les ha llevado tiempo, media vida, tomar la decisión de separarse», le había comentado asombrada a Adrián), Matilde Urondo estaba más tratable, eso sí. Menos agria y caprichosa, su hijo mayor ya no la tenía encima a todas horas, volviéndolo medio loco con sus manías y sus chantajes de tirana. A ella, crecida en una amplia, ruidosa familia de temperamento alegre y optimista, no le afectó en absoluto aquella animosidad. Se reía a carcajadas de los previsibles desplantes, las insidias, las encizañadoras críticas susurradas a su paso. «Una chica tan vistosa… claro que *demasiado* llamativa, no te parece, hijo. Mi querida Sofía, hoy estás muy guapa, más que de costumbre, aunque ese vestido

resulta algo atrevido, verdad, un rojo bonito, pero chillón, yo diría incluso que un pelín vulgar, y por otra parte, la hebilla de tus zapatos tiene un tamaño verdaderamente *excesivo*… en fin, es una pena que a tus años sigas vistiéndote como una adolescente de clase media baja». Ingeniándoselas, la muy zorra, como de costumbre, en recordarle el modesto origen de la pequeña, pero solvente fortuna de su padre, un jocoso y avispado ex camionero metido a dueño de agencia de transportes internacionales de quien ella se sentía muy próxima y orgullosa. No se molestaba en enfadarse, al revés que el apaciguador Adrián en algunas, pocas, ocasiones o Álvaro, siempre al quite contra las opiniones y el predicamento maternos, y dispuesto a defenderla, enfurecido. «Yo paso de vuestra madre —les insistía—, dejad de haceros mala sangre por sus comentarios y sus chorradas, que a mí me resbalan por completo». De todos modos, le había aliviado comprobar que su suegra no estaba enterada de sus ansias por quedarse embarazada. Seguro que se negaría a creer lo de los «espermatozoides vagos», menuda definición, de su favorito, y le achacaría a ella el problema, culpándola con la misma ciega irracionalidad con que culpaba de todo lo habido y por haber a su hijo menor, era increíble lo mal que se llevaba con Álvaro, a veces había llegado a pensar que ambos estaban muy cerca del odio mutuo. Y tampoco quería ni imaginarse su reacción cuando supiese que ella y su «queridísimo» Adrián proyectaban adoptar, a qué decírselo de momento, el proceso duraba años y terminarían viéndose, como tantos otros, impelidos a la adopción internacional. Dentro de España el asunto se revelaba demasiado complicado, algo que no lograba entender. ¿Por qué tanta traba burocrática, no estaban acaso repletos de huérfanos y críos abandonados los orfanatos españoles?

A pesar del vacío y la tristeza por su frustrada maternidad, días atrás se había echado a reír a solas en la cinta de correr del gimnasio, figurándose a su suegra («fijo que cree a pies juntillas en esas idioteces tipo *la voz de la sangre*, que esconde dentro de sí a una racista contumaz») ejerciendo de elegante abuela *occidental* de un niño de piel negra o una niña de ojos achinados y brillante pelo asiático.

Pero si Matilde Urondo sospechaba algo en ese sentido, nunca lo manifestó. La muerte de su único nieto la había anonadado. La «buena señora» de perfecta compostura y eterno autocontrol no era de hierro, después de todo, se dijo el mediodía de domingo en que se equivocó de puerta, entró de improviso en la salita que ella llamaba, decimonónica, «el gabinete», y la descubrió llorando sobre su costurero con un gorrito del bebé entre las manos. Arrepentida de inmediato por el malicioso pensamiento, la abrazó con sincera

compasión. Matilde Urondo, siempre dada a mantener las distancias y a rehuir el contacto físico más allá de los imprescindibles saludos de rigor, se había dejado consolar sin oponer resistencia. «No llegué a dárselo porque me salió demasiado grande, calculé mal y lo guardé para más adelante, pobrecito mi niño y pobrecita Ela», hipó sobre su hombro. Le acarició el pelo, conmovida por la repentina liviandad de su cuerpo tembloroso, cuánto había adelgazado en pocas semanas esa mujer de por sí ya delgadísima, que se derrumbaba sin ambages entre sus brazos, esa abuela reciente que ya no lo era y repetía, gimoteante: «ya no lo estrenará, no estrenará nada de nada, está muerto, muerto, es horrible».

Empezaba a dolerle la cabeza. Acusaba el cansancio de meses enteros de reuniones y trabajo extenuante hasta bien entrada la noche en la agencia publicitaria donde al fin, tras el ascenso por el que con tanto denuedo luchó meses atrás y que ahora se le figuraba objetivo intrascendente, llevaba el control de cuentas importantes. «Valiente batalla ridícula de tiburones uniformados de Armani y Gucci y su puta madre, si la meta es venderle más y mejor a la gente coches, refrescos y mayonesas, total, el día menos pensado sales de tu casa y ya no vuelves, un choque, un fallo de frenos, una maceta o un pedazo de cornisa cayéndote sobre la nuca, y te conviertes en la Bella Durmiente, es todo tan fortuito, tan incontrolable». Esa cobra secretamente misógina de Alberto Gómiz aprovecharía su ausencia de la reunión con los directivos de la filial de seguros bancarios para tratar por enésima vez de jugársela, pero tampoco eso le importaba ya, luego de meses y meses de sorda rivalidad.

Tenía que regresar a la sala de espera, no era buena idea dejar mucho tiempo frente a frente a esos dos. Álvaro se había vuelto últimamente tan agresivo… desagradable, sí, incluso aunque no profiriese palabra. «Es como si en el fondo nos culpase a todos de lo ocurrido y nos odiase por ello», se estremeció.

Sería tan bueno poder dormirse ahí, de pie y en ese mismo instante… Y despertar al cabo de muchas, muchas horas y darse cuenta de que todo había sido un mal sueño. Que Román se agitaba en su cuna y ella le rozaba un puñito, inclinándose junto a Ela, Ela que le contaba de los cólicos por culpa de la dentición, y ayer una mala noche y anteayer también, pero «hoy me llamó mamá por primera vez». Su voz reiterando extasiada «lo ha dicho, me ha llamado mamá, no sabes qué emoción tan grande, he llorado como una tonta». Y la suya propia, festiva, «bueno, bueno, pues esto habrá que celebrarlo».

Si entornaba los ojos, quizás ocurriese, como en los cuentos…

Pero ya Adrián salía del ascensor y enfilaba pasillo adelante hacia

ella, con una expresión muy rara en el rostro demudado.

—Ha pasado algo, te han dicho algo malo —se alarmó.

—Nada, no sé nada o lo mismo que tú, acabo de subir.

Estaba lívido y empapado, observó. Pero no era frío lo que dejaban traslucir sus ojos enrojecidos.

—Volvamos a la sala, los he dejado un momento allí solos. Álvaro se ha tomado un tranquilizante, el pobre tuvo una especie de crisis nerviosa, pero tú te acababas de largar abajo a fumar, y a tomar este aire tan estupendo a bajo cero y sin abrigo, por cierto, mírate cómo vienes de calado, milagro será que no tengan que ingresarte a ti también de remate final. Supongo que estará mejor, porque al salir yo en busca de noticias, ya parecía bastante más calmado, de hecho por eso me atreví a…

—Me importa una mierda cómo esté Álvaro —la interrumpió su marido.

Lo miró boquiabierta.

—¿Qué coño te pasa, es que vamos a volvernos todos locos o qué?

Adrián apretó los labios. Nunca lo había visto tan enfadado, se dijo estupefacta. En ninguna de sus, por otra parte escasas, peleas le había conocido ese brillo airado en los ojos. Ni siquiera cuando cuatro años atrás estuvieron a punto de separarse, enredados en una crisis exasperante y en apariencia irresoluble. Tampoco la había mirado así ni en el instante en que escuchó de sus labios su reciente aventura con el último becario de la agencia, pobre Carlitos tiranizado de continuo por Gómiz, explotado por cuatro euros de miseria y falsas expectativas de continuidad y contrato por los socios Villar y Santos. Pobre muchacho con su estudiada perilla rubia, sus camisas rosas y sus tirantes y corbatines de fantasía, que sólo aspiraba a parecérseles, a convertirse en un trepa, un corsario ocurrente y desalmado como ellos. «Pero ya le di carpetazo al asunto», porfió entonces y enseguida le avergonzaron sus palabras. *Carpetazo al asunto*, ¿tanto le había influido el estilo de su contrincante Gómiz? ¿En qué clase de imbécil se estaba convirtiendo? Maldita publicidad, ¿qué fue, qué se hizo del tiempo en que la vida iba a ser otra cosa? La verdadera Vida con mayúsculas, y todos sus estímulos… Adrián asentía, sin percibir los verdaderos motivos de su desazón, relataba a su vez algún que otro devaneo, la besaba muy cerca de los labios y aseveraba que la quería y deseaba «volver a intentarlo». Justo después, ella respondió que de acuerdo. Y le dijo que quería tener un hijo. «Pues adelante, vamos por el niño», había sonreído él, desabrochándole la blusa con la lenta, sabia desenvoltura de los días en que se enamoraron y aprendieron a conocerse.

No, Adri jamás había tenido ese ceño reprobador, esa mirada tirante y hosca…

Pero no la miraba realmente a ella, comprendió de repente. Fijaba la vista a su través, como si su leve miopía de coqueto vergonzante que sólo se pone las gafas en el cine enfocara un objeto repulsivo.

—Tenemos que hablar, debo contarte algo muy serio, pero no ahora, ahora sólo importa Ela.

—Adrián, me estás asustando, ¿qué te pasa? ¿Hay algún problema con la inmobiliaria, has tenido, qué sé yo, una llamada, una mala noticia? ¿No le habrá pasado también algo malo a tu padre?

Le oprimió el brazo y él ladeó el rostro.

—Nada, no me hagas caso, estoy muy nervioso. Y sí, mi padre ha enviado un mensaje, se digna a llegar el viernes, supongo que hay que felicitarle por tamaña exhibición de solidaridad. Qué le iba a pasar a él, un auténtico experto en caer de pie. El viejo tiene la salud de un roble y el egoísmo de una carnívora, pero eso ya lo sabíamos, no es nada nuevo. Y de lo otro que te comentaba, mejor te cuento luego, lo hablamos después, cuando sepamos a qué atenernos.

—Como quieras, pero intenta serenarte, por favor, sólo falta que en esta situación pierdas tú también los nervios, porque no… no sabemos qué puede pasar. Y por favor, volvamos con ellos, ya sabes cómo son, si empiezan a discutir, la escena puede ser horrorosa.

Se le había suavizado la expresión. Y de pronto él, siempre tan pudoroso en público («en eso saliste a tu insufrible mamá», lo embromaba ella, si lo veía avergonzarse de sus carcajadas o lo escuchaba recriminarla por hablar demasiado alto), la estrechó contra sí y buscó su boca.

—Oye, tú no estás bien… pero que nada bien. Y para colmo me estás mojando, vaya idea, la de irte abajo en plan Gene Kelly en medio de este drama. ¿Vas a decirme, a resumirme o adelantarme un poco, al menos, algo de lo que te pasa?

Adrián le alisó los rizos por detrás de las orejas y sonrió, con aire de fatiga y abatimiento.

—A veces me avergüenzo de ser un hombre —dijo sorprendentemente.

Sofía suspiró, irritada. Le punzaba la espalda y se sentía tensa y extenuada.

—Joder, Adri, déjate de bromitas, no estoy de humor, ya pensarás en otro momento si quieres apuntarte a un programa de cambio de sexo, pero ahora deberíamos concentrarnos en lo verdaderamente importante. Contigo o sin ti, yo me vuelvo a la sala de espera.

—No es una broma —repuso él, muy bajito.

Y ella no lo oyó, se había soltado de su abrazo y avanzaba muy rápido por el corredor, la vio empujar la puerta de la sala de espera, entrar y cerrarla a sus espaldas, pero aún tardó varios minutos en decidirse a seguirla con pasos breves y abrumados, y tanta, tanta soledad dentro de sí.

Álvaro continuaba inmóvil, mantenía cerrados los ojos, quizás estuviera quedándose dormido a causa del Tranquimazín o simplemente se obstinaba en simularlo porque prefería no verla, no tener que intercambiar con ella vagos monosílabos, un forzado remedo de cortesía y banales frases de circunstancias. Era lo más probable y no lo culpaba. Poco antes había tratado de consolarlo con indudable torpeza y él ni siquiera se molestó en rechazarla. Se limitó a ignorar sus insustanciales comentarios de apoyo como si ella no estuviera allí o fuera invisible, era lógico y hubiera sido de necios ofenderse por ello, de ilusos esperar un comportamiento distinto. Las desgracias, pese a lo proclamado por gentes dadas a la vulgaridad de los lugares comunes y al sentimentalismo más zafio, no eliminaban por ensalmo enquistadas animosidades, no restablecían vínculos rotos demasiado tiempo atrás. Las «segundas oportunidades» ocurrían en los telefilmes dominicales, no en la vida. «Desde luego, no en nuestras vidas —apostilló para sí, y contempló a su hijo pequeño con fijeza desapasionada, igual que si lo observara desde una gran distancia—. Sin duda heredó de mí la funesta propensión al infortunio y la mala suerte», se apiadó.

Por vez primera en muchos años lograba mirar su rostro sin divisar en él los rasgos siempre superpuestos y odiados de su marido, Aloys Batlló Wagener. La antigua y tenaz aversión parecía haberse esfumado por completo y descubrirlo la llenaba de malestar, le infundía una tardía, desesperante nostalgia por lo que debió haber sido y ya no sería nunca. Nunca, nunca, nunca, musitó, entreabriendo apenas los labios y por un instante anheló con todas sus fuerzas que Álvaro pudiera asomarse a su mente y atender allí al arrepentido llamado de esa palabra irrevocable. En un chispazo volvió a verlo de recién nacido y a los pocos meses, acostado en su moisés, frente a las ventanas de par en par de la casona de los veranos con su fachada verde y la hilera de hortensias blancas en la veranda, antes de la puerta, entornada despacio y sin ruido un mediodía de junio en las oficinas de la inmobiliaria. *Chist, no hagas ruido, tú y yo vamos a darle una sorpresa a papá, lo buscamos en su trabajo y nos lo llevamos de picnic al claro de Monteagudo, que hoy va a estar muy buena y soleada la tarde, ayúdame a preparar la cesta, mete las servilletas, mira, así se doblan*. Un niño rubio de tres años y medio y mejillas aún redondeadas de bebé, que tiraba confiado de su mano y se alzaba de puntillas y ella, menuda y tímida, entonces le suponía un mundo saludar a los extraños y se ruborizaba por cualquier comentario. Estaba tan delgada que parecía mentira que ya hubiera tenido dos hijos, el mayor, Adrián, pasaba esa

semana su convalecencia de la varicela en la villa de la colina de los Vientos de su bisabuela, la avarienta viuda del primer Urondo que vigilaba su despensa bajo llave, y tenía fama de someter a sus criadas a las hambrunas de un régimen alimenticio de rigor casi penitenciario; lo llevaron allí enseguida, apenas surgieron las primeras marcas, por recomendación de su pediatra, el bueno del doctor Angulo, para que no los contagiase ni a ella, que no recordaba haberla padecido, ni al hermanito. Aquel día inolvidable llevaba puesto el vestido de cuello de blonda, el favorito de Aloys, quien se empeñaba en acompañarla de compras y terminaba eligiéndole entre bromas toda su ropa. Al principio, le halagó ese desmedido interés por su apariencia, cedía complaciente a los caprichos del antiguo y guapísimo empleado de su padre que ya antes de su matrimonio le envidiaban todas sus amigas y condiscípulas del Sagrado Corazón. Todavía, y al cabo de dos partos, le costaba creer que se hubiera fijado en ella, una chica reservada, melancólica (y traumatizada por *aquello*), de facciones correctas, aunque anodinas, y flaquísima y escurridiza figura sin apenas busto. Aún le maravillaba secretamente que un hombre con ese porte y ese rostro de actor de cine la hubiese elegido, pero empezaba a hartarse de sus manías vestimentarias, de su perenne gusto por las faldas escocesas de tirantes, las blusas de piqué, los vestidos aniñados, los zapatos planos de trabilla. «Pareces una cría —se extasiaba al verla con la cola de caballo que le encantaba—, una auténtica colegiala». Y en cambio torcía el gesto si se le ocurría enfundarse un traje sastre («odio esos conjuntos de profesionales *sabihondas*», apostrofaba desdeñoso), unas medias oscuras, unos simples pantalones. Aborrecía los tacones, los pijamas, los escotes y el maquillaje («los *fond de teint* y los lápices de ojos avejentan, no los necesitas, no son tu estilo, eso déjaselo a otras menos elegantes, tú preocúpate sólo de no engordar ni un gramo, princesita») con saña rigorista de puritano. Quién lo hubiera sospechado, se decía a veces con fastidio, cuando pasaba por delante de alguna peluquería y se imaginaba atreviéndose a radicales cambios de peinado. Qué harta estaba de la imagen que le mostraban los espejos, de no poder echarse ni una gota de perfume porque a él le horrorizaba sentirlo en su piel, olisquearlo en sus camisones de estampadas florecillas, y sólo consentía, *toleraba*, el uso mínimo de aguas de colonia muy diluidas y, sino, no se le acercaba, la rehuía a las noches y adoptaba desde por la mañana aquella expresión de silenciosa indiferencia que la acongojaba sobremanera, porque entonces estaba tan enamorada… Muy, muy enamorada («y cómo pude ser tan estúpida, Dios mío, ciega y tonta a más no poder»). Agradecida a cada momento por el mero hecho de tenerlo, de haber

sido elegida, y no precisamente por el menguante patrimonio familiar, como murmuraban a sus espaldas varias amigas que no eran tales y muchos de sus conocidos; qué sabían ellos ni nadie de la verdadera situación en su casa luego de *aquello* tan horroroso. Qué sabían de verdad acerca de los créditos impagados de la inmobiliaria yéndose a la ruina, hasta la llegada providencial de ese recién contratado vendedor medio alemán venido desde su Baleares natal, que en apenas tres meses se hizo con la jefatura y el control de la empresa agonizante, renegoció deudas y los salvó de la inminencia del caos. Aquel guapísimo y encantador experto (*ese hijo de puta redomado*) en compraventa de bienes raíces, que tan parco se mostraba sobre su pasado isleño y sus orígenes familiares y tan ducho fue a la hora de enderezar el desastre y darle un vuelco definitivo al negocio. Y entremedias, a su corazón de hija única que despierta a la pesadilla de las noches con el revivido fragor de la onda expansiva estallándole en la memoria. Se había quedado finalmente con casi todo, sí; y de ello se lamentaba, como previamente se quejó del «acoso» de la banca Zaldívar, desde que ésta dejó de concederle los créditos solicitados en nombre de las viejas relaciones de amistad, una y otra vez el inútil y egoísta de su padre, que tras la muerte de su mujer en el atentado de la cafetería, se jugó en los casinos hasta lo que nunca iba a tener. Pero qué le importaba eso a ella entonces.

Entonces. Antes de la puerta entornada sigilosamente, con su hijo menor de la mano, aquel fatídico mediodía de junio en que de nuevo el mundo estalló en pedazos llameantes ante sus ojos incrédulos…

Mejor hubiera sido plegarse a los egoístas deseos de su padre, que le suplicaba que no se casase *todavía* porque le atemorizaba quedarse solo. «Quién cuidará de mí, un pobre viudo y vencido por la desgracia, los males de la vida, a partir de ahora y en la vejez, Mati, hija mía, espera un poco aún, te lo ruego por la memoria de tu desdichada madre», gimoteaba apenas la oía descolgar el teléfono y citarse con él. Que sí, sí, que a las seis en punto en el cine Novedades, en el kiosco de la alameda, en la terraza La Perla del paseo marítimo, donde más le apeteciera (*al fin del mundo incluso*, pensaba), porque esa tarde no llovería. Su padre, que terminó sus días sumido en vegetativa demencia senil en un geriátrico de lúgubres jardines descuidados a las afueras de Finis, y antes se entregó al desaforado hábito de una tacañería impropia en quien hasta su viudez dilapidaba sin tiento, le instaba de continuo a no precipitar su compromiso (la simple palabra *boda* lo acobardaba de modo insensato), por razones espurias e interés sórdido y evidente, pero al cabo había tenido razón. Y ella había dispuesto de años y años, toda una vida, para lamentar su

empecinamiento, su encorajinada, inapelable decisión.

Pero antes de esa puerta abierta al horror, la abyección, la repugnancia y pena infinitos, hubo la sorpresa y el vértigo, el placentero parpadeo, el destello en esa mirada de inaudita transparencia. ¿Era posible, *real*, la existencia de un hombre así, tan *asombrosamente* guapo? Un hombre que además la observaba de forma extraña, como nunca nadie la había mirado, *calibrado*, antes. Como si reconociese algo sorprendente y exclusivo en ella, y ese «algo» le gustase mucho, muchísimo, y lo encandilara. La Bella y la Bestia, dos y legión maligna en uno, pensaría mucho después, cuando, vengativa y asqueada, se las ingenió para recuperarlo «todo» vía el refinado chantaje, la continua amenaza que la habían convertido al fin en una mujer insospechadamente rica, con secretas cuentas extranjeras e inversiones en paraísos fiscales de las que nadie, ni siquiera Adrián, tenía noticias.

—Buenos días, señorita Urondo, qué placer conocerla, saludarla en persona, hemos hablado en varias ocasiones por teléfono. Soy Aloys Batlló Wagener, nuevo jefe de ventas y promociones de su padre. Él ha tenido que salir a un asunto, pero no tardará en volver. Si le apetece, podríamos bajar a tomar un café entretanto.

Ésas fueron las primeras palabras que escuchó de sus labios, apenas la anunció la destemplada secretaria a punto de jubilarse a quien su madre tuvo tanta antipatía, la cancerbera, así solía describirla, mofándose de su lealtad impávida y perruna… Pero ya ella no veía nada ni nadie a su alrededor. Miraba hipnotizada al hombre alto y rubio que la tomaba, galante, del brazo y la guiaba hacia el ascensor hablándole del tiempo, qué tiempo, qué importaban climas y previsiones de temperaturas, chubascos o anticiclones, si le hormigueaban las piernas y una agradable y desconocida calidez le arrebolaba la cara y las manos y le amartelaba las sienes. «Cuando Sagrario la anunció y la vi entrar, creí que había entendido mal su apellido, que se trataba de una confusión, es usted tan joven, casi milagrosamente joven, por Dios, con su aspecto de niña».

«Parecía el príncipe de todos los cuentos, sólo que él se volvió rana, sapo y culebra, todo al revés, para siempre y sin remedio», se estremeció.

Miraba a su hijo, que continuaba en la misma pose aletargada y ajena, y ya no sentía aversión y recelo, sólo una oscura y sofocante piedad. «Debí separarme inmediatamente, echarlo a patadas, denunciarlo a la policía y presenciar cómo se lo llevaban esposado, pero en lugar de ello, de la vergüenza pública y el descrédito, elegí la venganza cotidiana, fui una cobarde y una insensata, casi tan

miserable como él, que quién sabe si allá en su refugio de la isla no habrá vuelto a las andadas, ahora los criminales de su calaña lo tienen fácil, les basta con un simple ordenador para sus inmundicias». Un mero billete de avión a ciertos destinos turísticos (pero, por fortuna, ya se ocupó ella de que no pudiera permitírselo) les aseguraba sin apenas riesgos a los tipejos como él un surtidísimo muestrario de indefensas criaturas. Para morirse de asco, y otra vez las náuseas en la boca del estómago, ese gusto a tiza y a cal en el paladar y los labios de repente muy secos.

Y aquella visión horrible, asquerosa, que ni en un milenio podría borrársele de la mente, aquella escena que el pequeño Álvaro y ella presenciaron de golpe y durante segundos, sin entender lo que sucedía bajo sus ojos.

Aquella niña, la hija del portero, que no tendría ni doce años cumplidos, sentada en sus rodillas con la falda de colegiala remangada y los ojos en blanco, y él con su mano entre sus piernas abiertas, morenas y flacas, en una esquina de la mesa de trabajo su cartera bien visible, y encima los tres billetes verdes desdoblados.

Gritó y gritó y soltó la mano del niño, de su hijo, y al instante la cría saltó al suelo, él ya se abotonaba a toda prisa la bragueta mientras la chica se lanzaba hacia la puerta, la empujaba al pasar a la carrera y desaparecía rellano adelante. Cálmate, Mati, deja que te explique, no te confundas, y se arrojó sobre él, golpeándolo con los puños, lo insultaba con palabras soeces que jamás antes se hubiera atrevido a pronunciar, pegándolo como una fiera herida y él sin defenderse, apartaba la cara desencajada nada más y lejos, muy lejos o muy cerca, cómo saberlo, lloraba a gritos un niño, quién. La hija del portero quizás. Vanessa, se llamaba Vanessa o Jessica o cualquier otro nombre por el estilo, pero no, no era ella, ella de quien presumían sus padres por sus buenas notas y lo lista y avispada que era, tiene mucho futuro nuestra chica, afirmaban orgullosos, y no, ese llanto desgarrador no era el suyo. Era el de su hijo pequeño de tres años y cinco meses, Álvaro sollozando en medio del despacho con las contraventanas cerradas, y la sola y estancada luz de la lamparilla de bronce y pantalla de vidrio verde alumbrándolos a todos.

Su hijo Álvaro que chillaba aterrorizado tapándose los ojos, la histeria lo desgañitaba, y ambos se quedaron inmóviles como maniquíes en una trastienda, a él le sangraban los arañazos de la cara como si acabara de levantarse de entre un montón de zarzales. Y ella con las manos aún en alto y mirando impotente al niño, que ahora se arrojaba al suelo convulsionándose por el llanto, el llanto interminable que no cesaba y se prolongó tanto rato, todo ese rato hasta que lo venció el sueño.

Fue tan fácil convencerlo al día siguiente y en casa de que se lo

había imaginado todo, de que mamá nunca llegó a pegar a papá. «Qué cosas se te ocurren, cielo, no digas tonterías, te pusiste malo y tuviste algún mal sueño, una pesadilla, si hasta vomitaste y te traje a casa todo perdido y con algo de fiebre, no lo pienses más, que ya estás bueno. No, ya no iremos de picnic, lo dejaremos para más adelante». Tan fácil inducirlo al olvido y envidiarle por ello, por tener sólo tres años y medio y despertarse cada mañana con la memoria limpia y el entendimiento de quien le teme a los brujos, los ogros de los cuentos, pero confía en la magia de las hadas, en la bondad dadivosa de los Reyes Magos y el ratón Pérez, en los misterios de los objetos cobrando vida en cualquier momento y en cualquier rincón.

Tan fácil alegrarse a su vez por haber dado a luz hijos en lugar de hijas. La inimaginable posibilidad de haber tenido hijas, *una hija*, continuaba, tantos años después, sumiéndola en el pavor y el tormento. ¿Acaso no anheló fervientemente mucho tiempo después que su nuera Ela alumbrase un niño, *que no tenga una niña, una niña no, por favor*, le rogaba al Dios lejano de su infancia?

Pobre Ela al borde de la muerte. Al principio, cuando la conoció, le asustó su aire aniñado y tímidamente discreto, era como redescubrirse a sí misma, a la que fue antaño, antes de la rabia de la amargura, del odio y el temeroso rencor, en otros rasgos y otra biografía, y la rechazó con inquina. Fingió despreciarla, desdeñar su modesto origen paterno, a pesar de que en su fuero interno siempre le tuvo auténtica simpatía al portugués de los disfraces; recordaba haber llevado a Adrián de pequeño a la sastrería, haber disfrutado de su felicidad al probarse el sombrero, los guantes de espadachín. El dueño de La reina del mundo, vaya nombre curioso y extravagante para un pequeño negocio y humilde taller de costura, los atendió con suma delicadeza, anotó y esbozó ideas en un cuaderno, dejó que el niño se tomara su tiempo en revisar los álbumes de patrones y a ella le ofreció un café insospechadamente bueno. «En el Viejo Mundo, portugueses e italianos somos los auténticos reyes del café», sonrió al escucharla alabar su sabor. Un hombre de rara elegancia, ese «Portugués», con mejor pinta, pese a su anodina condición, que muchos reputados notables de la ciudad. Transmitía una rara serenidad a la vez que cierta ensoñecida tristeza. Y pensar que mucho después, y en su primer encuentro a solas, se permitió insultar a su hija Adela ofreciéndole el señuelo de un cheque si plantaba de inmediato a Álvaro… Le avergonzaba recordarlo, tener que admitir que nunca llegó a pedirle excusas por su actitud de aquel día. Y le dolía, también, evocar su inicial sobresalto de entonces frente a aquella muchacha menuda de apariencia levemente frágil, que aguardaba su entrada de

pie en el gabinete. *Tan joven, tan milagrosamente joven, por Dios, con su aspecto de niña*, la maldita, perturbadora voz de Aloys volviendo del ayer al asalto de su mente. Acallarla, por encima de todo debía silenciarla, porque si no el asco y el temblor de manos, las náuseas incontrolables. Y ya pasaba, ya, y, entonces y en segundos, se dominó, saludó con fría y soberbia entereza a la chica con quien su botarate de hijo menor quería casarse y dijo: «hablemos». Y no, en realidad no se asemejaban en absoluto, no tardó en comprobarlo, porque apenas mencionó la posibilidad del cheque, la joven se levantó, llameantes de furia los ojos. Le soltó, cortante, dónde podía meterse su sucio dinero, la llamó vil, se marchó de un portazo sin despedirse, y desde luego ya no parecía desvalida. Una fugaz y absurda sensación de engañoso reconocimiento, de eso se trató, nada más, pero aun así, al principio, mientras le indicaba con un gesto que se sentase, desvió, llena de malestar, la vista de su interlocutora.

No quería ver a nadie capaz de recordarle cómo fue en otra época.

Cuando disfrutaba mimando y abrazando al hijo pequeño, tan guapo y parecido, un verdadero calco en miniatura, a su padre. Al hombre que amó con su entrega y su entusiasmo confiado de muchacha, porque ni remotamente hubiera podido sospechar que bajo sus cuidados modales y su asombrosa apostura de cuento celaba a un monstruo en su interior.

Durante su rápido noviazgo y en los primeros años de su matrimonio, Aloys tuvo un comportamiento tan amable, fue tan encantadora y exquisitamente detallista… Escuchándola siempre con suma atención, consolándola en retrospectiva cuando, aliviada, le detalló, a él y sólo a él, el traumático alcance de sus pesadillas. Con el resto, era incapaz de hablar del asunto, ni siquiera la destrozada tía Amelia, que a su salida de urgencias la cuidó en su casa hasta que estuvo en condiciones de regresar a Finis, consiguió que se explayara mínimamente sobre el impacto de lo ocurrido. Le habló, permitiéndose llorar por vez primera desde entonces, del rememorado espanto de aquella funesta tarde madrileña en que acompañó a mamá a su cita con la tía Amelia en aquella cafetería de la calle Goya, California 47, donde merendarían tortitas con nata y sirope de fresa y espumosos batidos de vainilla traídos en altas cocteleras metálicas. Ella quería pedir ya, de inmediato las consumiciones, al menos las bebidas, pero mamá le ordenó paciencia, la tía Amelia se retrasaba, como de costumbre. «Mi hermana es una impuntual crónica», suspiró mamá y ésas fueron las penúltimas palabras que escuchó de su boca porque la envió fuera, a cruzar la calle y ver si llegaba Amelia, doblando la esquina de su casa y parándose de paso en todos los

escaparates, con el aire complacido de quien dispone de todo el tiempo del mundo.

Había cruzado a la carrera, sin molestarse en subir hasta el semáforo, total, no venía ningún coche, estaban todos parados más arriba, en el cruce. Oteaba la calle, al acecho de la figura de la tía, y de pronto aquel ensordecedor estruendo de estampida, bum, y una especie de mano gigantesca izándola en vilo y lanzándola a volar por los aires. Más tarde, al despertar en la calzada rodeada de policías, bomberos y de sanitarios que subían y bajaban de ambulancias y le colocaban un collarín al cuello antes de tumbarla en la camilla, recordaría sólo la luz violentísima en los ojos mientras caía sobre la acera. «Un atentado terrorista —dijo alguien a su lado—, un bombazo tremendo, hijos de puta, qué cabrones», pero debió de leer esas palabras en sus labios, porque la explosión le había dejado momentáneamente sorda y no comprendía nada de lo sucedido, sólo que la tía no llegaba aún, y que mamá se quedó allí dentro, esperándola dentro de la cafetería que ya era sólo un inmenso boquete humeante.

«Tranquila, tranquila», recomendaron otras voces en el silencio de su cabeza cuando quiso llamarla; llamar a mamá y pedirle que saliera enseguida de allí y viniera a buscarla, el costado empezaba a dolerle y le escocía todo un lado de la cara. Y entonces el sueño, sólo el sueño demoledor y sin imágenes, en la fresca penumbra de la ambulancia alejándose en la tarde.

Nunca regresó a Madrid después del drama. Pensar en la capital le provocaba fuertes ataques de ansiedad, sudores fríos y picores en la palma de las manos.

Y ahora, la pobre Ela se medio moría por haber querido viajar allí, a la ciudad que hasta la muerte de mamá visitaba un par de veces al año. Casi siempre iban las dos solas, su padre las acompañaba en muy escasas ocasiones porque le tenía ojeriza a la tía Amelia, a la que tachaba con desprecio de novelera, fantasiosa pueril y afrancesada redicha.

«Madrid no nos ha traído suerte a ninguna de las dos, Ela», pensó descorazonada.

No recordaba que su nuera tuviese familiares ni relaciones allí. ¿Se habrían peleado ella y Álvaro? No sería de extrañar que estuviesen atravesando una crisis después de la inesperada, horrible muerte del niño. De todos modos, no cometería la imprudencia de preguntar. Con lo mal que se llevaban, Álvaro podría decirle muy justa, aunque groseramente, que se metiese en sus asuntos.

No había sido la mejor de las madres para su benjamín y lo sabía.

Tenía plena conciencia de lo injusto de su desapego, de lo insensato de su animadversión.

Pero ya era tarde, demasiado tarde para empezar de nuevo y además empezar el qué, menuda broma estúpida y feroz. Si se hubiera separado a tiempo, sin duda todo habría sido diferente. No se hubiera enterrado en vida, odiándose y reconcomiéndose a cada minuto, columbrando nuevas y más perfectas amenazas que susurrarle por las noches al oído al marido obligado a dormir en un sofá cama, montado tras un biombo en el vestidor. Le había sacado lo indecible, humillándolo y obligándole a trabajar e invertir sin descanso en su provecho, a poner a su nombre propiedades y cuantiosas sumas sin una palabra más alta que otra delante de sus allegados y conocidos, de sus hijos creciendo en medio de una desaforada, pero sofocada tensión que no entendían. Recuperó con creces el control y las ganancias de la inmobiliaria, y era como si durante todos esos años la tardía avaricia de su padre se hubiera ido infiltrando, larvada e inequívocamente, en su espíritu. Había terminado por tomarle gusto al silencioso crecer del dinero. No, por supuesto, al modo transparente y mezquino de su propia abuela paterna, la insufrible y taimada vieja casi centenaria cuyo mayor disfrute consistía en releer, ayudada de una lupa, sus extractos bancarios durante horas, y de quien se murmuraba que guardaba, escondida por los rincones de su casa con cubos bajo las goteras que se negaba a reparar, una inútil fortuna en billetes de las desaparecidas pesetas. Cuántas veces no le escuchó susurrar a su padre, en sus días de juerguista alocado previos a la viudez, lo «conveniente» que sería inhabilitar a su loca de progenitora… No se atrevió nunca, qué se iba a atrever, si en su presencia se acobardaba como un recluta ante un consejo de guerra. Y no era de extrañar, porque la maligna vieja, que de niña y en la horrible comida obligatoria de Año Nuevo gustaba de tironearle el pelo y pellizcarle rabiosamente las mejillas, no tenía nada de orate. Con el paso de las décadas, se le había acrecentado hasta extremos vertiginosos la innata tendencia a la codicia, pero conservaba intactos el mal genio endémico, su fabulosa memoria de contable, la infinita capacidad de hurgar donde más dolía, pensó la última vez que la vio, durante el funeral de su nieto malogrado, el pequeño Román. Nadie, en efecto, había conseguido hacerla callar al término del oficio (por suerte, Ela había salido y no tuvo que aguantar su brutal salida de tono), cuando se las ingenió para proclamar, desafiante y tan *indecorosa*: «en fin, ya veis que tampoco este funeral ha sido el mío, todavía tendréis que esperar bastante para heredarme, hatajo de ladrones». Aún le duraba la vergüenza al acordarse.

«Ojalá no termine como ella —rogó para sí—, con los abrigos apolillándose en los armarios por no gastar ni un euro en la más barata de las naftalinas y ese constante baile de números por la cabeza». Aunque sus motivaciones fueron de otra índole, *también* ella disfrutaba al imaginarse a Aloys solo en su isla, reducido a malvivir con sus escasísimos medios (le pasaba todos los meses una mínima, humillante pensión de la que sus hijos no tenían noticia) en aquella casucha o chamizo que su estrafalaria madre alemana compró antaño por cuatro perras… Él, que tan aficionado fue a los lujos, a la buena mesa y los deportes náuticos, a la ropa cortada a medida en Londres y los relojes antiguos de coleccionista. Lo había desprovisto de todo, lo había dejado inerme y le regocijaba mucho, muchísimo, rememorar su contrita expresión en el instante, tan anhelado, en que al fin le significó que tenía que irse, que lo echaba sin contemplaciones ni vuelta atrás, de la casa, de la ciudad y del mundo entero, si ello fuera posible. «Éste es el acuerdo —le dijo—, y ésta será la cantidad que te ingresaré mensualmente y tendrás que apañarte con ella quieras que no, porque no habrá otra». Paladeó gozosa cada palabra mientras lo miraba encogerse sobre el escabel del gabinete, sus largas piernas colgantes se retorcían igual que las desmadejadas extremidades de un títere. Y qué era él a fin de cuentas sino un sucio muñeco roto, con el cabello ya canoso sobre la frente perfecta y las patas de gallo estriándole los ojos incrédulos. Un sucio muñeco roto que soñaba con muñecas vivientes a las que manosear y destripar, y ahora recibía su merecido, la estocada final. En un primer momento, Aloys intentó protestar y negociar, farfulló que no deseaba volver a la isla. «Lo que tú quieras no me importa, pero qué no harías tú allí, en tu juventud, para que regresar te desasosiegue tanto. Dime, degenerado, ¿es que alguien te sorprendió en plena faena y dio la voz de alarma? Violando a alguna cría, por ejemplo, o toqueteándola, cerdo. Alguna hija de payés o de pescador a la que prometiste uno o dos billetes, a cambio de que te dejase bajarle las bragas, monstruo», contestó, temblando de ira y de asco. Él bajó la mirada, y sintió que quizás hubiera dado en el blanco. O quizá no. Había pasado demasiado tiempo, no merecía la pena gastar en investigarlo. ¿O sí?

A sus hijos no les asombró la tan aplazada separación. Únicamente que su padre decidiese, de la noche a la mañana, retirarse de la inmobiliaria y marcharse a las Baleares, donde ya no lo aguardaba nadie, a repetir la existencia de anacoreta de aquella rarísima, excéntrica abuela vegetariana de la que apenas se acordaban y que en las escasas fotos que vieron de ella miraba al objetivo bajo descomunales y agujereados sombreros de paja que parecían robados

a un espantapájaros. «Qué manía le ha entrado con emular a su madre, es que ahora, y a estas alturas, papá va a convertírsenos en una especie de hippie trasnochado, en un viajero en el tiempo en busca de su armonía cósmica, ni Álvaro ni yo damos crédito, pero si a él le encanta Finis, le gusta vivir aquí», le comentó Adrián. Ella le sonrió, dulcísima. «Quién sabe, dicen que a la vejez viruelas, y además, conocemos tan mal a los que nos rodean… incluso a los más próximos. Una caja de sorpresas, tu padre». «Papá no es viejo —protestó su hijo mayor (y en eso, y a pesar de sus denodados, solapados esfuerzos, *sí* que había fracasado, no había conseguido *realmente* que dejaran de quererlo)—. Ni tú ni papá sois viejos, no digas tonterías. Deberíais haberos separado, divorciado mucho antes. Me disgusta la idea de que os hayáis sacrificado por nosotros o las conveniencias, a quién le importan ya, mamá, no estamos en una dictadura mojigata y espantosa como la de Franco, la gente es libre de rehacer su vida y vosotros podíais haberlo hecho. *Tú* podías haberlo hecho», le replicó.

«Rehacer su vida», una expresión muy propia del bueno de Adrián. Qué vida, pobre inocente, había estado a punto de refutar.

Pero se calló, cómo no iba a hacerlo, si desde la puerta abierta aquella tarde de la infamia le asqueaba la mera idea de volver a acostarse con un hombre. Con cualquier hombre.

Mentirosos falsos o malas bestias degeneradas que juran que te quieren y al tocarte se imaginan el tacto impúber y prohibido de otra piel y yo te quito la camisola el vestidito las braguitas mi niña buena y linda y qué bien te sientan las coletas por qué no te haces trencitas mi amor trencitas a las noches antes de dormir trencitas de Rapuncel morena y chiquita dentro de su torre trencitas de escalada sólo para mí.

Había tirado todas aquellas ropas, cortas y a cuadros y con frunces y organzas, las faldas tableadas, los zapatos merceditas, las bailarinas de raso y tafilete, los camisones de manguitas farol y botones floreados (*con el tipito que tienes tan precioso, si quisieras, podrías vestirte en la sección infantil, Mati, no todas las mujeres pueden presumir de lo mismo, créeme*), ingerido suplementos robustecedores y empezado a fumar, aunque aborreciese el olor del tabaco. A partir de aquella tarde, cambió de arriba abajo su aspecto. Trajes de chaqueta severos y caros, formales pantalones de pinzas, blusas de seda con sobrio pañuelo al cuello, apocados tonos grises y camel, largos abrigos de pieles oscuras y espesas. Apostó por la consabida media melena aseñorada y los clásicos tacones de salón, tacones, siempre tacones, de día y de noche, a todas horas tacones. Al mirarse de refilón en los espejos, la luna de los escaparates, creía ver la devuelta y reflejada

imagen de su madre… Excepto por el hecho de que su madre muerta, que fue tan bondadosa y conservadora como poco imaginativa, a diferencia de su hermana, la atrevida tía Amelia, que después de muchos tumbos se emparejó con un pintor bretón y seguía, septuagenaria feliz, felicitándole las navidades y sus cumpleaños desde Quimper, nunca ostentó ese permanente rictus de amargura, ese aire de obstinado enfado con la vida.

La vida que en ningún caso se podía «rehacer». Las desgracias, los errores y desengaños, los agravios marcaban de modo imborrable y no había forma de volver atrás, de retroceder al punto de partida. De qué serviría ahora, por ejemplo, que tratase de remediar la infranqueable distancia de años entre ella y Álvaro con vanos gestos de una ternura que a ambos se les antojaría falsa, si no hipócrita…

Por culpa de Aloys (pero él no era el único culpable, rectificó para sí en segundos), había dejado de querer casi por completo a su hijo pequeño, durante toda su vida lo observó, crítica y obsesiva, en busca de similitudes y semejanzas, era más fuerte que ella y no lo podía evitar. Lo miraba crecer despechado y solo, y a su través a quien veía de continuo, y sin remedio, era a Aloys. Todo el tiempo a Aloys y únicamente a Aloys. El cerdo de Aloys, que según Adrián, anunciaba con plena desfachatez su llegada para el viernes. Dándoselas de padre ejemplar y preocupado, como si a él le importasen de veras ni sus hijos ni nadie más allá, se estremeció, de sus ocultas querencias. Con la menuda Ela casi no llegó a entablar relación porque ella misma se encargó de marcarle los límites: «procura no pasar del hola y adiós con la mujer de Álvaro, y mejor si pareces antipático, incluso maleducado, o de lo contrario, se lo contaré todo a tus hijos. No quiero ni un asqueroso fantaseo, ten en cuenta, miserable depravado, que conozco tus miradas, ni muerta podría olvidarlas desde que al descubrirte en las oficinas de mi familia se te cayó la máscara, y supe cómo me mirabas de veras a mí, imaginándome alguna pobre desdichada que no cumplió los once bajo tus sucias manos de canalla». Su ex marido se alojaría, supuso, en casa de Adrián. Habría comprado en Internet, luego de mucha rebúsqueda, algún billete barato en una compañía de bajo coste, ya se las apañaría ella para obligarlo a marcharse el sábado, el domingo a más tardar, sucediera lo que sucediera, y ojalá no le pasase nada malo a Ela. Ojalá los médicos (¿pero por qué tardaban tanto, qué estaba sucediendo y por qué no se les informaba de nada?) lograran despertarla del coma. «Por favor, Señor, no la dejes morir», rogó. Abatida y llena de impotencia, cuándo la había escuchado a ella Dios… Su madre la hubiera reprendido con paciente dulzura por la rebeldía de ese pensamiento. «A Dios no se le

piden favores ni tratos de ningún tipo, Mati, sólo valor, coraje y aceptación, en eso consiste la fe». Todavía algunas noches de insomnio creía escucharla muy dentro de sí.

Pero ella no era su madre.

¿Sería cierta la existencia de otra vida… eterna y ultraterrena? Aunque la mayor parte del tiempo lo dudaba, deseaba que fuera así con todas sus fuerzas. Porque ella había tirado la suya. Al callarse, la había arrojado al fondo maloliente de un pozo, condenándose a la amargura de la venganza, a la impotencia de la soledad.

«Rehacer mi vida», resopló y apretó los párpados. Llorar no, eso no, no soportaba que nadie la viera hundida en llanto, y además Álvaro podría moverse de improviso y descubrirla vulnerable, envejecida, fracasada. Y quizás aquello lo alegrase en medio de su dolor.

Oyó la puerta y se levantó de un salto. Ni médicos ni sanitarios, sólo Adrián y Sofía. Su insolente nuera no le gustaba, con ese descaro suyo que más se le figuraba ordinariez que desparpajo, pero tenía que reconocer que ambos hacían buena pareja.

—Nada, todavía no sabemos nada. Hay que seguir a la espera.

Sofía fue a sentarse junto a Álvaro, que entreabrió los ojos y los miró como si no supiera dónde se hallaba.

—Tranquilo, no hay novedades. Tú intenta descansar, hacer acopio de fuerzas —le habló en voz muy queda.

Sofía acariciaba sus manos entrelazadas y él se dejaba hacer con el aire apesadumbrado de un niño, mejor no pensar en niños, en ningún niño, no recordarlo de pequeño cuando la llamaba a gritos desde la oscuridad de su cuarto y ella no iba. Simulaba que no lo oía y se quedaba muy quieta y mordiéndose los labios hasta sentir los pasos de Adrián por el pasillo, siempre era él quien acudía presuroso a calmar los terrores nocturnos de su hermano.

Llorando a los tres años y medio con los puños sobre los ojos en el despacho de su padre a media luz.

Y Adrián, por qué se quedaba en el dintel con esa cara, ese gesto demudado…

Él era desde antaño su único consuelo, recordó, sintiendo cómo la inundaba la acostumbrada oleada de amor.

—Adrián, hijo, entra, no te quedes de pie como un pasmarote, ven, siéntate aquí conmigo —lo llamó.

CUARTA PARTE

«Il est un sarcophage aussi, le souvenir» («Un sarcófago también, el recuerdo»).

Stéphane Mallarmé,
Galanterie macabre (*Galantería macabra*)

El final de la escapada

Ela

De modo que a fin de cuentas no avanzaba por ningún túnel con las luces suaves e inmóviles al fondo, se alejaba en otra dirección, acaso la contraria, entremedias de rumores desconcertantes y qué era ese olor extraño y ácido abarcando la oscuridad entera, su penumbra de follaje tembloroso y grava crujiente. «No os metáis ahí dentro, que podéis correr peligro», avisó alguien alguna vez y se equivocaba, porque allí era donde había que entrar, ahí sí que se estaba bien, al final de la escapada.

Bajo los árboles, a este lado del muro y la casona derribados y las malezas arrancadas, volvía a levantarse el mejor escondite contra el miedo, yo te veo y tú a mí no, busca, busca en vano con los ojos vendados, en vilo y ciego, y rogando porque yo muera antes de despertar.

Antes de hablar.

Busca, busca cuanto quieras, que no me encontrarás.

Se estaba bien al final de la escapada.

«No es tiempo de silencio», adujo entonces otra voz, invitadora y próxima. No tartamudeaba, era clara y fuerte, eclipsaba el sentido de todas las demás y llegaba de muy adentro y también de muy atrás, como una señal rescatadora, una mano tendida, una lumbre indicando el fin del extravío.

Hermana de la que contaba las historias y le daba principio, principios al mundo, y luego se calló de repente y tan pronto, demasiado pronto…

«He estado mucho tiempo perdida», quiso explicar, perdida y sola y sin rumbo y espantada como en los cuentos que leímos e inventamos juntas. Y era innecesario, porque la voz sabía y comprendía mejor que ninguna otra.

Cómo no iba a hacerlo, si era la de su madre, y a la vez la suya propia, diciéndole ambas al unísono:

—Levántate y habla.

Antesala de reanimación

—Yo me ocupo de hablar con la familia, tú vete a descansar, que en los últimos diez días has doblado turno dos veces.

—¿Estás segura? Pensaba que querrías acercarte a endocrinología por lo de tu nieta.

Isabel Palacios se flexionó los dedos entumecidos y lanzó un vistazo al reloj de pulsera de su asistente.

—Me paso en un rato, Julia estará ingresada como mínimo al menos tres días más. Hablaré después con Pepe Calle, además del mejor diabetólogo, es un tipo extraordinario y un buen amigo. Ya te contaré mañana, lo que tú necesitas ahora es irte a tu casa, darte una ducha y dormir.

—Bueno, pues te lo agradezco, la verdad es que no me tengo en pie. Espero que tu hija se sobreponga un poco, ha sido un duro golpe, la verdad.

«Desde luego», se dijo Isabel Palacios mientras despedía con un ademán al joven Ruz Mejide yéndose hacia los ascensores. Volvió a repetirse que a la mañana siguiente quitaría sin falta de su mesa de despacho la foto enmarcada de su nieta sonriéndole a las velas de aniversario de una tarta de chocolate horneada por ella misma, cocinera pésima, y sin embargo excelente repostera. «En un primer momento y como medida pedagógica de choque, será mejor desechar los dulces de toda clase en casa, ya habrá tiempo más adelante para experimentar con fructosa —pensó, reprochándose al segundo su frivolidad—. Tú aquí pensando como una idiota en futuros recetarios, mientras tu hija Violeta llora por todos los rincones, sin levantar cabeza desde que hace un par de días la llamaron del colegio porque su niña se desplomó en pleno recreo, víctima de una hipoglucemia fulminante que casi la sume en el coma, como enseguida comprobaron los del Samur», se recordó, furiosa. Le preocupaba la previsible inminencia del hundimiento de Violeta en esa tesitura, acorde con su fragilidad e inseguridad casi endémicas desde su adolescencia tan difícil. «*Nunca* podré pincharle insulinas a la niña, mamá, seguro que no lo conseguiré, Julia se dará cuenta de mi inutilidad, yo no soy como tú, no tengo tu fortaleza, tu tesón», había llorado desesperada sobre su hombro en la sala de espera de urgencias. Como de costumbre, no supo consolarla. Se limitó a un adusto «a la fuerza ahorcan, ya sacarás fuerzas de flaqueza», porque en su interior ardía en vehementes (e injustos, eso también lo sabía, aunque saberlo fuese inútil) deseos de apostrofarla. Que se dejase de lloriqueos y sensiblerías y reaccionase por una vez con entereza, como ella llevaba haciéndolo toda la vida, desde mucho antes de divorciarse del inútil

encantador que nunca cumplió con sus pagos de pensión filial alimenticia y a sus años seguía por ahí cual trasnochado saltimbanqui, dándoselas de «artista» a costa del encandilamiento de sus mujeres sucesivas. Madre soltera, «por voluntad propia», especificó orgullosa al comunicarle su embarazo, que siempre se negó a revelar la identidad del padre de Julia, Violeta fue desde niña —y a sus veintinueve años continuaba siéndolo— una criatura ensimismada y caprichosa. Idolatraba a su padre (mucho menos agraciada que él, se le parecía, por desgracia, en el temperamento fabulador e indolente y en la inconstancia) y solía dar más problemas que satisfacciones, con sus permanentes cambios de trabajo y domicilio y sus inestabilidades crónicas. Cómo entender que Ruz Mejide, quien apenas si había cruzado alguna que otra frase de saludo con ella, o varios de sus compañeros de hospital, pretendiesen que tenía «una hija maravillosa, encantadora»… «Unos ojos espectaculares, le hacen justicia a su nombre», comentaban. Ella asentía, con el ceño fruncido y pensando para sus adentros que «de una mirada bonita no se vive, y en cuanto al encanto… ah, el encanto, ése sí que se va por ensalmo, pero que de un plumazo desaparece con las primeras decepciones».

Quizá fuese mejor abuela que madre, tal vez en el fondo quisiese más (la mera sospecha la llenaba de culpable zozobra) a su nieta de siete años con diagnóstico reciente de diabetes mellitus tipo I que a su vulnerable hija única. Violeta se le figuraba casi tan desconocida y misteriosa como la muchacha a quien acababa de intervenir, esa joven accidentada que se enfrentaba al silencio y la soledad críticos del posoperatorio en la sala de reanimación. Eran tan pocos los que en esa etapa conseguían superar su estado… Tan pocos los que despertaban del coma.

«Por lo menos, logramos drenar y frenar la hemorragia —pensó—. Aunque a estas alturas ello no garantice nada, hemos hecho un buen trabajo». Ruz Mejide era un auténtico hallazgo, resultó bueno de verdad en su especialidad, su incorporación al equipo había sido un éxito. Estaba contenta de haber luchado por su contrato definitivo.

«Unos ojos deslumbrantes», había comentado él, admirativo, sobre Violeta…

Seguro que también a esa chica le alabaron muchas veces la intensa belleza de su mirada ahora inerte y vacía, pese a los signos reveladores de una débil, pero en absoluto indicativa o prometedora, actividad cerebral. «Probablemente morirá o entrará en coma irreversible de hoy para mañana», se dijo, preparándose mecánicamente para las inmediatas explicaciones ante los suyos. A su infatigable asistente aún le angustiaba un poco ese trámite, en su caso,

y en el del resto, era simple cuestión de tiempo y experiencia llegar a obtener el necesario distanciamiento, la mesurada eficiencia en el trato con familiares y allegados atemorizados. Pero en el suyo, y costase lo que costase, tendría que conseguir insuflarle a Violeta *(¿de qué modo hacerlo, si lleva acobardándose ante mí como frente a un maldito tribunal militar desde que no alcanzaba los alféizares de las ventanas ni de puntillas?)* cierto grado de serenidad frente a los retos que inevitablemente iba a plantearles la recién descubierta dolencia de Julia. No resultaría fácil, por supuesto. Cómo iba a serlo, si incluso a ella misma le estaba costando un mundo aceptar la nueva condición de la niña, por mucho que se afanase en disimular ante propios y extraños su desolación.

Llevaba tantos años cuidando de desconocidos… Tratando de salvarlos, de reanimarlos, de devolverlos al esperanzado tedio, las alegrías, los dramas de sus vidas. Muchos años desde sus primeras becas de chica pobre con curiosidad insaciable, memoria fotográfica y comentada rutina de sobresalientes. «Qué misterios habrá ahí dentro, en nuestro cerebro», les decía de muy niña a sus admirativos, y al tiempo acobardados, padres en la noche de agosto del pueblecito montañés, cuando parientes y amigos ya se habían marchado a sus casas tras el convite anual por su exitoso boletín escolar. En el patio trasero de la suya oliente a manzanas, encurtidos y panochas, se entretenían y demoraban todavía un poco, espiando el cielo en busca de estrellas fugaces, sin decidirse aún a recoger el amontonamiento de platos sucios y botellas vaciadas del largo mesón recién despejado por los chillones comensales; el Sebas y la Juliana, el «Pulque», último vástago de una familia de indianos sin suerte o de suertes perdidas al albur de sus regresos sucesivos, las charlatanas cuatro hermanas Rubio, el malhablado primo Orduño y los tíos Coral y Eustaquio, que terminaron marchándose a Finis con su hija recién nacida, tras «heredar» de unos parientes su puesto de portería en el lujoso inmueble de una inmobiliaria de ricos idos a menos. «Quién sabe lo que hay por esos planetas y sus lunas de Dios, lo mismo codiciosos guerreros brutales que desgraciados como nosotros», porfiaba su padre, apurando el cigarrillo liado a mano, entremedias de la algarabía de grillos. Su madre zanjaba la conversación quitándose las horquillas del moño entre bostezos: «venga, basta de remoloneos y vámonos a dormir, que si no mañana os pesarán los párpados».

Violeta no llegó a conocer aquella casa de piedra y lajas de pizarra, donde con escasos meses de diferencia murieron sus padres durante su beca de postgrado en el Canadá francés. Ella se la vendió a un vecino que luego la revendió a su vez, muy provechosamente, a una pareja de

franceses enamorados de la arquitectura autóctona, antes de su nacimiento y por una miseria, cuatro perras de nada. Qué tonta fue y cuánto lo lamentó después, menuda maravilla había hecho esa gente con la rehabilitación de su hogar, comprobó la única vez que pasó por delante en coche, parapetada tras ridículas gafas oscuras y un gran sombrero tapándole el rostro, por si algún antiguo vecino la reconocía y la obligaba a sentarse ante una lumbre, a aceptar un pocillo de café, dos dedos de aguardiente, unos chorizos a la olla. Y entretanto, el ávido y curioso: «qué es de ti, buenos dineros que estarás ganando, so arrapieza lista como ninguna, no se me olvida cuando allá por San Lorenzo veníais toda la chavalería en tromba a repicarnos los llamadores de las puertas y a espeluznar al ganado, se os escuchaban las risas sofocadas, pum pum y hala, enseguida a echar a correr, demonio de chicos, pero a ver, también nosotros lo hicimos antes, en su momento, que todo en esta vida tiene su momento. Y di hermosa, tienes marido, marido bueno y guapo y formal, cuenta, mujer, no seas esaboría, que las palabras nacen gratuitas y crecen de balde, nadie las acuña todavía».

Hubiera estado bien que Julia pasase temporadas en esa casa. *(Y antes Violeta, en qué momento, porque todo tiene su momento, pero yo me olvidé de los suyos, me exasperaban su debilidad y sus ojos turbadores y su miedo al entregarme esas calificaciones escolares mediocres, con las apostillas al margen del tipo de «no presta atención, trabaja irregularmente, se distrae en clase, desaprovecha oportunidades y muestra pereza y rebeldía, en ocasiones, le divierte soliviantar al resto y ejercer de popular cabecilla con sus compañeros»)*. Vacaciones veraniegas, puentes y fines de semana. Pero ya no tenía remedio; lo hecho, hecho estaba y volver atrás era impensable, aunque quizá no fuera mala idea comprar una casa en alguna bonita localidad cercana, con la crisis en ciernes y el previsible estallido de la burbuja, los precios tenderían a bajar. Una de esas coloridas casas de indianos, fantaseó por un instante, con su galería acristalada, su bella fachada de estuco y sus palmeras en el centro del húmedo jardín. A su nieta le vendría bien un lugar propio, un sitio donde crecer y divertirse e invitar de vez en cuando a las amiguitas del colegio. En la costa mejor que en la montaña, porque a Julia le gustaba nadar, Violeta la apuntó a los dos años recién cumplidos a unos cursos de aprendizaje en la piscina del complejo deportivo Laredo. El año anterior había quedado tercera en la modalidad de *crawl* de las competiciones regionales del Cantábrico, le dieron una medalla y un diploma que colgaba, orgullosamente enmarcado por su madre, sobre su mesilla de noche. Debía reconocer que, pese a sus defectos y deficiencias, su falta de empuje y nula

ambición, Violeta entendía muy bien a la niña, siempre se mostraba alegre e imaginativa en su trato con ella. Ni siquiera *necesitaba* ser demasiado exigente, conseguía naturalmente, sin autoritarismo ni demasiados esfuerzos, que su hija cumpliese de buen humor sus tareas diarias. «En realidad, desempeña su papel de madre como yo nunca supe hacerlo», pensó, algo sorprendida.

Quizá las cosas no saliesen finalmente del todo mal, «más vale ser positiva al respecto», se dijo, recolocándose el cuello del batín.

Abrió la puerta y salió al pasillo, al encuentro de los familiares de la joven operada.

Estaba deseosa de acabar cuanto antes las explicaciones de rigor para correr junto a su nieta. Era muy importante explicarle desde el primer momento, antes incluso de que saliera del hospital y regresara a su casa, que no debía apiadarse de sí misma, sino aprender a convivir con su diabetes, aprender a manejar su enfermedad para que ésta no la manejase a ella. Toda información sería poca en ese aspecto, la educación diabetológica temprana era fundamental y había que encararla de inmediato. Decirlo resultaba fácil, por supuesto, pero acertar con la manera más correcta de hacerlo iba a ser complicado, a fin de cuentas Julia «sólo» tenía siete años. Adoraba los helados, *sus* tartas, y al igual que todos los niños, le tenía pavor a los pinchazos, aborrecía las inyecciones…

«Sin duda, necesitará ayuda psicológica», se dijo, tomando nota mental de pedirle enseguida a Calle que le recomendase un buen terapeuta infantil especializado en el tratamiento de dolencias crónicas.

Iba tan concentrada en sus pensamientos y preocupaciones que olvidó por completo que Ruz Mejide le había insinuado horas atrás ciertas sospechas.

Algunas dudas y reticencias acerca de la antigüedad de determinados hematomas en los brazos y piernas, el costado de la joven Adela Mendes Punter.

—¿Familiares de Adela Mendes?

Pero por descontado que eran ellos, no había nadie más en la sala de espera. Ocho pares de ojos observándola con fascinado y aprensivo temor, cuatro seres incorporándose sobresaltados, el joven rubio algo más torpemente. Discernía en la parpadeante mirada que de pronto esquivaba la suya un acobardado anonadamiento, el instintivo repliegue nervioso de quien aguarda el golpe, la mala noticia que le trastornará la vida.

El novio o marido y no su hermano, supuso de un vistazo, el otro hombre y la mujer de rizos aferrada a su mano formaban a todas luces una pareja. El rubio era muy guapo. Extraordinariamente guapo, en realidad. ¿Y por qué se sentía de repente tan incómoda?

—La situación es la siguiente —empezó.

Hablaba con la serenidad habitual en tales casos, pero en su fuero interno y tras el aparente aplomo de sus explicaciones y respuestas, el absurdo malestar se acrecentaba en lugar de disminuir. Tenía un nudo en el estómago, como una primeriza, comprobó irritada.

—De modo que no saben cuándo despertará mi cuñada. ¿No se contradice esto con lo que acaba de asegurarnos? Usted afirma que la operación ha salido bien.

—Ha salido bien e insisto en que no tuvimos otra elección, de no haber intervenido, la hemorragia la habría matado en cuestión de horas, aunque por desgracia, ello no signifique que Adela vaya a salir del coma de inmediato —repitió.

«O nunca», añadió para sí. La posibilidad de que muriera antes del próximo amanecer era estadísticamente muy alta… y el siguiente punto aclaratorio, debía decirlo, revelarlo de una vez, a qué diablos estaba esperando, conteniéndose cual timorata estudiante en prácticas. Por qué se demoraba como una estúpida mientras Violeta, que llevaba desde el alba en la habitación de la niña sin salir a tomar un café o un bocado, y la propia Julia estarían preguntándose dónde se había metido su madre y abuela que no llegaba nunca… La habitación de la niña, recordó, cariacontecida. Violeta le había chillado, a primera hora de esa misma mañana, tras de su puerta cerrada con una furia que jamás le hubiera imaginado, luego de haberla visto negarse hoscamente al ofrecimiento de una habitación individual para su nieta por parte del director del hospital. «Vamos, Isabel, déjese de bobadas acerca de supuestos privilegios, que ya me conozco su exageradísima opinión al respecto. Aun así, usted es jefa de servicio de este centro, y como tal, y teniendo en cuenta lo poco que nos pagan a cambio de dejarnos la piel in situ, si comparamos nuestros sueldos y

complementos con los de la media europea, creo yo que no será tan grave para sus principios aceptar esta mínima ventaja. Piense en la cría, mujer, no sea tozuda y hágalo también por su hija». Enemiga acérrima de distingos y favores, había rechazado la oferta con su acostumbrada adustez *(menuda osadía la de ese trepa de Sagüeñas pretendiendo que se dejaba la piel… ¿en dónde se la dejaba, eh, en su despacho con bonsáis y expuestos trofeos del Club Náutico, en la cubierta del velero regalado por su mujer, propietaria de una clínica de cirugía estética, bajo las uñas de sus amantes jovencísimas y ambiciosas?)*. Pero no estaba preparada para la explosión de ira de su hija. «Hasta en medio de tamaña desgracia tenías que comportarte como una Robespierre de bata y escalpelo —le había imprecado—, que se trata de Julia, joder, de Julia. No de mí, sino de la niña». Espantada, disimuló su desasosiego mediante una réplica ácida. «Me alegra constatar que, pese a tu pobre historial académico, todavía recuerdas al odioso incorruptible», respondió acerba, arrepintiéndose de sus palabras según las pronunciaba y veía cómo Violeta achicaba los ojos e inclinaba, desalentada, la cabeza.

Las dos mujeres la miraban de hito en hito, la mayor de ambas con cierta procelosa suspicacia. No se trataba de la madre de su paciente, calibró nada más entrar. A esas alturas de su carrera, le bastaba una simple ojeada para reconocer en sus interlocutoras de todo tipo y actitud esa clase de consustancial pánico materno.

—Ahora hay que esperar —culminó—, de momento no se puede hacer otra cosa, Adela no está todavía en condiciones de recibir visitas. Lo mejor será que marchen a descansar a sus casas, les avisaremos a la más mínima novedad, al menor indicio de estímulo, en cuanto se produzca un cambio, cualquier cambio. Deben sentirse tranquilos por ese lado.

El rubio sacudió la cabeza.

—Yo no me voy a ninguna parte.

—Lo entiendo, créame, pero no me parece una buena idea, aquí no hará nada, excepto agotarse.

Fruncía el ceño como un guapísimo chiquillo consentido…

Isabel Palacios se esforzó en dominar dentro de sí un súbito impulso de impaciencia. De antipatía. «Son mis ridículos prejuicios —pensó—, de un modo u otro, y desde que rompí con el tarambana de Carlos, siempre he desconfiado de los tipos demasiado guapos a su imagen y semejanza. Arrebatadores y escandalosamente guapos, como éste, a punto de echarse a llorar. Es injusto, absurda y rematadamente injusto».

—Como quiera —repuso, con cierta sequedad *(¿qué carajo le*

pasaba, es que ya no iba a ser capaz de infundir siquiera un mínimo de…? No, no de empatía, odiaba esa palabra comodín al uso y abuso de charlatanes y mediocres como Sagüeñas. Un poco de la antigua y condolida comprensión matizada por el distanciamiento profesional, de eso se trataba, de nada más y tampoco de nada menos. Qué espesa estás hoy, doctora Isabel Palacios, se reprochó, amarga).

—Lo único que quiero es a mi mujer. La quiero restablecida, la quiero despierta. Quiero que se despierte ya y volver a casa con ella.

—Tranquilícese, su mujer está en buenas manos, monitorizada y vigilada en todo momento.

—Debemos confiar en Dios —puntualizó a sus espaldas la mujer mayor, sin que nadie se hiciera eco de sus palabras.

Había un elemento extraño y sombrío en ese pequeño grupo familiar, se dijo fugazmente. Una especie de amenazadora tensión que circulaba entre ellos como una corriente a punto de descargarse, por qué si no el otro hombre, el que primero preguntó sobre el resultado de la operación y se refirió luego a la muchacha en coma en términos de «mi cuñada», observaba al deshecho marido, al que nadie parecía preocuparse de sostener y consolar, con esa rabia inequívoca y rencorosa en la expresión… Y a ella, no se le escapaba también por su parte algo a ella, algo bulléndole, aviso molesto, por la divagada inquietud de la mente, alguna otra cosa cuya importancia no conseguía descifrar…

«No se quieren, eso es —pensó—. Todas las familias felices se parecen», recordó el subyugante comienzo tolstoiano y sintió alivio, a fin de cuentas «sólo» se trataba de *eso*. De los odios y agravios, resquemores y celos, de las feroces e interminables luchas de siempre. Familias felices… felices como en los cuentos y escasas como viajes al espacio, desconocidas como vacaciones en la luna. Suponía que debían de existir en alguna parte. Familias felices sin pausa ni menoscabo hasta que las separase la muerte, se dijo irónica.

¿Y la suya, breve y *nuclear*, dónde se situaba la suya propia? A qué calculada distancia del trayecto, el recorrido de sombras y luces, anhelos y congojas, complejos y aciertos, afanes y tropiezos…

Qué se hizo de la suya, qué había hecho, estaba haciendo *ella* con la suya.

Si se apresuraba, aún conseguiría hablar en persona con Pepe Calle antes de acercarse un rato a la cabecera de la niña, lo más importante era transmitirle a Julia un mínimo remedo de seguridad. Violeta y ella misma iban a tener que aplicarse en ese sentido, no se le ocultaba que a sus siete años el mundo se le había venido repentinamente abajo a la criatura de las incesantes preguntas que le alentaban sobremanera,

porque creía detectar en ellas la huella heredada de su ávida curiosidad de antaño…

Le pediría consejo, muchos consejos útiles al bueno de Calle.

Y también, aunque de otro tipo, a Lola, su agradable vecina de urbanización. Su segundo hijo nació con espina bífida y ella no se había dejado vencer por el desánimo y la tristeza. En lugar de amilanarse, lo estaba sacando adelante con coraje y alegría, lo apuntaba a cursos y actividades extraescolares y nunca, nunca se permitía darle un trato diferente al que le dispensaba al mayor, tan movido, que el resto del vecindario lo apodaba «Daniel el travieso» si ella estaba cerca, y «Daniel el cabrón» cuando no lo estaba, y recordaban los vidrios de sus ventanas rotos a balonazos, los horrendos *graffiti* sobre las cercas idénticas de sus jardines, los desagradables visajes y muecas de su cara sobre el manillar de su bici verde.

—Ojalá tengamos éxito y Adela se recupere por completo, los próximos días serán capitales, pero vaya por delante que les deseo mucha, muchísima suerte —se despidió.

Y mientras lo hacía y estrechaba deprisa sus manos, ya estaba lejos, con las ideas en otra parte, despistándose al hilo urdido de varios planes…

El ejercicio es esencial para los diabéticos, se decía. Julia adoraba la natación, ya había un punto ganado por ahí, pero tampoco vendría mal que fuese proponiéndole con tiento ir a buscarla temprano dos o tres mañanas a la semana para correr juntas en el parque cercano a su casa. Bueno, nada excesivo, únicamente cinco o seis vueltas al comienzo. En muy poco tiempo adquirirían el fondo suficiente para ir y volver, de tirada y sin sentirlo, hasta las puertas del Hotel Litoral, que la gente seguía llamando por su nombre originario de «Casona de los Bergara», la soberbia mansión de indianos de historiadas marquesinas y deslumbradoras vidrieras modernistas, que ella sólo conoció a través de viejas fotografías, porque cuando a su regreso de Canadá se asentó en Finis, aquel hogar legendario que la memoria y la nostalgia locales invocaban fabuloso y único, ya llevaba años demolido, tras muchas décadas de inacabables pleitos familiares de herencia a uno y otro lado del Atlántico. Las continuas protestas de asociaciones vecinales, con sus manifiestos de salvaguarda encabezados por las firmas de intelectuales reputados y arquitectos de tres generaciones, no habían conseguido ni siquiera conservar para los museos comarcales su colección de temibles y fantasiosos mascarones de proa tallados en caoba; éstos fueron subastados aquí y allá, al igual que las celebradas esculturas de su jardín, obras de artistas españoles

y extranjeros de renombre, y el delicado mobiliario al completo de una casa desvanecida que sólo se sobrevivía a sí misma en el imaginario lugareño y en la sepia de los catálogos de lujo de exposiciones municipales sobre usos y costumbres *del ayer*. Ese que empezaba, también, a pertenecerle un poco a ella… ¿Acaso no había fabulado horas atrás con la compra de una felizmente descubierta villa de *indianos* a buen precio?

Distinta a ésa, por supuesto, a escala bastante más modesta y pequeña. Pero igualmente con sus palmeras del sol y la alegría abriéndose triunfales al cielo, su pequeño cenador de verano y el acristalado invernadero de orquídeas a la izquierda de la sobresaliente fachada, pintada de azules, rojos y amarillos bajo la techumbre, la torreta y las chimeneas encantadas de cuento con final feliz. El huertecillo, al fondo y medio oculto tras la línea de frutales, pero anunciado, apenas traspasada la verja, por su olor a fresas y menta, a tomates tardíos de temporada que nunca madurarían bajo sucios, recalentados plásticos…

No necesitaba ni cerrar los ojos para verla, verse a las tres, abuela, madre e hija, con total y asombrosa nitidez, en un mediodía de agosto asomadas a la veranda de esa casa.

Al siguiente fin de semana de libranza tomaría el coche y recorrería toda la costa a la rebúsqueda, a la caza y captura de un lugar así, se prometió.

Tenía algunos ahorros, y para qué servía el dinero sino para emplearlo en el solaz y la felicidad de su nieta. Y de Violeta a la postre, claro, también de Violeta, a la que había dedicado tan poco tiempo, si hubiera sido mejor estudiante, *menos parecida* al idiota de Carlos…

¿Y qué haría Carlos ahora, cuando visitase a su adorada hija y a su nieta, qué se le ocurriría al *abuelo Carlos*? ¿Renegar de esos blandos caramelos que alguien le enseñó a sacarse de una oreja mediante un bobo truco, que practicaba con éxito desde que Violeta empezó a andar con chillidos alborozados y miedosamente sujeta de su dedo índice, calificado por él de «espada mágica salvadora de caídas»?

En fin, quizá pudiese montar ese truco barato con caramelos sin azúcar, sería cosa de hablarlo. Y de recordárselo sin descanso, la memoria de su ex marido, que ella recordase, era como la de un pez idiota y *común*.

Y maldita sea, ¿qué diablos tenía ese fracasado sin remedio, que encandilaba sin esfuerzos, y gracias a su encanto tan banal, a Violeta y a la niña?

A Violeta y a Julia y a cuantas gentes se le pusiesen a tiro,

rectificó, disgustada.

Mi vitalidad, bella Bel, en todo lo demás seré un inútil, pero en eso, en mi vitalidad, y no en otra cosa, consiste lo mío, ahí radica mi jodido secreto, creyó escuchar en su interior. Siempre tuvo una voz rotunda y seductora, algo enronquecida por el tabaco y las noches en blanco, aunque cantaba muy bien, con timbre de barítono aficionado.

Le gustaba vivir, ése era su talento y no había que buscarle más vueltas al asunto. Ni los tres pies al gato de los dichos, ni la cara oscura e invisible de la luna de sus admirados astrofísicos.

Le encanta vivir, disfruta haciéndolo y no le da miedo demostrarlo, joder, si ni siquiera se da cuenta. Les contagia su alegría a quienes lo rodean y ya nadie se preocupa de los años que tiene o va a cumplir, de si tuvo éxito o no, de si gana poco o mucho, es un jodido encantador más que un verdadero sinvergüenza. Un pobre tipo desorientado e inmaduro que no llegará jamás a mala gente; al menos, no me enamoré en su día de una quimera porque él, con todas sus chorradas y su descaro, fue de verdad, él es de verdad.

Vaya tonto de Carlos, pensó, sonriendo a su pesar. El padre más desastroso del mundo y sin embargo, y pese a su proverbial inutilidad con los azarosos trabajos ganapanes y al desorden complaciente de su vida, quería mucho a su hija…

Y Violeta lo quería a su vez. El cariño y entendimiento eran mutuos y entrañables, uno y otra no se juzgaban, no se medían y sopesaban, alertas y tensos, al filo de éxitos o fracasos…

Buscaría esa casa imaginada enseguida.

Y entretanto, y al mismo día siguiente, se compraría unas bonitas deportivas adecuadas para el *jogging*.

Al fin y al cabo, le vendría estupendamente perder siete u ocho kilos. «Objetivos comunes, ésa es la clave», se dijo, representándose la carita de puntiaguda barbilla de su nieta Julia, casi idéntica a la suya propia, que tanto le acomplejó de joven por lo excesivamente prominente. Salió del ascensor y se dispuso a cruzar el largo túnel de acero y paneles de vidrio que conectaba con el edificio A y su unidad de endocrinología pediátrica. Qué pena que la niña se estuviera perdiendo esa nevada, con lo raros que eran en la ciudad los verdaderos días de nieve. «Pero mira, abuela, ha cuajado, en tu jardín sí que cuaja».

Hubieran podido hacer un muñeco, como la última vez. Bajito (la nieve no se acumulaba allí al igual que en Canadá, aún le espantaba recordar el frío atroz de aquellos inviernos durante su postgrado) y rechoncho, con sus ojos de botones, boca de fieltro y un gorro multicolor.

Voces

* * *

«Ahora resulta que nos las vemos como al principio, esperar, dice esta médico de pelo descuidado y sin teñir, me daría algo si a mis años me obligasen a peinarme como ella, si tuviese que plantarme con ese flequillo de presidiario o legionario romano y la cara lavada delante de la gente. Con esas canas y esta facha de cantautora antigua y vocacional en parroquias de barriada a la que nadie quiso producir nunca un disco, grabarle una maqueta, que se decía en mi juventud, Dios sabe cómo lo llaman ahora, en esta época de aparatitos con nombres de servicio secreto, MP 3 o 40, Ipod y yo qué sé qué más. Han operado a Ela y por lo visto da igual, no sabemos nada, esta cría no se despierta y a lo peor se nos muere antes de mañana y me veo ocupándome de los de la funeraria, sitio queda en nuestro panteón, eso sí, pero quiera Dios, que por lo visto nunca quiere nada, que esto no pase. Pobre chiquilla con su bebé muerto no hace ni el año, Ela sin madre ni padre, pobre hija tan tímida, como yo misma después de la bomba de mamá, que el miedo y el horror no se me van a ir en lo que me quede de vida, y por eso enfermé cuando esa gentuza seguidora del loco asesino de Bin Laden puso sus bombas de canallas en los trenes de Madrid, no podía leer los periódicos ni ver las imágenes, esas imágenes, por Dios, precisamente ésas, en la televisión, me temblaba todo el cuerpo y vomitaba sin parar, aunque dije que tenía un virus, un pequeño corte de digestión, cualquier trastorno sin importancia. Si de verdad hay justicia divina, pues que venga Dios y me lo explique. Pobre Ela, si te mueres, no habré podido llegar a conocerte ni a desearte todo lo bueno, ni a explicarte que no soy tan antipática ni dura de roer como os creéis todos, incluido mi Adrián, con sus continuos reproches sobre el modo en que trato a su hermano. Álvaro no levanta cabeza desde que supo de tu accidente, de tu caída al fondo de ese maldito barranco, en realidad, desde que se os murió el niño, antes de despertar se os murió el niño en su cuna, y por Dios, qué nos pasa en esta familia acumuladora de tanta pena, tanto espanto, tantas mentiras y pecados con sus desgracias a cuestas.

Si pudieras verlo, hecho un guiñapo, en este mismo instante, a tu Álvaro que se enamoró de ti como un loco… Te despertarías corriendo aunque sólo fuera para abrazarlo un momento. Seguramente lo abrazarías más por pena que por amor, porque sospecho que dejasteis de quereros después de la muerte de Román. De algún modo, intuyo que él te falló, ¿verdad, hija?

Pero es mi Adrián quien debería de estar abrazándolo y consolándolo ahora, su hermano mayor que tanto critica mi comportamiento, al que califica de «desapego desnaturalizado».

Mi Adri que lo mira como a veces lo miraba, sigo mirándolo, yo. Con rabia, una extraña rabia que no entiendo. ¿Se habrá peleado con su mujer, en el ratito que los dos estuvieron abajo fumando, y la paga ahora con el desdichado de Álvaro? Pero semejante actitud no es propia de él, tan recto y bondadoso, tan justo y sensible y desvelándose desde niño y en todo momento por los demás, por los desconocidos y por todos nosotros, su familia, que en el fondo no merecemos otra cosa que el mayor de los desprecios, a ver qué somos sino una amarga partida de tarados.

¿Qué puede haberle sucedido, qué le estará pasando por las mientes para que mire de esta forma a Álvaro? A su hermano pequeño tan querido, a quien el más horrible y estúpido de los destinos puede convertir en viudo en cualquier instante, dentro de un minuto o de unas horas, mañana o al mes siguiente…

Mirándolo así, con ese ofuscamiento inexplicable y ese…

Asco.

Sí, por extraño que parezca, es asco lo que asoma a sus ojos, yo puedo reconocerlo sin la mínima sombra de duda porque exactamente de ese modo he mirado yo durante años a Aloys Batlló Wagener, a su malnacido de padre que vuelve el viernes, a instalarse, carroñero, en la casa de uno u otro de sus hijos, como un presagio de ponzoña e infortunio. Como la peor de las suertes vuelve el muy maldito, sólo de pensarlo me estremezco de repugnancia, lo obligaré enseguida a marcharse por donde vino, con el rabo entre las piernas y la humillación y el miedo en su cara asquerosa y falsa. «Lárgate, gusano, ave de mal agüero, no hay sitio para ti entre nosotros», le susurraré a la primera oportunidad.

Al infierno contigo, monstruo.

Lo echaré como en los tiempos remotos y oscuros se expulsaba a leprosos y apestados de las ciudades…

Nos lo quitaré de encima, sin perdón ni contemplaciones, como a un animal rabioso y babeante, sí, señor.

Para que su presencia no nos acarree mayores desgracias aún.

Y entretanto, rogaré y rogaré a Dios…

Ay, Ela, niña, rezaré por ti, aunque no sirva de nada, rezaré, ferviente, por ti.

Porque no mueras, como tu hijo Román, antes de despertar».

* * *

* * *

«Vaya panorama y valiente familia, si es que esto es no de creérselo, en medio de esta gravedad y ahí están, llenos de odio y devorándose unos a otros con los ojos, en lugar de concentrarse en la situación de Ela y en ayudar a Álvaro, tan hundido que da tremenda congoja verlo. Incluso Adrián, nunca me hubiera imaginado de él semejante reacción, no entiendo qué le pasa, por qué no le dirige la palabra a su hermano. Casi no lo mira, pero cuando lo hace, es para echarse a temblar, es como si se hubiera transformado en un completo desconocido. En un hombre que da miedo, con ese repentino gesto avinagrado que lo iguala a su estúpida madre, sólo ahora me doy cuenta de lo mucho que se parecen los dos y no sólo en los rasgos. Los mismos labios delgados, los pómulos severos y esos ceños fruncidos… No lo comprendo, este tipo no es Adri, no puede ser mi marido, dónde está su famosa calidez, su alabada capacidad de ponerse en el lugar del otro, en sus problemas y disgustos. Adónde han ido a parar su comprensión y su ternura, su paciencia, ese equilibrio admirado por todos sus amigos, por mi hermana Tina, que siempre me insiste en la muchísima suerte que tengo con mi pareja, ningún otro como él para transmitirte confianza y ganas de disfrutar la vida, afirma. Suerte la tuya, que tienes tres hijos maravillosos, le refuto yo, me encantan mis sobrinos, todos mis sobrinos, y ella empieza entonces con que el jeta de su ex marido se escabulle en cuanto puede, y con mil excusas, de pasarle la mensualidad de los niños. “Ya ves —protesta—, si Ginés fuese de la pasta de Adrián, yo me daría con un canto en los dientes, Sofi, mírame a mí, joder, dónde estaríamos mis hijos y yo de no ser por la ayuda de mamá y papá desde que me quedé en paro. Y eso por no hablar de mis expectativas por los suelos, guapa, que ya ni me acuerdo de lo que es acostarse con un hombre, a la segunda caña de una cita revelas que tienes no uno ni dos, sino tres hijos, y el tío te sale con que tiene que madrugar muchísimo al día siguiente, ya nos veremos en otra ocasión con más calma, te suelta. Más calma… y una mierda más calma, así son las cosas en la vida real, desengáñate, Sofi y vete convenciendo de que te ha tocado el premio gordo con el buenazo de Adrián, que no sólo no te pone los cuernos sino que ha aguantado que se los pusieras tú sin echar luego a correr, empujado por su orgullo herido”. Los hombres no son una lotería, protesto siempre yo, menuda forma de valorarnos a nosotras mismas y de entender las relaciones, pero mi hermana se encoge de hombros. “Relaciones… y eso qué es”, replica.

»De todos modos y con todos sus defectos, mi familia es más o menos una familia, absolutamente distinta de esta camada de hienas

con su soberbia jefa de la manada al frente… Una gilipollas sin imaginación que nunca quiso al hijo menor, con rictus de frustrada e ideas fijas sobre todo lo habido y por haber, mi padre la caló en segundos. "No te arriendo la ganancia con tu bendita suegra", me dijo, muerto de la risa, el muy pícaro, "la buena señora es de las de mírame y no me toques y de armas tomar, no la quisiera yo cerca, que ésa es de las que te amargan la vida, les das la mano y te gangrenan el brazo".

»Si pudieras verla ahora, papá… dándoselas de *preocupada,* pero sin ni arrimarse a su hijo Álvaro, que pasó por el trago de descubrir a su bebé muerto en la cuna y puede que esté a punto de perder a su mujer.

»Álvaro solo y desvalido, aquí, entre nosotros… Parece muy joven e indefenso, un chico incapaz de comprender qué le está sucediendo…

»Junto a Adrián que tampoco se le acerca, como si no tuviera corazón o éste se le hubiera secado por dentro, maldito imbécil, de qué va y qué diantre le pasa, qué carajo nos está pasando.

»Tomo los dedos de Álvaro entre los míos, están helados y secos, pero responden, nerviosos, a mi apretón, lucho contra las ganas de llorar y no lo consigo, no logro controlarme.

»"Álvaro, ven, Alvarito, ven", sollozo como una loca sobre su hombro, de espaldas a su hermano mirándonos, mirándome con la boca abierta.

»A este Adrián distante y desconocido cuya súbita frialdad me repele…

»"Ela despertará, estoy segura", le lloro al oído.

»Mi cuñado me abraza en silencio, tiembla, sacudido por la pena, menuda ayuda la mía, me reprocho. Aquí sumida en este ataque de llanto histérico cuando tendría que estar consolándolo, ofreciéndole palabras de ánimo y esperanza».

* * *

* * *

«Debería acercarme a Sofía, calmarla, secar sus lágrimas, en lugar de quedarme aquí plantado, mudo y quieto y mirándolos abrazarse. Mi mujer y mi hermano, que no se despegan, y enfrente mi madre, con las uñas clavadas en las asas del bolso y el gesto de quien sopesa marcharse y no termina de decidir adónde, si a la soledad de su casa perfectamente repasada por la asistenta, a la cafetería ruidosa e incómoda, al frío de las calles donde quizás y de nuevo la nieve, la nieve limpiándolo todo, menos nuestras faltas, mis omisiones y mi ceguera.

»Mi mujer tan generosa y mi hermano sin excusas, fundidos en este prolongado, irritante abrazo… Debería adelantarme, ir hacia ellos y separarlos de un tirón, me molesta que él la toque, *no hay* excusas para sus actos, ni el dolor por la muerte de un hijo puede ser una excusa para el hecho infame del maltrato que me vino a la cabeza allá abajo, a las puertas de este hospital donde Ela duerme el más horrendo de los sueños, primero fue una aplastante sospecha y enseguida una certidumbre devastadora. Sí, ahí abajo lo comprendí, lo *supe*, sigo sabiéndolo, sin la menor sombra ni género de duda lo sé, y saberlo es insoportable.

»Míralo, ahí lo tienes, a tu querido hermanito destructor que todo lo tiró por la borda, suya es la culpa de que Ela tomase ese maldito autobús, a la desesperada y sin atreverse a confiar en nadie. Cómo fui tan imbécil, tan egoísta y enfrascado en mis asuntos, para no darme cuenta de lo que estaba pasando, de lo mal que estaba ella… Maldito Álvaro. Míralo dárselas de mártir, de *inocente*, como si alguna vez fuera de verdad posible la inocencia. Alguien tendría que partirle su preciosa cara que de crío le besuqueaban las visitas de mamá, sus amigas y antiguas compañeras del Sagrado Corazón. “Qué niño, Mati, por favor, si es un cromo, una joya, un verdadero ángel que no parece de este mundo”, se extasiaban, y a mí, después: “tú, en cambio, eres el *intelectual* de la familia, verdad, ya sabemos cómo destacas en clase, pequeño sabio, estamos enteradas de tus proezas, de tus notas extraordinarias, ay, qué mono eres, ricura, porque *también* tú, y a tu estilo, resultas monísimo”. Partida de grullas, de chismosas admiradoras de Fraga y Aznar, con sus banderitas en las correas de los relojes de pulsera o en la hebilla de los cinturones. Cada vez que había elecciones iban de interventoras entusiastas, se preparaban ilusionadas para ese momento, y antes repartían juntas folletos de propaganda, asistían al último mitin de campaña (todas, excepto mi madre, que aborrece la política y le teme a las aglomeraciones con pánico insuperable y visceral), aunque sólo una de ellas tuviese carnet de

militante. El peque y yo nos divertíamos mucho imitándolas, Alvarito ponía los ojos en blanco, remedaba sus acentos, el modo que tenían de quitarse unas a otras las palabras de la boca, sus risitas mientras se servían, locuaces, las bebidas entre susurros, confidencias y pellizcos.

»El peque… me sobresalta recordar ese apelativo que durante una época le contagié a papá. "Tiene un nombre", se indignaba mi madre, "Álvaro no madurará nunca con vuestros mimos necios, a cuento de qué tanto consentimiento". Ella siempre aparecía de por medio para fastidiar las cosas, los juegos, las diversiones, los ratos buenos, por cualquier tontería se enfadaba con Álvaro. "Vete a tu cuarto, deja estudiar a tu hermano, que no es un vago y un inútil como tú", le ordenaba. Yo era su ojito derecho, casi no me reñía, aunque a veces hubiera preferido que lo hiciera, especialmente cuando se ponía de improviso a besarme como loca, me abrazaba con todas sus fuerzas hasta hacerme daño, y entonces se le nublaba la cara, se le oscurecían los ojos y era otra, distinta y triste, otra que asustaba un poco.

»El peque, me enojo de nuevo, qué fue de ese peque aterrorizado por la oscuridad, los profesores, los golpes con bufandas mojadas del recreo del Hispano-Alemán, los empujones y puntapiés de los niños que le chillaban "cara de niña, vete, vete con las niñas". Y él ahí, parado y llorando hasta que llegaba yo hecho una fiera, *con mi hermano no se mete nadie*, él encogido y con los puños sobre los párpados hasta que le enseñé a defenderse. Al principio no quería, me costó mucho convencerlo, me miraba confiado, creído de que yo iba a estar ahí para siempre. Ahí, a su lado.

»Al lado del peque que se estuvo orinando en la cama hasta pasados los seis años, cuántas noches no me habré despertado de madrugada al sentirlo deslizarse en mi cama, *me ha vuelto a pasar, Adri*, susurraba. Yo me levantaba muerto de sueño y bostezando, íbamos a su cuarto de puntillas, cambiábamos las sábanas a oscuras y con la mayor de las torpezas. Y de todos modos, daba igual, lo descubrían indefectiblemente a la mañana siguiente, y entonces se armaba la bronca, las muchachas rezongaban y amenazaban, aunque mamá se quedaba callada, simulaba no enterarse, y eso era raro en ella, tan obsesionada con la higiene y el orden que montaba un escándalo por unas migas esparcidas de merienda, un jersey tirado sobre un sofá, un libro de texto caído por el suelo.

»Lo veo apartarse lentamente de Sofía, de sus dedos acariciándole el pelo y pienso "hipócrita cabrón".

»Hipócrita cabrón envidiado por todos, perseguido de continuo por las chicas, las mujeres, que en el fondo lo asustaban un poco, como años atrás lo asustaban todos los demás en el recreo del colegio.

»Pedir la orden de alejamiento, sí, pero antes hablar con él, dejarle bien claro que si Ela se despierta, *cuando* Ela se despierte y salga del hospital, no irá con él a ninguna parte.

»Orden de alejamiento… esas tres palabras vertiginosas retumban en mi cabeza. Y por un momento, cierro los ojos y es a Álvaro a quien veo al fondo de ese Barranco del Uro, ¿o es de las Ánimas? Lo vislumbro tendido y muerto sobre la nieve, en una postura extraña de muñeco, con una pierna doblada hacia dentro. Le falta un zapato y pienso, insensata, estúpidamente, "primero se le congelarán los dedos, después el empeine, el talón será lo último". Mi mente busca, alucinada, ese zapato perdido entre los blancos arbustos del claro…

»Hasta que el timbre del móvil suena en mi chaqueta, por tres veces suena antes de devolverme a la realidad de esta sala de espera donde mi madre farfulla algo acerca de idas y venidas, el establecimiento de turnos y horarios, Sofía se limpia los ojos con un pañuelo de papel y mi hermano se deja caer sobre una silla.

»Descuelgo, sin comprobar nombre ni número en la pantalla, y tardo unos segundos en comprender quién me llama, de quién es la voz que pregunta, pide noticias sobre la *situación*.

»"Hola, papá", digo después, "no, sigue en coma, detuvieron la hemorragia, pero no ha despertado tras la operación"».

* * *

* * *

«Ela despertará, ya lo verás, lloraba Sofía abrazada a mí y es extraño, pero yo no puedo volver a llorar. Es igual que si por dentro estuviera seco, deben de ser los calmantes, no consentiré que vuelvan a darme ninguno, a Ela la tenían medio aturdida hasta bien entrado el mediodía y yo necesito mantener el control, esforzarme por estar lúcido y totalmente despierto cuando ella despierte, porque va a despertarse, también yo estoy seguro de que lo hará, como Sofía. Despertará y yo estaré a su lado, no me moveré de aquí cueste lo que cueste y se pongan como se pongan. Tarde lo que tarde en abrir los ojos, quiero ser lo primero que ella vea, lo único que ella vea a su lado. ¿No sería maravilloso que despertara olvidada de todo lo anterior, de todo lo malo, imperdonable y desgraciado? Dicen que alguna gente sale del coma con cierto grado de amnesia… no es algo inhabitual, lo he oído o leído en algún sitio. En ese caso, podríamos empezar de nuevo, podría conseguir que volviera a quererme, que se enamorara otra vez de mí, como en Berlín… Aunque, pensándolo bien, si sucediese algo semejante, no le hablaría de Berlín, me cuidaría mucho de remover el pasado, de agitar recuerdos y evocar espectros… Creo que ni siquiera le mencionaría a Román. Haría como si nunca hubiese nacido y nunca hubiese muerto nuestro hijo, como si jamás hubiésemos pensado siquiera en la posibilidad de ser padres. No habría dolor, ningún dolor, seríamos páginas en blanco, maravillosas, limpias páginas vírgenes sin nada escrito ni tachado en ellas, páginas sueltas y abiertas a todas las posibilidades, al único final de empezar a querernos, libres de ofensas, reclamos y agravios. Querernos como dos desconocidos que muy a poco van descubriéndose facetas, gustos y deseos, dos enamorados recientes transformados por el desvelo y el asombro. Sin heridas atroces, sin frentes abiertos, sin mi remordimiento y su lejanía. Sin el recuerdo de su huida… No debiste marcharte así, Ela, como una ladrona, en secreto y sin prevenirme, no debiste dejarme, por qué me abandonaste, por qué no me diste otra oportunidad de volver sobre nuestros pasos perdidos, nuestros tropiezos y mi culpa, otra ocasión de demostrarte cuánto te quiero, que yo sin ti no soy nada, una cáscara hueca, nada más. Si despertases amnésica, no te hablaría de Román, no te hablaría de tu escapada… Te contaría sólo del mañana por vivir, tomaría tu rostro entre mis dedos y lo besaría entero, cubriría de besos tus párpados, tus labios, reinventaría el mundo para ti, un mundo a medida donde sólo nosotros dos, nosotros dos a solas y entremedias nadie más. Te llevaría muy lejos, mi vida, donde nadie pudiera encontrarnos y derrotarnos con sus preguntas, sus referencias al ayer eliminado, borrado para

siempre. Qué hermoso sería todo entonces, Ela… y qué importaría si ese renacer exclusivamente nuestro, tuyo y mío, lo armaban trampas, ardides y sustentos de olvido, qué podrían importar los medios y las formas, si al fin tú y yo de nuevo… Tú y yo devueltos a la esperanza de todo comienzo, tú y yo sin pasados que asumir y resolver. Sin pena ni odio, sin más pérdidas que las del compartido, maravilloso instante reciente que fue y ya no es, ya pasó y sólo queda celebrarlo, atesorarlo en la desvinculada memoria.

»Tú y yo diferentes, Ela, tú y yo otros… Sería el mayor y más soberbio regalo de la vida, mi amor.

»Pero nada de eso ocurrirá, no tendré esa suerte, pienso desalentado. Nunca me será concedido el prodigio de tamaña fortuna. Despertarás y mirarás desorientada a tu alrededor, "qué me ha pasado", esbozarán tus labios aún mudos esa pregunta. Y entonces me verás a mí, al pie o a la cabecera de tu cama de hospital, me verás a mí y te acordarás de todo. Quizá no de golpe, pero te acordarás.

»Y volverás a escrutarme de ese modo… Habrá otra vez miedo e infelicidad en tus ojos al descubrirme ahí, a tu lado, pánico y desdicha y un interminable grito mudo y ansias de escapar lejos, de marcharte y no regresar nunca conmigo. No puedes perdonarme, jamás podrás hacerlo, el amor desapareció, murió dentro de ti, yo mismo lo maté, y seguramente ni la mayor y más completa de las amnesias podría revivirlo de sus dispersadas cenizas.

»Cierro los ojos y vuelvo a temblar, estremecido por el recuerdo insoportable de tu mirada sin perdón…

»La que me lanzarás al despertar.

»Si te despiertas, claro, "Ela despertará, ya lo verás", me ha dicho Sofía entre sollozos. No sospechaba que te quisiese tanto, en realidad no debería sorprenderme, porque ¿quién podría no quererte a ti, conocerte y no quererte de inmediato y sin remedio, vida mía?

»Algunos no llegan a despertar, a salir nunca del coma, permanecen años y años en lo que se suele calificar de "estado vegetal" hasta que se decide desenchufarlos de sus respiradores, desconectarlos de sus máquinas mantenedoras de constantes…

»Pero yo nunca consentiría eso contigo, Ela, no permitiré que nadie te arranque de la vida, de nuestra vida, apretando un botón.

»Si no despiertas y se acabaron de veras las esperanzas de que llegues a hacerlo alguna vez, te llevaré conmigo a casa, mi amor, a nuestra casa elegida por ti, cómo te entusiasmaste a la vista de su gran terraza con el mar al fondo, de su salón con el mirador esquinado y la chimenea que empezabas a encender mediado septiembre, te enamoraste de ella nada más verla y ya no existió ninguna otra a tus

ojos. “Aquí seremos felices”, dijiste, sin importarte cañerías antiguas y tremendo obrón por delante. “Felices”, qué maldita, malvada ironía.

»Aunque no despiertes, te llevaré conmigo a nuestro hogar, lo inundaré de tus flores favoritas y cuidaré de ti sin descanso día y noche, pendiente siempre de tu aliento, del funcionamiento de las máquinas de mantenimiento vital, de la alimentación por sonda intravenosa. Lavaré y cepillaré tu bonito pelo suave y liso, te bañaré, vestiré y perfumaré, masajearé la piel de todo tu cuerpo con las cremas de almendras dulces que te gustaban, arrimaré la cama al balcón para que de mañana la luz te dé en el rostro bello y tranquilo. Dormiré a tu lado con tu mano entre las mías y te besaré interminablemente, hasta que se me agrieten los labios de dolor, felicidad y deseo, Ela.

»En tu aniversario te pintaré la boca, oh sólo un poco, justo un asomo de buen color en labios y pómulos, te rodearé de velas prendidas y de regalos envueltos, aunque no puedas abrirlos, amor mío, de bandejas de *macarrons* surtidos, de todos los gustos y colores, cómo te gustan, eras capaz de comerte una decena de una sentada. Lástima que no puedas acordarte de cuando te los mandaba por sorpresa, los encargaba a una confitería por la red y un servicio de mensajería me los traía tres horas después, a tu vuelta del trabajo en la biblioteca, te los entregaban o te los encontrabas sobre la mesa, un paquete dorado rematado por un lazo de seda roja.

»Sí, caso de que no despiertes, será trágico, pero yo haré por que se vuelva hermoso. Más hermoso de lo que nunca fue. Ya nada podrá separarnos, mi amor, ni los médicos ni nadie.

»Ni tú, tampoco. Tú, que te quedarás conmigo, liviana, serena… Bella como en aquellos amaneceres en que el rumor de la lluvia o el bocinazo de un camión de reparto en mitad de la calle me despertaban, y entonces el placer y la alegría de descubrirte a mi lado, con media cabeza asomando de entre las sábanas. Era tan feliz en esos días en que nada malo había pasado, en que la muerte, la vergüenza y el oprobio no se cernían sobre nosotros, que incluso me dolía respirar. Y sin embargo, y muy dentro de mí, aquella angustia extraña… Y ese ruego absurdo, repitiéndose como un eco en mi interior: “no me dejes nunca, por favor, Ela, no me dejes, no me abandones”.

»Pero a *mí* nunca me había dejado ninguna mujer, era siempre yo quien las dejaba, aburrido de todas ellas a los pocos días o semanas de conocerlas, de acostarnos, y entretanto, la rutina habitual de las cenas y las copas, el manido prolegómeno de los restaurantes y los bares, los hoteles de paso, los pisos ajenos donde “qué tal si subes a tomarnos la última”, mi apartamento del que sólo pagaba los gastos, en lo alto de

un edificio moderno destinado a alquileres, propiedad de la inmobiliaria familiar. Hasta que tú, Ela, volviste a aparecer en mi vida, muchos años después del curso común en el instituto donde me tocaste, de lejos y silenciosa, el jodido corazón de los putos estribillos de canciones, el amor era para mí un simple pasatiempo. Saludable como el tenis y tedioso como un argumento de película idiota, estrenada deprisa y sin gloria en el par de salas, cuyos telones rojos y palcos de barandillas de latón te encantaban, que aún resisten en aceras enfrentadas del Paseo Colón.

»Sólo contigo tuve desde el principio, y sin atreverme a decírtelo, ese miedo…

»Ese terror a perderte, a que te fueras en cualquier momento y al mínimo error, olvidada de mí, tú, la antigua muchacha aplicada de las trenzas, cuya foto hurté, precavido y tempranamente enamorado, de un carnet tuyo de biblioteca (no deja, tampoco, de ser irónico que a tu regreso a Finis te ganases, antes de casarnos y al mes de empezar a vivir juntos, un puesto de bibliotecaria en el Centro municipal de Cultura Saga Taibo). Tú, la chica venturosamente reaparecida en mi vida, reencontrada en una coctelería berlinesa. La mujer amada con vértigo y deslumbramiento, la mujer de la que no estoy dispuesto a separarme, así estés viva o muerta… o dormida.

»Eternamente dormida entre mis brazos, bajo mis besos que quizás alguna vez…

»Hay milagros de resurrección que nada le deben al Dios de mi madre, pero tampoco a la química farmacéutica o a la del amor, ¿cómo, entonces, y con qué temple esperar su venida y aguardarlos? De qué modo resignarse al silencio, a *tu* silencio acaso definitivo, Ela. Tu silencio que pese a todo quizá no nos resulte a la larga tan absoluta, condenatoriamente malo, a ninguno de los dos…

»Porque si no despiertas, mi amor, yo continuaré asomado a ti, seguiré contigo, por muy callada y ausente que te reveles, no me moveré de tu lado. Más allá de las palabras que ya nunca recitarás, de las imágenes que no alumbrarás ni acogerás, de los sones, los dichos, la música y sus acordes sibilantes y atemorizadores que ya no escucharás, no crecerán ni sonarán en ti, yo estaré ahí. Fiel, leal, inamovible, estaré ahí, sin tregua ni reposo, estaré ahí.

»Te traeré de vuelta a casa, preciosa y dormida, te apartaré de todo y de todos, mi amor, de los extraños y los allegados que afirman, creen, quererte y no te conocen, nada saben del modo en que aprietas el puño izquierdo al dormir, de tu manera de guiñar los ojos y ladear la cabeza cuando entras, despacio y con pasos cautelosos de criatura, en verano en el mar. De cómo se desencaja tu rostro en el placer y el

miedo, de la forma en que te desvistes igual que un chico, sacándote los vestidos, las camisetas, los jerséis por encima de la cabeza y de un tirón, de espaldas a los espejos y muy deprisa. Qué saben, podrían saber ellos de ti, de tu forma de comer, repartiendo, dividiendo, metódica, la comida en graciosos montoncitos a un lado y otro del plato, de tus costumbres, la ropa blanca a un lado del armario, y la de colores ordenada según tu criterio maníaco e infantil, el azul siempre con el amarillo, *juntos son tan hermosos*, el rojo con el negro, el verde a un lado y solo, tremendamente solo, como yo.

»Si no despiertas, Ela de mi vida, Ela mi amada, Ela mi amante, no temas, porque voy a cuidarte, a amarte como nadie lo haría nunca.

»Como a la niña que no llegó, la hija dormida que ya no tendremos, voy a cuidarte, a quererte, amor mío.

»Y a lo mejor, quizá llegues a perdonarme alguna vez y en algún lugar perdido y remoto de tu sueño, mi amor.

»Pero no, no a perdonarme, eso no. Mejor a desconocerme, porque en la vigilia yo seré otro, los dos seremos otros, tú y yo a solas y distintos, al inicio del mundo, de nuestro mundo solo y atento a mis manos que te tocan, te acarician, te reinventan, muñeca mía, belleza y esplendor secretos y misteriosos del comienzo.

»Cuán felices vamos a ser, Ela. En nuestra casa, como tú dijiste cuando el vendedor, que era de la competencia, bastante me costó que a Adrián se le pasara el enfado, abrió de par en par las contraventanas oxidadas de hierro de la trasera salita redonda, contigua a las puertas corredizas del salón. *Mi estudio*, dijiste enseguida, *aquí terminaré la tesis*. Aquella luz tardía bañó las paredes, al través del polvo flotante y viejo que nos hizo toser, como esporas malignas de un mal desconocido era ese polvo premonitorio, y durante un instante, un instante sólo, Ela, me sentí devuelto al gabinete de mi madre. A mi incomodidad frente a sus visitas, a esos besos que no eran tales, a esas exclamaciones de saludo y rápida tasación que pronto, muy pronto, aprendí a descifrar y traducir sin esfuerzo por detrás de las cejas depiladas, las mechas de peluquería cara, los entrecejos borrados a golpe de bótox, no era difícil adivinarles los pensamientos sin interés. *Pues vaya con Mati, de las menos, si no la menos, guapilla de la clase, nada especial, ninguna belleza del otro mundo, pero ahí la tienes, ahí está, casada con el tío más bueno sobre la faz de la tierra, un medio alemán rubio de película que, para colmo y por si fuera poco, vuelve a levantar el negocio de su familia. Que hay que ver lo mal que andaban los Urondo, antes, incluso, de la muerte de su madre en aquel atentado horrible de los Grapo en esa cafetería madrileña, parecían al mismísimo borde de la ruina. Se dice que él le debía un buen montón de pasta a todo el mundo,*

no sólo a los bancos, pero que la vieja, la abuela de Mati, no estaba dispuesta a prestarle ni un céntimo, a ayudarle ni por asomo, por muy hijo suyo que fuera. Dicen que lo suyo, su avaricia, va más allá de lo normal, por lo visto, se trata de una enfermedad tipificada, de un síndrome horroroso y rarísimo.

»"A lo peor, no vamos a ser felices aquí", quise decirte, mientras pensaba, aterrorizado, "ni aquí, ni en ningún sitio, cómo podría yo hacer feliz a nadie", pero me callé.

»Me tragué mis miedos, mis ataques imbéciles de ansiedad, mi temor a despertar y no encontrarte, sonriente y dispuesta, *enamorada*, a mi costado.

»Oculté mi temor a no haberte conocido nunca.

»Pero llegados aquí, qué importa todo esto, qué puede importar ya nada, si no es seguro que despiertes. Pero tampoco eso importa, seremos tan felices, tú dormida y yo despierto y velándote. En la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte, voy a velarte, seré tu sombra y tu luz, tu alimento y tu sosiego, tu espía y tu aliento.

»Nos esconderemos del resto, los apartaremos, Ela, si hace falta, si es necesario, los echaremos, a palos y voces los echaremos, nos defenderemos, lucharé por nuestro derecho a quedarnos solos y ser rotundamente felices. Serás mía para siempre, amor mío, y no habrá nadie distrayéndonos del silencio donde tú reposas y yo te aguardo, te aguardo siempre. Será mi mano en tus sienes, en tu garganta, en tus rodillas, en tu vientre tibio y blanco.

»Serán mis ojos y mi cuerpo buscándote en la oscuridad, mi cuerpo aliviado al toparse con el tuyo al final de la pesadilla y el barranco. Tus ojos cerrados y tu cuerpo inmóvil, que ya no se aparta y se resiste, nunca más me rehúye ni escapa lejos, muy lejos.

»Será aún más hermoso si sobrevives y no te despiertas, Ela, porque entonces tú y yo solos y felices. Ojalá que tú y yo a solas, sin miedo y al principio del sueño eterno».

* * *

Acecho

El hombre instalado bajo el techo de cañizo del chiringuito abierto en invierno, donde solía comer de raciones casi a diario, apuró su ginebra holandesa de un trago. Se guardó el móvil en el bolsillo de la cazadora, junto al papel doblado donde anotó el número de vuelo y la hora de llegada al aeropuerto de Finis, datos que acababa de confirmarle a su hijo de viva voz, antes de enviárselos por SMS para mayor seguridad. Después de varios meses, estaba más que harto de los pesados guisos y los refritos del dueño, un valenciano cuya adormecida mujer islandesa pasaba la mayor parte del tiempo emporrándose con sus amigos bajo la roca salediza de la cala, pero detestaba cocinar al mediodía en la casucha heredada de su madre. Por las noches no le importaba prepararse cualquier cosa, un bocadillo con un vaso de leche o de cerveza, curioso, porque antes no era muy aficionado a la cerveza, pese a sus orígenes alemanes. De todos modos, la calidad de la comida no era importante, la cuestión alimenticia había pasado a convertirse en un mero trámite, al revés que antes, cuando disfrutaba con las cartas de los caros, lujosos establecimientos donde lo saludaban con deferencia, «buenos días, señor Batlló», guiándolo hacia la mejor mesa del local con ademanes precisos y eficaces.

Sus prioridades ahora eran otras, bien distintas. El dinerillo que se sacaba todos los meses, por ejemplo, llevándoles la contabilidad, que cobraba en negro, a esa desharrapada pareja de trasnochados a quienes un año atrás no se hubiera dignado a mirar a la cara. El tipo, esquelético, con guedejas entreverándole la calva y vestido con desteñidas sudaderas, faenaba de la mañana a la noche en el chiringuito infame cuyo alquiler le traspasó otro más avezado o menos derrotado, mientras su mujer se perdía por ahí, tras la hilera de barcas de pesca si hacía bueno, al fondo de las tabernas más baratas cuando llovía. «Ruina de gente», pensó, asqueado, dudoso acerca de si pedir o no una segunda ginebra con hielo. Por lo menos, el valenciano pagaba puntual, además de servirle copas gratis y consentirle almorzar de balde. Y ese detalle no era baladí, teniendo en cuenta la miseria que le pasaba mensualmente esa vieja bruja de Matilde. Su mujer se la había jugado bien, pero que muy bien, lo tenía cogido por las mismísimas pelotas, alguna vez tendría que maquinar la forma de vengarse de ella. Todo era asunto de planificación, no había que precipitarse.

Con todo, ese dinero, escaso y miserable, no era lo que de veras importaba, suspiró.

Y dándole la espalda al mar plomizo y oscuro de enero, se giró hacia el recodo del camino, hacia la carretera con sus blancas,

cerradas casas de veraneo al fondo. Ya tenía que estar al llegar.

Y sí, ya venía, a la carrera, como de costumbre, pegándole puntapiés a las piedras del arcén con sus deportivas sin cordones y rajadas en la punta, el pelo rojizo, idéntico al de su madre islandesa, sobre los ojos redondos y oscuros y con un bollo de chocolate en la mano. Pronto le vería los labios con restos, chafarrinones de chocolate, pensó, sintiendo que se le aceleraban el pulso y los latidos del corazón, esa espantosa pareja no tenía ni idea de cómo educar a una cría, en su vida se habrían preocupado por el colesterol y la pirámide alimenticia. Carecían de un mínimo orden vital, si ni siquiera le planchaban la ropa, le renovaban los suéters y los bermudas de mercadillo, si tenían a su maravillosa hija de ocho años dejada de la mano de Dios.

Ella, Verena, que llegaba de la escuela desprendiéndose de la mochila arrojada sobre una mesa al tiempo que llamaba a voces a su padre, era lo verdaderamente importante, se dijo. Se secó la humedad de los labios con el dorso de la mano y sonrió.

¿No había nadie que ayudase a esa cría con sus deberes?

Y si no con los deberes… Idiomas, por ejemplo.

«Clases de alemán —sonrió—, con tantos alemanes en esta isla, es una lengua prácticamente imprescindible, de presente más que de futuro, pero hay que aprenderla temprano».

Casi nadie se resistía a unas clases gratis… Seguro que ese idiota, ese fracasado de padre no iba a ser una excepción.

Relamiéndose por anticipado, Aloys Batlló Wagener lo llamó con un ademán y un breve, tajante silbido.

Se tomaría una segunda ginebra y le hablaría de esas clases.

Delante de él, Verena pasó corriendo hacia la playa. Bermudas claros no muy limpios y desastrados, informe jersey malva, el pelo largo y suelto sobre su espalda delicada de niña.

Y sí, aún tenía las comisuras de los labios pringosas de chocolate.

* * *

El centro de la tierra

«Ya falta poco, una noche nada más», pensó Jonás. En recepción le habían impreso sus tarjetas de embarque y al subir a su cuarto a dejarlas encendió el portátil y en un impulso compró otro billete con trayecto Madrid-Finis. Si encontrara finalmente a Ela en su piso madrileño (¿aunque por qué continuaba entonces sin descolgar el teléfono? Ni su móvil ni el fijo de su casa respondían, era desesperante), se limitaría a no usarlo. Pero si ella no se hallaba allí, y a esas alturas estaba sobradamente convencido de que no lo estaba, volaría a Finis. Acudiría a su casa, fingiéndose de paso con cualquier excusa, una visita rápida y ocasional, explicaría, caso de que le abriera la puerta el guaperas idiota de Álvaro, no era cuestión de crearle problemas. Más problemas.

Algo le decía, sin embargo, que Ela no se había echado atrás en su decisión de marcharse. «Una o dos semanas, para reflexionar», aseguró. «Como si quieres quedarte varios meses, tómate el tiempo que necesites», le respondió. En fin, pronto saldría de dudas. Entretanto, ojalá se disipase su sensación de malestar, ese tenaz presentimiento impidiéndole concentrarse en la lectura, disfrutar de la luz espléndida, del mar de un azul asombroso, del rojo encendido de los flamboyanes bajo los dormidos cráteres.

Sacó un pitillo de la cajetilla medio vacía, maldiciéndose en silencio, qué estúpido, mira que volver a fumar después de tanto esfuerzo por dejarlo, de todas esas noches en vela, malhumorado y con la boca seca, del dormitorio a la sala con el botellín de agua en la mano y vuelta a empezar, hasta que la claridad del amanecer le calmaba la desazón, las ganas de mandar al garete sus buenos propósitos. Qué ha sido de tu famosa fuerza de voluntad, se reprochó al aspirar la primera bocanada.

Ela no iba a recriminárselo, fumaba desde la adolescencia. Por desgracia, sus preocupaciones eran de otra índole, qué horrible encontrar a su bebé muerto entre las sábanas… Al pequeño Román que en algún momento de esa noche aciaga dejó de respirar.

Inimaginable, cómo podía llegar a superarse semejante golpe.

Y por si no bastara, Álvaro y ella… Después de un drama similar, mucha gente sería incapaz de proseguir su relación, se dijo. Pero él supuso desde un principio, desde mucho antes de aquella fulminadora muerte súbita, que esos dos no iban a durar juntos demasiado.

Lo había incluso *deseado*, asumió, arrepentido. Porque Álvaro le inspiraba antipatía, detestaba su íntima seguridad soberana, su arrogancia de triunfador nato, que le recordaba oscuramente (pero sólo ahora era capaz de percibir y entender los verdaderos, más

profundos motivos de su aversión) a la de los chiquillos que antaño lo maltrataron, acosándolo en tropel con sus burlas y patadas, al porfiado insulto de «¡Porky, saco de grasa, bola de sebo!», los mismos e innumerables que convirtieron su infancia en un infierno.

Y también, y sobre todo, porque temía perder a su amiga, su mejor y más querida amiga. La que lo eligió, balbuceante, aquella tarde salvadora en el parque de glorietas y vencejos y verja culminada frente al mar y la esquina, doblada no mucho después, de la Casona de los Bergara hundiéndose a la sombra de su oceánico jardín de los misterios y las esculturas ciegas. La única testigo y copartícipe de los tiempos en que estaba gordo y vivía atemorizado, escondido de los demás y a espaldas de los espejos, anhelando desaparecer, tornarse invisible y hasta morir, sí. Morir antes de despertar y emerger al desprecio y la agresión ajenos, de verse arrojado *(hora de volver al colegio, de empezar tu primera clase de judo, papá te apuntó, dice que te va a encantar)*, expulsado, de los arrebatadores sueños de vigilia en que fue otro, y sin embargo el mismo; diferente e idéntico a la par, aventurero intrépido y compañero leal de quien, *capitán Nemo grande para siempre*, desengañado de las miserias, traiciones y cobardías de los hombres, escogió sumergirse a veinte mil leguas submarinas para bogar hasta el fin de los días entre quietud de corales, fulgor deslumbrado de peces y ordenados libros por leer y releer en solitario placer, un alivio sin fin.

Ella lo había rescatado…

Hija del Capitán Grant y futura «Arponero Ned», recordó, conmovido.

Una niña preciosa. Con sus grandes ojos claros y su habla titubeante. Nunca se rió de él, nunca aludió a su gordura como tampoco él (por otra parte, jamás se le hubiera *ocurrido*) mencionó su tartamudez. «Me quiso sin más y por nada, porque sí, se divertía conmigo, nos divertíamos juntos, nos quisimos, no necesitamos del aprendizaje de querernos, simplemente nos reconocimos, mejor dicho, ella me *reconoció*, se atrevió a reconocerme y a reconocerse en mí, y ya todo vino rodado, la alegría y la libertad de las horas de juego, los *vale que tú eras y yo soy*, los libros intercambiados, los planes entusiastas, los *mañana sin falta a las cinco detrás de la ensenada*». Las llamadas telefónicas antes de acostarse, él con su sobrio pijama de adulto (al gusto paterno, y de colores siempre oscuros, sin duda porque *adelgazaban* mínimamente su corpachón), y el auricular o el móvil de su padre entre los dedos, qué rabia le daban luego sus chanzas acerca de «su enamorada infantil», sus tontas bromas y la luz esperanzada de sus ojos. ¿No reafirmaba esa luz el anhelante deseo de

vencer una desilusión? *Después de todo, puede que con el tiempo y la llegada de la pubertad se estilice y se vuelva… normal, como cualquier otro chico.* Qué jodidamente fácil era leerle los pensamientos a su padre.

Si entornaba los ojos, aún creía sentir la palpitante, emocionada tibieza de la menuda mano de Ela entre las suyas de la época, pálidas y blandas…

No le costó mucho adivinar el afán excluyente de Álvaro por detrás de su fachada de tío bueno, de niñato afortunado con la vida entera entregándosele, enlazada y en bandeja, desde su nacimiento, pero ahora descubría sus propios celos. Sus celos, difusos y apenas reconocibles, de Álvaro, los miedos soterrados (el abandono resultaba aún peor que el acoso, una vez que habías descubierto, *comprendido*, que alguien podía apreciarte, quererte) volviéndole del pasado.

Y su egoísmo.

No, no había sido un buen amigo por completo… Porque dijera lo que dijera Ela, y por mucho que se lo pidiera en ese sentido, no debió apartarse. No debió conformarse con su silencio y la casi exigida distancia, con esos rápidos y poco convincentes «nos veremos más adelante, ya te avisaré yo, de momento no es una buena idea» dichos o escritos de soslayo, que lo inquietaron sin que llegara a explicarse el motivo.

Les gustase o no a ella y al bobo posesivo de Álvaro, debió de haber insistido, de haber estado a su lado, junto a Ela, tras la muerte del hijo, Román, al que no conoció, no llegó a verlo más allá de sus consabidas fotos, recibidas por correo electrónico; en brazos y arrullo de mantilla, de bebé dormido bajo entreabierta capota de cochecito, boquiabierto y feliz en espumosa agua de baño surcada por bandada jovial de amarillos patos de goma. Y él mirándolo en la pantalla desde el temeroso, desorientado asombro con que los hombres muy jóvenes, aún y por tan poco tiempo casi unos *chicos*, contemplan a los recién nacidos, a las mujeres embarazadas.

«Te he fallado, Ela —pensó—, sin quererlo, nos he fallado a los dos y a nuestra historia, pero sobre todo a ti, que nunca pedías nada y todo te lo tragaste sola, por eso te atorabas, se te atravesaban las palabras en tu garganta de niña. Primero la enfermedad de tu madre, la tristeza repentina de tu casa y luego, y antes de que pudieras ni darte cuenta, la muerte, la pérdida, el duelo, acallado deprisa», porque *conviene no hacer daño al padre, no recordarle su amedrentado dolor de viudo, no avivar el desconcierto de las cenas con un cubierto de menos en la cocina azul, y qué disgusto el suyo si además no aprobaras el curso*.

Bajaría un rato al bar, decidió. Aunque no le apeteciese beber

nada, sería bueno distraer un poco la inquietud observando otras caras, las del barman y el par de atezados acólitos a sus órdenes, expectantes, pero sin apenas trabajo en esas fechas, tras la barra de caoba rescatada de algún desguace, bajo los falsos ventiladores coloniales, las palmeras de interior y el ficus que ya rozaba el cielorraso. Y las de la pareja australiana, que a esas horas, ahíta de sol y prácticas vespertinas de deportes náuticos, se acercaba al remedo de club británico a degustar *gin-fizz* y oportos, antes de la invariable cena de mariscos a la brasa y pescado picante. Ella, la lectora matutina de Thomas Mann, de facciones amables y angulosas bajo las canas del somero peinado, lo saludaba al pasar con un *Buona sera*, lo había tomado por italiano. Pese a las cremas que ambos se untaban cuidadosa y metódicamente, se le estaban empezando a pelar los pómulos, bellos y pronunciados y el desviado tabique de la nariz, comprobó durante el desayuno. *Jouvence Dorée*, recordó, con su plato de frutas variadas entre los dedos, y le entraron ganas de reír. Esa mujer no necesitaba de esa clase de propagandas, estaba tan seguro de ello como de que su madre jamás compraría *(créeme, con las marcas de ese pasado suyo, ultra y antisemita, a sus espaldas, ellos no lo valen, no valen que sigamos enriqueciéndolos, premiándolos, hay muchos otros cosméticos en el mercado, y yo me niego a olvidar)* productos de la firma que lo contrató para rodar su *spot* en ese explotado paraíso disfrazado de isla «casi» virgen…

Sí, pasaría una o dos horas en el bar frente a la pareja australiana. Una ducha y un par de copas abajo, se distraería resolviendo un sudoku de la revista francesa de pasatiempos comprada durante la escala, después un somnífero y a la cama.

Así, el tiempo transcurriría más deprisa.

Buscó una camisa blanca en el armario, abrió los grifos de la bañera.

Otro intento, va, nunca se sabe. *Contesta, por favor, contesta*.

El pitido sonaba y sonaba en vano… Y en su casa, el jodido contestador. En las últimas horas había llegado a aborrecer su propia voz, ese mensaje solicitando que se dejaran mensajes, grabado en su segunda noche en el piso, había vuelto muy tarde de cenar con amigos y estaba un poco borracho y tropezó con una caja de DVD mientras atendía las instrucciones y ensayaba, entrecortado y riéndose, varias fórmulas. *Hola, soy Jonás Zaldívar y en este momento no puedo*, no, así no, recitas tu nombre con engolamiento de *broker* principiante. Mejor limitarse, aséptico, a la escueta petición al uso: *Por favor, deje su mensaje después de la señal*.

Lanzó la blackberry sobre una butaca. Nada. Esfumada,

desaparecida. Como si se la hubiese tragado la tierra. *Y te acuerdas, Ela, de cuando creíamos absolutamente en la existencia del centro de la tierra, un mundo por explorar escondido en el interior del nuestro, nos repetíamos, a ti te daba miedo, pero igualmente te fascinaba, mirábamos las láminas de la novela de Verne, nos leíamos pasajes en voz alta y yo te prometía que alguna vez descenderíamos juntos por la boca del volcán. Pero antes tomaríamos, tendrías que tomar lecciones de abismo, como Axel.*

«Dónde te has metido, Ela, joder, qué te ha pasado».

* * *

* * *

—¿Me oyes, Ela, nos oyes?

—…

—Dentro de ti, hija, y por todas partes, arriba y abajo, a tu izquierda y a tu derecha.

—…

—Usa el don, Ela, usa tu don.

—…

—Cómo que para qué… Vaya pregunta.

—…

—Escucha los pasos de los muñecos, de los títeres que bailan, zapateando boca abajo, sobre el techo.

—…

—Escucha, escúchanos a todos, no dejes de escucharnos. Escúchame a *mí*.

—…

—No, no lo estás haciendo, no lo haces, no te esfuerzas *de verdad*.

—…

—No es la lluvia, no es granizo, no es el mar, son tacones y punteras, punteras y tacones para que no te duermas.

—…

—Mascaritas para que no te duermas.

—…

—La música entera para que no te duermas.

—…

—La vida para que no te duermas.

—…

—Usa tu don, Ela, tu don para estar en uno y dos y tres y muchos lugares a la vez.

—…

—Escúchame, Ela, escúchanos, te diré, te diremos cómo, pero atiende, escúchame.

—…

—Tu don, Ela, tu don.

—…

—Sólo tienes que usarlo *al revés*, ¿comprendes?

—…

—Del final al principio, al revés de como lo hiciste siempre.

—…

—… *Al revés, hija, al revés*.

—…

—Claro que oíste bien. Al revés. Del sueño al despertar en lugar

del despertar al ensueño.

—…

—Por supuesto que soy yo, aquí, dentro de ti, dónde si no.

—¿Mamá?

FIN

Edición en formato digital: octubre de 2011
© Juana Salabert, 2011
© De esta edición: Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2011
ISBN ebook: 9788420664729
Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.
http://www.alianzaeditorial.es